

**Harold García-Pacanchique
Julián Gutiérrez Quijano**
Coordinadores

Orlando
FALS BORDA



Ciencia, compromiso y Transformación
Universidad INCCA de Colombia

UNIVERSIDAD INCCA DE COLOMBIA

FALS BORDA



ISBN: 978-958-9009-86-4

www.unincca.edu.co

Bogotá D.C., Colombia 2026

COMPILADORES

Harold García-Pacanchique

Julián David Gutiérrez Quijano

REPRESENTANTE LEGAL

Susan Andrea Rodríguez Rodríguez

RECTORA

Andrea Sotelo Carreño

VICERRECTOR DE INNOVACIÓN ACADÉMICA

Diego Alejandro Sacristán Ocampo

DECANA TRAYECTORIA ESTUDIANTIL Y DOCENTE

Adriana Aponte Rivera

EDITOR

Sofía Carvajal Gutiérrez

COORDINADORA DE INVESTIGACIÓN

Jhina Luz Gómez Villera

RECURSOS EDUCATIVOS UNINCCA

Alejandra Morales Maestre

COMITÉ CIENTÍFICO/ACADÉMICO

Adriana Aponte Rivera

Yesica Paola Cano Hernández

AUTORES

Adriana Aponte Rivera

Lola Cendales González

Orlando Fals Borda

Harold García-Pacanchique

Julián David Gutiérrez Quijano

Santiago Gómez Obando

Nicolás Armando Herrera Farfán

Alfonso Torres Carrillo

Fernando Torres Millán

ILUSTRACIÓN

Alejandro Cabezas Guerrero

COMUNICACIONES INCCA

comunicaciones@uincca.edu.co

ISBN: 978-958-9009-86-4



PRÓLOGO

En el universo del conocimiento y la transformación social, los estudios de Orlando Fals Borda son un ejemplo de compromiso, mente y manos. Su trabajo además de abrir caminos para conocer la realidad social, desafía a académicos, activistas y ciudadanos a reflexionar sobre las estructuras que moldean nuestras sociedades. Fals Borda analizó los procesos sociales, los vivió, los cambió y demostró con su metodología de Investigación-Acción Participativa (IAP) que la ciencia puede y debe estar al servicio de las luchas populares, construyendo un conocimiento no de libros, sino de práctica.

En este libro, Fals Borda nos muestra el mundo y nos invita a crear uno nuevo, en el que la praxis es la fragua. Sus textos nos instan a superar las miradas reduccionistas de la ciencia, reconociendo la pluralidad de conocimientos y formas de vida que existen en el mundo, desde los márgenes hasta los centros de poder. Este prólogo, tras sus pasos, pretende actualizar su pensamiento para el siglo XXI y mostrar su pertinencia para los tiempos actuales, tanto para la academia como para las luchas sociales de hoy. Asimismo, busca ver a la ciencia no como un ejercicio individual, sino como un compromiso con la justicia, la equidad y la transformación social, como nos enseñó Fals Borda.

De este modo, al abrir estas páginas se hallará una invitación a hacer: comprender, reflexionar y, sobre todo, transformar. Pero la escritura de Fals Borda no es retórica, ni se limita a la teoría, es un llamado a hacer ciencia como un acto político, a cruzar fronteras, a construir un futuro más justo para todos.

INTRODUCCIÓN

Harold Gracia-Pacanchique

Julián David Gutiérrez Quijano

La presente publicación se inscribe en una apuesta institucional orientada a revisar, sistematizar y problematizar el pensamiento de Orlando Fals Borda en el marco del centenario de su natalicio. Abordar sus aportes a las ciencias sociales en Colombia, al pensamiento crítico y a la Investigación Acción Participativa (IAP) implica retomar un paradigma emancipador que cuestiona las pretensiones de neutralidad del conocimiento científico y propone una relación situada entre producción de saber y transformación social. Desde este lugar de enunciación, la obra se vincula con una tradición académica comprometida con el análisis crítico de las desigualdades estructurales y las relaciones de poder propias del capitalismo. El libro reúne un conjunto de contribuciones que analizan distintos momentos, dimensiones y proyecciones de la obra de Fals Borda, con el propósito de aportar a su comprensión en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas.

En primer momento, el libro incluye unas palabras iniciales de la Decana de Trayectoria Estudiantil y Docente de la Universidad INCCA de Colombia, Adriana Aponte Rivera, quien sitúa la trayectoria educativa de carácter social liderada por la Universidad y esta como se vincula política, investigativa e históricamente con los planteamientos de Fals Borda, logrando con ello aportar una justificación institucional que da cuenta de la necesidad de publicar la presente obra colectiva.

Además, incluye como primer texto el aporte del profesor Alfonso Torres Carrillo, centrado en el análisis de las metodologías de la Investigación Participativa (IP). Este examina la manera en que estas metodologías se configuran históricamente a partir de las luchas sociales, las prácticas organizativas y las dinámicas comunitarias, permitiendo comprender la IP como una praxis en permanente construcción. Este enfoque aporta elementos relevantes para pensar la investigación social como un proceso situado, colectivo y articulado a proyectos políticos y comunitarios.

El tercer aporte corresponde al trabajo de Nicolás Herrera Farfan, quien aborda la dimensión ético-política de la Investigación Acción Participativa. Su análisis permite profundizar en la IAP como una propuesta que articula de manera inseparable el conocimiento de la realidad social con su transformación, superando enfoques descriptivos o meramente interpretativos. Desde esta perspectiva, la IAP se presenta como una práctica investigativa que asume explícitamente su

carácter normativo y su compromiso con la acción social.

Posteriormente, encontraran el texto de Julián Gutiérrez Quijano, titulado *Intersecciones epistémicas. Encuentros y desencuentros entre la propuesta epistémico-política de Orlando Fals Borda y la complejidad*. Esta contribución establece un diálogo entre la obra de Fals Borda y el pensamiento complejo, explorando convergencias y tensiones poco abordadas en la literatura existente. El análisis amplía el campo interpretativo de la propuesta falsbordiana y abre nuevas posibilidades para pensar las ciencias sociales críticas desde marcos epistémicos contemporáneos.

Asimismo, el libro incorpora el texto de Harold García-Pacanchique, quien propone un ejercicio comparativo entre Orlando Fals Borda y el antropólogo y educador popular brasileño Carlos Rodrigues Brandão. A partir del análisis de sus aportes a la ciencia y a la cultura popular, el autor examina las implicaciones pedagógicas y políticas de sus propuestas para el desarrollo de las pedagogías críticas y de la Investigación Participativa desde una perspectiva militante. Este diálogo permite comprender ambas trayectorias como proyectos orientados a la construcción de alternativas sociales no capitalistas.

El sexto capítulo corresponde al análisis realizado por Santiago Gómez Obando, centrado en la categoría de lo popular en la obra de Fals Borda. A partir de una revisión sistemática de sus escritos, el autor identifica los elementos constitutivos de esta categoría y su relevancia tanto para el desarrollo teórico de las ciencias sociales como para la acción colectiva de los movimientos sociales. Este aporte contribuye a la fundamentación epistémica de lo popular como categoría analítica y política.

Finalmente, el libro presenta una entrevista realizada por Lola Cendales, Alfonso Torres y Fernando Torres a Orlando Fals Borda, publicada por primera vez en formato de libro por una editorial colombiana. La entrevista constituye un documento de alto valor académico, al ofrecer una reflexión profunda sobre la Investigación Participativa desde la voz del fundador de esta tradición, y permite cerrar la obra con un aporte significativo a la comprensión integral de su pensamiento.

Además de ello, con la intención de finalizar esta contribución de la Universidad INCCA de Colombia, se publica de manera íntegra el texto de Orlando titulado *Cómo investigar la realidad para transformarla*, uno de los escritos más sistemáticos del autor en torno a la Investigación Acción Participativa. Su incorporación responde a la intención de situar la voz del propio Fals Borda como eje articulador de la obra, así como de recuperar sus planteamientos sobre la construcción de una ciencia social orientada desde y para los sectores populares, denominada por el autor como ciencia

propia o popular.

En conjunto, los textos que conforman esta publicación expresan el compromiso de la Universidad INCCA de Colombia con la promoción del pensamiento crítico y con el desarrollo de enfoques alternativos en las ciencias sociales. La publicación rinde homenaje a la obra de Orlando Fals Borda y, al mismo tiempo, busca contribuir a la consolidación de una tradición investigativa orientada a la construcción de conocimiento situado, crítico y comprometido con la transformación social. Se espera que este libro colectivo aporte a la reflexión contemporánea sobre la Investigación Participativa y las ciencias sociales como espacios de producción de conocimiento orientados a la dignificación de la vida, así como al reconocimiento de los aportes de Orlando Fals Borda al pensamiento social latinoamericano.

SOBRE LOS COMPILADORES

Harold García-Pacanchique

Licenciado en educación comunitaria con énfasis en DDHH de la Universidad Pedagógica Nacional. Especialista en Memorias colectivas, DDHH y resistencias. Especialista en enseñanza de las ciencias sociales de CLACSO y FLACSO-Brasil. Magíster en Educación con énfasis en ciencias sociales, ética, política y educación. Realiza estudios doctorales en Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Es autor del libro *¡La sangre de nuestros mártires jamás será olvidada! Masacre contra la juventud comunista de Medellín en 1987* (2025). Participó en el libro *Karl Marx y el campo pedagógico: ensayos a partir del estudio colectivo de sus textos tempranos (1839-1848)* (2023) y a escrito en múltiples medios de comunicación y revistas académicas de izquierda y del campo popular.

Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y Coyuntura: perspectivas marxistas.

Julián David Gutiérrez Quijano

Licenciado en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales y Magíster en Educación de la Universidad de Cundinamarca. Docente e investigador con diez años de experiencia en el sector educativo en formación básica, media y universitaria. Ha trabajado en contextos rurales y territorios PDET, acompañando la implementación de la Educación Ciudadana para la Reconciliación y Socioemocional (CRESE) y procesos de comunicación radial con jóvenes rurales junto a EDUCAPAZ.

Miembro del Grupo de investigación en formación universitaria (GIFU). Sus líneas de investigación se centran en la historia del conflicto armado, la memoria histórica, la educación popular y la investigación acción participativa. Ha articulado su labor pedagógica con procesos organizativos y de defensa de los Derechos Humanos en el sur del Tolima y Sumapaz, contribuyendo al fortalecimiento del tejido social y la construcción de paz territ

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
INTRODUCCIÓN	6
SOBRE LOS COMPILADORES	9
INCCA: Trayectorias educativas para la transformación social	11
Las metodologías de la Investigación Participativa una construcción permanente	16
La dimensión ético-política de la Investigación-Acción Participativa (IAP). A propósito de la propuesta de Orlando Fals Borda	49
Intersecciones epistémicas: encuentros y desencuentros entre la propuesta epistémico-política de Orlando Fals Borda y la complejidad	67
Orlando Fals Borda y Carlos Rodrigues Brandão: un diálogo permanente entre la investigación participativa y la educación popular. Una lectura militante desde sus aportes y perspectivas pedagógicas	89
Lo Popular en la obra de Orlando Fals Borda	109
“Uno siembra la semilla, pero ella tiene su propia dinámica”: Entrevista a Orlando Fals Borda	121
CÓMO INVESTIGAR LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA	156

INCCA: Trayectorias educativas para la transformación social

Adriana Aponte Rivera

Decana Trayectoria Estudiantil y

Docente

La Universidad INCCA de Colombia en su trayectoria de 70 años ha gestado un ambiente educativo matizado por la conciencia social, su génesis fue motivada por cultivar en la clase trabajadora la formación universitaria. Los orígenes se inspiraban en un hombre de nuevo tipo, representado por la filosofía del Fundador de la Universidad INCCA de Colombia, Profesor Doctor. SC. Phil Jaime Quijano Caballero, quien se forma en la República Democrática de Alemania y trae consigo una visión política y filosófica propia del materialismo dialéctico. De esta forma, la Universidad INCCA de Colombia se enfoca en la formación profesional desde el siguiente postulado: ***“UNINCCA trabaja por el socialismo científico para un nuevo hombre social”***.

Con esta particularidad formativa del fundador, se construye el proyecto educativo institucional. Este partió inicialmente de una formación tecnológica y logra el reconocimiento profesional con la incursión en las ciencias socio - humanísticas, el eje transversal para las diferentes disciplinas que se desarrollan en UNINCCA, y el cual, a su vez, es constituido por los estudios generales, estructura académica que aborda con el estudiante competencias genéricas para el desarrollo de un sujeto social, con postura histórica y política. En este espacio se reconoce el contexto internacional, nacional y local en aras de fomentar una lectura integral del ser humano en sociedad.

Los estudios generales se han transformado temáticamente, así como las disciplinas de formación de la Universidad Incca de Colombia, al acoger la transformación derivada de los diferentes fenómenos sociales por los que se ha transitado el mundo a lo largo de los 70 años, tales como: la globalización, la posmodernidad, la trasmutación de valores, la pandemia y los desafíos propios de la institucionalidad,

fenómenos que hablan de un sujeto diferente al de hace siete décadas.

Con miras a la actualización curricular los estudios generales constituyen un paso hacia el análisis filosófico, histórico, social, estético y político de estos nuevos fenómenos. Desde el principio el énfasis se enmarcó en la formación materialista dialéctica de Engels, Lennin y Marx, siendo el ADN vigente el terreno de las teorías críticas, cuya misión es formar profesionales de todos los campos del saber con liderazgo social, capaces de gestionar los conflictos desde una perspectiva de praxis dinámica, que privilegie la participación y el protagonismo de los involucrados. Ello permitirá una intervención oportuna y advertida de los condicionantes históricos de las comunidades que viven los conflictos, desde una perspectiva de totalidad concreta, pensando la historia como un movimiento constante.

Las transformaciones en la Universidad se encuentran siempre en clave de una formación dirigida a un sujeto autónomo que realice diferentes lecturas del mundo, eligiendo cuál responde más a sus expectativas de desarrollo laboral y personal, en articulación con la justicia social.

La formación profesional se orienta al desarrollo de un **HOMBRE DE NUEVO TIPO**, pero ¿qué significa el hombre de nuevo tipo? A la luz de la formación materialista dialéctica, el hombre de nuevo tipo representa un sujeto con conciencia social y con el potencial de transformar su entorno desde una postura crítica de la desigualdad social. Esta perspectiva implica, de forma implícita la adopción de la investigación acción participativa, impulsada a su vez por la investigación formativa, como eje articulador del proceso formativo.

En coherencia con ello, las carreras integran en sus prácticas profesionales, proyectos de intervención dirigidos a comunidades preferentemente con condiciones de vulnerabilidades y alto riesgo social. Dichas iniciativas buscan generar diferentes oportunidades de atención e incidencia desde diferentes campos del conocimiento, tanto en las ciencias sociales y educativas, como en las aplicadas, tales como las ingenierías y la biología.

En virtud de lo anterior, se espera que todo profesional Inccaico, a través de su trayecto formativo, tenga la habilidad para realizar lecturas participativas y críticas de las necesidades sociales de los entornos donde desempeña su profesión y, con ello, la capacidad de intervenir y efectuar cambios coherentes con los propósitos de los diferentes grupos sociales.

En este sentido, puede entenderse que, lo que ha caracterizado a la Incca, es su orientación hacia el trabajo con comunidades en situación de desventaja social, de tal manera que esa educación profesional no solo capitalice a los futuros graduados de pregrado y posgrado, sino que promueva, junto con ellos, la transferencia solidaria de saberes y capacidades orientadas a la transformación de sus comunidades.

Lo anterior se logra gracias al énfasis social y a la comprensión del valor de escuchar y dar un lugar al otro; reconocer que las voces de todos tienen un valor y que los encuentros con las personas son de carácter horizontal y no vertical. En esta perspectiva, el conocimiento se asume como un camino de emancipación, y el ejercicio profesional como una construcción colectiva, donde prevalece el “nosotros” antes que el “yo”.

La Universidad reafirma su sentido social a través de la Maestría en Transformación del Conflicto y Construcción de Paz, programa que se distingue por su énfasis en investigación social. Su currículo contempla una formación constante en investigación-acción, sustentada en una fundamentación crítica que potencia la facultad de los profesionales, para que, desde diferentes campos del saber, puedan transformar sus entornos más cercanos.

La Investigación Acción constituye un método de investigación cualitativa enmarcada dentro del campo de la etnografía. Los factores de observación y de participación detectan las situaciones de expresión en los universos culturales y sociales desde sus complejidades y variedades. Así mismo, la obtención de información, dentro de las investigaciones sociales, supone la presencia ante los hechos que se describen, interpretan y comprenden. Ante ello, es de considerar la sistematización de la

información que subyace de la observación y la experiencia vivida por el investigador. En este sentido, estar dentro de la comunidad o sociedad estudiada es inexorable para involucrarse con los individuos y comunidades, con quienes se construye el conocimiento y que le permitirán intervenir en la transformación de conflictos, desde y no fuera de la comunidad.

La base filosófica de la Universidad está construida sobre una connotación positiva del conflicto donde se valora su capacidad creadora para contar con una aproximación más realista de su dinámica. Los conflictos no siguen modelos normativos, sino que siempre están cambiando en su constitución y sutilezas. Esto requiere poner atención en el rol del trabajador de paz, el cual va más allá de la ilusión de neutralidad e imparcialidad, bajo la premisa de que la paz es imperfecta.

La Universidad siempre ha estado comprometida con una comprensión amplia del conflicto social y con una intervención situada y ética sobre sus dinámicas, así como con la transformación de conflictos desde múltiples perspectivas; explorando los contextos históricos y culturales y las raíces epistemológicas interconectadas que dan sustento al trabajo comunitario.

Bajo este contexto, Fals Borda es un referente clave, al mostrar un panorama inagotable para participar con las comunidades, nos inspira para naturalizar la inmersión en las comunidades como principio de transformación, puesto que son las comunidades las que identifican sus necesidades y tienen sus propios capitales culturales, que se deben proteger y preservar.

Es así que, como parte de la conmemoración de los cien años de Fals Borda, la Maestría de Transformación del Conflicto y Construcción de Paz abrió la Electiva *Orlando Fals Borda 100 años*, creada por el maestro Harold García- Pacanchique y cuyo propósito fue *“discutir su obra y analizar su momento histórico; pero sobre todo poder comprender sus análisis y propuestas a la luz de la praxis propia de los maestrandos/as en transformación de conflictos y construcción de paz.”*

Este libro hace parte de la apuesta de una universidad que nació determinada para el

trabajo comunitario y que se asume como un nicho que moviliza saberes para la acción situada con las comunidades. La tradición en la formación Inccaica nos ha hecho naturalizar el sentido de la cartografía social y otras formas para el encuentro con los otros, quienes son los que más conocen y sienten lo que se debe transformar. La universidad Incca ha trascendido sus desafíos gracias al trabajo en comunidad y, por ello, con vehemencia involucra e integra la teoría crítica y la investigación-acción en el currículo.

Las metodologías de la Investigación Participativa una construcción permanente

Alfonso Torres Carrillo¹

Presentación

La Investigación Participativa se ha venido configurando como un paradigma metodológico que se disputa con otros como el positivista, el empírico analítico (neopositivista) y el interpretativismo (histórico hermenéutico) su lugar en el campo de las ciencias y los estudios sociales. Sin duda, la Investigación Acción Participativa (IAP), elaborada por Orlando Fals Borda y su equipo a lo largo de la década de 1970 es la metodología pionera de esta tendencia y la matriz fundacional de otras metodologías basadas o inspiradas en ella.

La construcción de los fundamentos epistemológicos, metodológicos y técnicos de la IAP se fue dando paulatinamente a partir de la reflexión y discusión permanente de Fals Borda con los demás integrantes de la Fundación La Rosca; y se fue expresando en forma de principios, criterios y rasgos característicos de esta emergente metodología. También, la construcción conceptual de algunas de las metodologías que surgen desde esta matriz participativa de investigación, tales como: la Recuperación Colectiva de la Historia (RCH) y la Sistematización, se ha venido condensando en criterios y pautas, resultado de la reflexividad y el diálogo permanente entre quienes las han construido.

Esta misma forma de construir conocimiento y pensamiento investigativo participativo también la encontramos entre los colectivos que la llevan a la práctica en escenarios y procesos específicos. En efecto, cuando los cultores de estas metodologías realizan

¹ Educador popular, Profesor Emérito Universidad Pedagógica Nacional.

formación de nuevos investigadores militantes les aconsejan y orientan a partir de un conjunto de criterios y pautas que van transmitiéndose y recreándose por vía oral y en la cotidianidad de los procesos.

Es por ello que, en este artículo vamos a centrarnos en reconstruir, por una parte, el proceso de elaboración de dichas bases y criterios metodológicos por parte de Orlando Fals Borda y sus compañeros desde fines de la década de 1960 hasta finales de la década de 1980; y, por otra parte, sintetizaremos los criterios y orientaciones metodológicas elaboradas a lo largo de las últimas dos décadas desde nuestra experiencia y reflexión en torno a la creación y puesta en práctica de algunas metodologías participativas. Esas dos tramas son las que se presentan a continuación.

1.1. Antecedentes lejanos: de Vianí y Saucío al método experimental por participación

Desde sus comienzos como investigador social, a fines de la década de 1940, Fals Borda había mostrado sus ímpetus rebeldes y disruptivos con los cánones establecidos. Es conocido que, antes de haber realizado sus estudios de postgrado en sociología, realizó dos ejercicios investigativos en zonas rurales de Cundinamarca. Al regresar al país en 1957, una vez obtenidos sus títulos de máster y doctor en sociología, emprendió varias investigaciones entre las que se destaca la de la violencia en Colombia, junto con Germán Guzmán y Eduardo Umaña Luna (1962). En todas ellas, incorporó transformaciones metodológicas que vislumbraban la gestación de una perspectiva investigativa emergente.

Una vez regresó a Colombia luego de terminar sus estudios de pregrado en literatura y música en Estados Unidos (1947) y de permanecer un año en su natal Barranquilla, viajó a Bogotá y en abril de 1949, se presentó ante el Ministerio de Educación como “sociólogo”, considerando un curso de sociología rural que había tomado en la universidad. Fue designado como investigador en un proyecto del Instituto de Antropología Social y la UNESCO que dirigía el antropólogo Gabriel Ospina Restrepo en Vianí (Cundinamarca). Su tarea era la organización del archivo.

Había recibido de Ospina una orden perentoria: no entrar en contacto con las gentes del

pueblo, para no afectar la objetividad del estudio. Orlando cumplió la tarea, pero desobedeció dicha orden, a tal punto, que incluso se ofreció como organista en la misa dominical. Su jefe interpretó esta actitud como una “seria amenaza a la armonía del Instituto” y le exigió la renuncia. Unos días después, en una carta dirigida a su hermano, le comentó que renunciar había sido lo mejor, pues así evitó contrariar su personalidad, manera de ser y conciencia. En todo caso, en los archivos de Vianí, se encontró con una copia de *Tabio, estudio de la organización rural*, primer estudio de sociología rural en el país, desarrollado en 1944 por un equipo encabezado por el sociólogo Lynn Smith. Este texto fue iluminador para su posterior vocación sociológica.

A través de la prensa, Orlando Fals Borda encontró un nuevo trabajo: secretario bilingüe de la *Wiston Brothers Co.*, la empresa estadounidense que construía las represas del Sisga y el Neusa en Cundinamarca. Una vez admitido, se trasladó al campamento; allí pudo relacionarse con los campesinos de la región, quienes trabajaban como obreros en la construcción de la represa. La mayoría provenían de un caserío de unas setenta familias llamado Saucío. Todos los fines de semana Orlando abandonaba el campamento de los ingenieros para ir a Saucío a interactuar con sus pobladores.

Lentamente fue entrando en un microcosmos totalmente desconocido para él, cubierto de cultivos de papa, trigo y ajo en medio de los Andes colombianos. Para ganarse la confianza abandonó su abstemia y frecuentó los lugares de encuentro social: la chichería y la tienda. Pasado un tiempo, dejó el campamento y se fue a vivir a la casa de la familia de uno de los obreros, don Francisco Torres. Allí aprendió el desarrollo de la vida cotidiana del lugar hasta convertirse en un vecino más: usó ruana (poncho) y sombrero, adoptó modismos locales y aprendió a tocar y bailar la música tradicional: bambucos y torbellinos.

En todo este tiempo, Fals Borda comenzó a recabar información del lugar usando los formularios del trabajo de Lynn Smith. Tomó fotografías, realizó entrevistas, llevó un diario de campo y elaboró datos de antropología física. Esto despertó inquietudes y desconfianzas entre algunos campesinos que lo veían como un “gringo” que buscaba

ganarse la confianza para sacar ventaja o, como un comunista que haría que el gobierno le subiera los impuestos. No obstante, la confianza se fue construyendo poco a poco, cantando y tocando guitarra con los algunos de ellos (Cendales et al., 2012).

Con la información recopilada, publicó un retrato de la región en *Wistonian*, en la edición de abril de 1950. Su artículo atrajo la atención del presidente de la empresa donde trabajaba, quien estaba de gira por el país y le propuso coordinar los trabajos de Colombia desde Minneapolis (Estados Unidos). Orlando aceptó el ofrecimiento en agosto de 1951 con la condición de poder estudiar un posgrado en sociología. (Díaz Arévalo, 2017).

Entre 1951 y 1953, Orlando Fals Borda adelantó sus estudios de maestría en Sociología en la Universidad de Minnesota y tras ganar un premio de la Fundación Guggenheim cursó el doctorado en la Universidad de Florida. La formación posgradual de Fals Borda estuvo influida por las orientaciones sociológicas del estructural–funcionalismo y la sociología de la modernización. En esta perspectiva, la sociedad se concebía como un sistema unitario y cohesionado en el que la conflictividad social era vista como disfuncionalidad. Así mismo, la formación metodológica era la del neopositivismo que privilegiaba la teoría y la información cuantitativa y la producción de datos a partir de las estadísticas y las encuestas.

En la Universidad de Minnesota, Fals Borda sistematizó la información recolectada en Saucío (1949–1951) junto a trabajos de campo posteriores y, con ello, escribió su tesis de maestría: *Peasant society in the colombian Andes: a sociological study of Saucío* (1953), editada en Colombia una década después como *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucío*. En este trabajo presencié y analizé el proceso de cambio sociocultural acelerado de una sociedad tradicional causado por el impacto de la modernización tecnológica.

En coherencia con los enfoques epistemológicos en los que se había formado, su propósito era hacer una “ciencia objetiva” que partiera del “enfoque sociológico moderno” y adoptará un modelo investigativo multidisciplinar para tener un conocimiento empírico de los hechos y problemas de la vida campesina a fin de

planificar campañas inteligentes y desarrollar una “legislación científica” posterior (Fals Borda, 2017a).

Para la redacción de su tesis doctoral en Florida, aprovechó la base empírica y documental que tenía de su tesis de maestría y amplió la unidad empírica de análisis en un modelo de generalización reflexiva para pasar de un vecindario (Saucío) a un departamento (Boyacá), con el propósito de analizar los problemas del uso y tenencia de la tierra. El trabajo se llamó *Un estudio sociológico de las relaciones entre el hombre y la tierra en el departamento de Boyacá, Colombia* (1955) y como resultado propuso una alternativa al problema estudiado en un apartado titulado “Bases sociológicas e históricas para una reforma agraria”, que fue suprimido de la versión estadounidense por orden su director. No obstante, dos años después, en la edición colombiana lo incluyó y anunció en el subtítulo: *El hombre y la tierra en Boyacá. Bases socio-históricas para una reforma agraria* (1957).

Mientras Fals Borda trabajaba en la zona cundiboyacense para su tesis doctoral, también fue consultor de varias instituciones como el Instituto de Investigaciones Tecnológicas (IIT) de la Caja Agraria y del Centro Interamericano de Vivienda y Planeamiento Urbano (CINVA). En estas labores concedió un lugar central al trabajo de campo desde un enfoque experimental, a través del cual buscaba comprender qué elementos (artefactos, prácticas, ideas técnicas o de vivienda) eran funcionales a las necesidades campesinas y cuáles debían adaptarse; acompañaba el experimento con una observación participante que contaba con la interacción fundamental de los distintos actores (Moreno Moreno, 2017). De esta articulación de experimentación, observación y participación derivó el método de Experimentación por Participación (MEP).

Su experiencia de trabajo en el medio campesino y su tendencia a buscar soluciones a los problemas que estudiaba llevó a que fuera invitado a diferentes universidades, invitaciones que rechazó pues se sentía obligado moralmente a trabajar en Colombia. En 1957, en un breve paso por Bogotá, conoció a Camilo Torres Restrepo y en el año siguiente viajó a Brasil para integrar una misión consultora de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y de la Organización de las Naciones Unidas para la

Alimentación y la Agricultura (FAO), de cuya experiencia publicó el libro *El Brasil: campesinos y vivienda* (1963).

El presidente Lleras Camargo, quien conocía la tesis doctoral de Fals Borda, lo convocó en 1958 para asumir el cargo de una dirección en el Ministerio de Agricultura para que elaborara el proyecto de ley de reforma agraria. Fals Borda proyectó la reforma agraria con protagonismo comunitario buscando afectar la concentración de la tierra en pocas manos. Como era de esperarse, a dicha orientación se opusieron los terratenientes y el partido conservador, quienes limitaron los alcances de la futura ley, de tal modo que, cuando se sancionó en 1961 siguió el camino contrario a la propuesta del joven sociólogo.

En este contexto adverso, Fals Borda renunció al Ministerio a mediados de 1960. No obstante, permaneció en el Comité Técnico del Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (INCORA) en el cual también participaba su colega, el sacerdote Camilo Torres Restrepo. En ese momento, los dos tenían alguna expectativa de que la reforma agraria, al igual que otras medidas similares, representarían una mejora para las poblaciones empobrecidas del país.

Era el caso de la Acción Comunal. En la década de 1950, Orlando Fals Borda había sido consultor para Colombia del Centro Interamericano de Vivienda (CINVA), la organización líder de la experiencia de Desarrollo Comunal en Filipinas, formulada por Caroline Ware en 1953. En Colombia, bajo la coordinación de Fals Borda se aplicó exitosamente dicha propuesta en la vereda de El Saucío, donde la comunidad construyó una nueva escuela a partir de un previo estudio y de un proceso participativo de formulación y ejecución de la propuesta.

El propio Fals Borda atribuyó el éxito en Saucío a cuatro elementos centrales: (a) la relación vincular amorosa que tenía con aquella comunidad; (b) el desarrollo de la investigación social en función de identificar necesidades y deseos comunales mediante el acceso al archivo y por el sondeo a la comunidad; (c) el desarrollo de la organización comunitaria a partir de sus propias necesidades y deseos, permitiendo la ruptura del aislamiento tradicional y la construcción de un nuevo sujeto político; y, (d)

la participación de las mujeres en el proceso que rompía el confinamiento tradicional a la vida privada, permitiéndoles a muchas, por primera vez, recibir un ingreso monetario por su trabajo (Moreno, 2017).

Ahora bien, el contexto del Frente Nacional y el impulso de las políticas sociales descritas, acunaron la institucionalización de la sociología como disciplina académica en Colombia. En 1958, cinco días después de aceptar el cargo en el Ministerio de Agricultura, Orlando Fals Borda fue convocado por el entonces rector de la Universidad Nacional de Colombia (UNC), Mario Laserna Pinzón, para que dirigiera la creación del Departamento de Sociología bajo la orientación de la Facultad de Economía.

Fals Borda aceptó el reto y, a mediados de enero de 1959, contactó a Camilo Torres Restrepo, quien había sido nombrado capellán auxiliar en la Universidad, con el propósito de preparar conjuntamente las bases de la nueva carrera profesional. Así, redactaron un folleto explicativo de las líneas fundamentales concebidas y, para buscar las personas que justificaran la existencia del Departamento, lo repartieron personalmente entre los estudiantes que hacían fila para inscribirse en todas las carreras, logrando incorporar los primeros 21 aspirantes (Cendales et al., 2012).

En un primer momento, Orlando y Camilo se repartieron la malla curricular disciplinar, permitiéndoles una complementariedad y retroalimentación mutua. Para los demás cursos buscaron otras personas como la antropóloga Virginia Gutiérrez y su compañero Roberto Pineda, el geógrafo Ernesto Guhl y el abogado Eduardo Umaña Luna. Luego sumaron a otros científicos sociales como Jaime Quijano Caballero y María Cristina Salazar; así como, recién egresados y egresadas como Carlos Castillo, Cecilia Muñoz y Magdalena León (Jaramillo Jiménez, 2017).

Cuando el conservador Guillermo León Valencia asumió la presidencia (1962–1966), el aura de reformador social de Alberto Lleras Camargo había decaído, y entrado en crisis sus políticas sociales, que el nuevo mandatario no estaba interesado en impulsar. Poco a poco, también los intelectuales reformistas fueron tomando distancia con el nuevo gobierno, abiertamente identificado con el anticomunismo. En este contexto,

entre 1961 y 1962, Orlando y Camilo iniciaron un proceso de preguntas críticas y búsquedas frente a la urgencia de responder al tiempo histórico en que vivía el país y América Latina.

En julio de 1962 publica el libro *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, escrito con Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos, en el que caracterizaban el fenómeno que desangraba el país y analizaban sus causas en aras de encontrar alternativas para contribuir a la paz y la convivencia.

El proceso investigativo, desarrollado bajo una absoluta reserva, combinó herramientas sociológicas del estructural–funcionalismo, teorías del conflicto y sociología jurídica. Además, seis de las quince técnicas metodológicas usadas, priorizaban el diálogo, la escucha, el encuentro y la conversación directa. Las dos tesis centrales del trabajo fueron: (i) la Violencia era un producto de la política diseñada e impulsada por la oligarquía para mantenerse en el poder, destruyendo el entorno y el tejido social; y, (ii) se había perpetuado en el tiempo, institucionalizando un tenebroso culto a la muerte (*tanatomanía*), como práctica y política de Estado.

La Violencia en Colombia generó una polémica nacional que llegó hasta el Congreso de la República; incluso, los autores recibieron amenazas de muerte, por lo que tuvieron que esconderse por algunas semanas. Esta investigación y sus repercusiones marcaron “un punto de inflexión” en la trayectoria de Orlando Fals Borda, produciendo un viraje en su obra intelectual y en su comprensión política del país. A la vez que se distanciaba de las políticas reformistas y la institucionalidad hegemónica, confirmaba los límites de las teorías estructural–funcionalistas para comprender la conflictividad, que subyacía a la violencia en Colombia y ratificaba la necesidad de buscar otros referentes conceptuales para explicar las problemáticas nacionales, en las que el conflicto no fuera una anomalía sino una perspectiva interpretativa para abordarlas.

En 1964 se publicó el segundo volumen de *La Violencia en Colombia*, el mismo año en que se anunció el desarrollo de una operación militar sobre colonias campesinas en las que había una alianza entre liberales y comunistas, y entre guerrillas y comunidades campesinas. Para evitar la intervención militar de abril, un grupo de intelectuales

(Gerardo Molina, Hernando Garavito Muñoz, Eduardo Umaña Luna, Orlando Fals Borda y los clérigos Germán Guzmán Campos, Gustavo Pérez Ramírez y Camilo Torres Restrepo) formó una Comisión *Ad Hoc*, con el fin de estudiar, analizar y evaluar la situación socioeconómica de la región y tender puentes entre el gobierno y el campesinado para evitar una acción represiva. Sin embargo, el Cardenal Luis Concha Córdoba desautorizó la participación de los clérigos, la Comisión se disolvió y la operación se llevó adelante. Esta frustrada iniciativa de la Comisión horadó aún más la confianza de Fals Borda y Camilo Torres Restrepo en el reformismo del Frente Nacional.

Entre los meses de marzo y octubre de 1965 se vivió una etapa álgida del camino rupturista de Orlando y Camilo. En el primer semestre, Fals Borda organizó el seminario “Los problemas del desarrollo nacional”, que enfatizaba en las cuestiones político–económicas; en las lecturas para estudiantes de sociología incluyó un texto en el que dos sociólogos estadounidenses planteaban que muchos científicos sociales fundamentaban la política exterior norteamericana. En octubre, en el marco de la semana de la sociología, pronunció su conferencia “Nuevos rumbos y consignas para la sociología” (1965), en la que planteó la necesidad de reorientar la Facultad a fin de que la sociología se comprometiera con las aspiraciones, necesidades y metas populares. Esto exigía recuperar e incorporar el ingenio de los pueblos tropicales, revisitando la cultura propia a fin de interpretar y rescatar los valores y saberes populares; se necesitaba “independencia cultural”, “descolonización” y diálogo Sur–Sur.

Por su parte, en el mismo período, Camilo vivió una etapa de radicalización política que lo llevó a crear el Frente Unido del Pueblo (FUP), un movimiento que promovía la unidad popular para la construcción de una nueva sociedad. A finales de 1965, ambos habían partido aguas con el reformismo estatal, con el desarrollismo y con las teorías de la modernización y buscaron otros caminos donde materializar su inconformismo crítico y sus utopías de cambio profundo de la sociedad. Mientras Camilo se incorporó a la guerrilla, Orlando se distanció de la Universidad; en febrero de 1966 Fals Borda solicitó una “comisión *ad honorem*” para retirarse

transitoriamente; una semana después, Camilo caía muerto en su primer combate como guerrillero.

La muerte de Camilo Torres Restrepo representó para Fals Borda una crisis personal, que lo llevó a profundizar en la concepción de una nueva sociología colombiana y a transitar por nuevos caminos sin ruta de regreso. Se dedicó a escribir un trabajo que reivindicara el sentido utópico y constructivo del concepto de “subversión”, recuperando su carácter prefigurativo: la subversión cuestiona las injusticias desde marcos interpretativos altruistas y anticipan nuevas formas de vida colectiva por parte de élites críticas y comprometidas. La “subversión” es asumida como un deseo altruista de cambio, “algo positivo, moral y reconstructor de la sociedad, como una condición necesaria para el desarrollo de ésta” (Fals Borda, 1967, p. 183).

También se va a trabajar a Ginebra donde coincide con Paulo Freire, quien trabajaba en el Centro IDAC del Consejo Mundial de Iglesias. Allí, Fals Borda evaluó los motivos de su salida de Colombia: (i) la izquierda era ineficaz, dogmática, acartonada y solipsista; (ii) la rutina universitaria impedía la creatividad y distanciaba a la ciencia de la realidad social; y, (iii) las élites colombianas impedían las transformaciones y eran incapaces de encarnar los ideales de la democracia liberal.

En noviembre de 1969, presidió la sesión sobre “La crisis latinoamericana” en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en México. En su ponencia “La sociología de la crisis: problemas de orientación y método” (1969) planteó la tesis de que la “crisis” era epistémica y política, pues todo estudio macrosocial desarrollado en un período agudo de conflictos terminaba siendo político; por lo tanto, era necesario superar el modelo teórico dominante y la Alianza para el Progreso, para comprender los estallidos sociopolíticos y la represión en aquella primera “década del desarrollo”.

De otro lado, revisó las tendencias de la “sociología comprometida”, definiendo al intelectual comprometido como la persona que “renuncia a una posición de simple espectador y coloca su pensamiento o su arte al servicio de una causa” (Fals Borda, 1970, p. 188). En contra de la defensa de la “objetividad” y “neutralidad” adelantada por el uruguayo Aldo Solari, Fals Borda consideraba que la sociología comprometida

tenía que asumir los problemas de realidad de las sociedades latinoamericanas.

1.2. Los antecedentes inmediatos: el estudio acción y la investigación militante

Una vez Fals Borda se desvincula de la Universidad y emprende su camino junto con María Cristina y otros investigadores sociales hacia una ciencia social comprometida, escribe (individual y colectivamente) varios textos fundamentales en el camino de la construcción de una nueva metodología de investigación volcada a la acción, que va a denominar de varios modos: estudio – acción, investigación militante e investigación activa.

En su libro *Ciencia Propia y colonialismo intelectual* (1970), señala la ruptura de una generación de científicos sociales latinoamericanos con el paradigma positivista y las teorías funcionalistas; también plantea la necesidad de una “sociología de la liberación” y de una nueva metodología coherente con su proyecto de una ciencia social latinoamericana propia y comprometida con la liberación.

A partir de una crítica al carácter colonial de las ciencias sociales importadas en la Región, en el contexto de las políticas desarrollistas, Fals Borda esboza los fundamentos de una ciencia propia anticolonial basada en el reconocimiento de la crisis del modelo impuesto y en la exigencia del compromiso de los investigadores sociales con los procesos de lucha y transformación social y cultural, que adelantan diferentes movimientos sociales y políticos en América Latina.

También plantea que hay que ir más allá de la crítica y el anuncio de otras ciencias sociales posibles, puesto que hay que trabajar en metodologías coherentes con esta posición crítica y opción emancipadora. Así, identifica algunos métodos que pueden contribuir en la tarea de producir conocimiento por fuera de los cánones establecidos caracterizados por la extracción de información a la población a través de encuestas y registros estadísticos. De este modo, presenta los alcances y límites de tres estrategias ya conocidas, pero poco practicadas (Fals Borda, 1970):

- 1) *La observación participante*. Incorporada como principio del trabajo de campo realizado desde la etnografía. Para Fals Borda representa el grado más bajo de compromiso, dado que se

basa en una actitud empática del investigador hacia la población en su esfuerzo por conocer “desde adentro” sus prácticas, relaciones e instituciones; permite descripciones fieles de la comunidad estudiada, pero el investigador, así “haga parte” de su vida cotidiana, no interviene en acciones de crítica y transformación social.

2) *La observación – intervención.* Utilizada por algunos antropólogos y sociólogos en América Latina, implica experimentar con elementos culturales dentro de una situación para observar los efectos de los cambios inducidos por un proyecto o política. Acá el investigador también mantiene la actitud empática de la estrategia anterior, pero avanza en una participación tímida con la gente estudiada.

3) *La observación – inserción.* Implica no sólo la combinación de las dos anteriores, sino ir más allá para obtener una visión más amplia y crítica de las situaciones y procesos estudiados, con miras a la acción. Ello supone que el investigador también se implique como agente de cambio, porque toma una posición en favor de determinadas alternativas.

Desde esta simpatía con la última estrategia, Fals Borda recomienda que se utilicen otras técnicas como los estudios de casos con entrevistas no estructuradas, sondeo en profundidad y marcos de análisis flexibles; así mismo, plantea la necesidad de incorporar el método histórico y el trabajo de archivos, así como la combinación de técnicas cuantitativas y cualitativas, privilegiando estas últimas.

Como puede apreciarse, esa centralidad del compromiso del investigador también se expresa en su protagonismo en la iniciativa y desarrollo del proceso investigativo. Esos “otros” con quienes se compromete y a quienes se les invita a formar parte de las investigaciones, aún no son valorados plenamente como sujetos de conocimiento. El primer desplazamiento que sufrió esta propuesta inicial de compromiso acción se daría más adelante, cuando vivencian la articulación orgánica de los investigadores con las luchas sociales que conmovían la sociedad colombiana en aquel entonces.

Ello fue posible en el contexto de la creación de un colectivo de investigadores sociales en torno a La Fundación La Rosca en 1970. Ese año, junto con Víctor Bonilla, Gonzalo Castillo, Orlando Fals Borda y Augusto Libreros, dieron forma a una organización sin ánimo de lucro, que llevó por nombre “La Rosca de Investigación y Acción Social”. En el mismo documento aparecen cinco finalidades que orientarían sus proyectos: (i)

recopilar y sistematizar el conocimiento científico para fines de acción social; (ii) adelantar proyectos de investigación y acción social que enriquezcan las ciencias sociales y beneficien al pueblo colombiano; (iii) divulgar el conocimiento adquirido a los diversos estratos sociales mediante diversas formas; (iv) promover la formación de un archivo documental, una biblioteca y un servicio de consulta que se especialice en la realidad nacional; y, (v) promover, estimular y apoyar cualquier actividad relacionada con esos fines.

En cuanto a la perspectiva epistémica, adoptaron el marxismo como método de trabajo en sus aspectos teórico-prácticos, cernido por las realidades locales. Fueron especialmente influyentes los aportes de las experiencias revolucionarias soviética, china, vietnamita y cubana, junto a los aportes de Antonio Gramsci.

En un primer documento conjunto – *Causa popular, ciencia popular* - exponen las bases del emergente método de “estudio acción” el cual implica la inserción de los investigadores como agentes de cambio; también conlleva a la *investigación militante* “que permite a los científicos sociales responder críticamente a las exigencias históricas sin detrimento de la ciencia, poniendo ésta al servicio de los grupos populares” (Bonilla et al., 1972, p. 6).

La aplicación contextualizada del método de estudio – acción, posibilita el aumento de la eficacia política y brinda fundamentos para enriquecer las ciencias sociales que coadyuven al proceso. Esta concepción metodológica implicó para los investigadores salir a terreno a interactuar con la gente en sus propios contextos y a colocar el conocimiento producido al servicio de los intereses populares. La inserción como “técnica de observación y análisis” rompe las barreras entre “observadores” y “observados” y favorece la participación de los grupos de base en pie de igualdad con el equipo de investigación externo en todo el proceso investigativo como “sujetos activos” y no como “objetos explotables”.

El despliegue de la inserción junto al compromiso revolucionario con la transformación de la realidad permite una visión más compleja de las situaciones y procesos, prevé la acción presente y futura, y traspasa los límites de las otras técnicas

como la “observación por experimentación” (sociológica) y la “observación por participación” (antropológica) (Bonilla et al., 1972).

Desde estas consideraciones, los autores proponen un conjunto de presupuestos teóricos (Bonilla et al., 1972):

1. Que las metodologías y los investigadores no están separados. El investigador militante y su acción son inseparables de la metodología, la cual también se construye en función de la causa y los intereses populares
2. Que la metodología es inseparable de los grupos sociales con los cuales el investigador trabaja, así como del contexto local – regional y la cultura de sus habitantes.
3. Que la metodología es dinámica y varía según condiciones políticas y la correlación de fuerzas en conflicto.
4. Que la metodología depende, en gran medida, de la estrategia global de cambio adoptado y de las tácticas a mediano y corto plazo.

Luego de este itinerario, los autores concluyen señalando algunas implicaciones científicas de su nueva metodología comprometida. En primer lugar, el investigador militante es definido como una persona capacitada en las técnicas de observación científica y formadas en la práctica social y política (Bonilla et al., 1972).

En segundo lugar, los investigadores militantes cuestionan los marcos de referencia en los que han sido formados y acogen teorías sociales que reconocen la centralidad del conflicto como perspectiva de análisis social, cuidándose de no calcar estas teorías utilizadas en otros países y latitudes, retomando el llamado de Ignacio Torres Giraldo de “nacionalizar el marxismo” y otras teorías críticas para construir una teoría propia que respalde una nueva ciencia social interdisciplinaria, que combine estudios micro y macrosociales que den cuenta de nuestras realidades y su transformación.

Buscando avanzar en una definición más clara de lo que se proponen desde La Rosca, Augusto Libreros y Orlando Fals Borda escriben el borrador de un libro: *Cuestiones*

de metodología aplicada a las ciencias sociales. El manuscrito (1974, aún inédito en su totalidad) fue revisado por Fals Borda en los años siguientes. El propósito del escrito era compartir “algunos principios fundamentales” que se derivan de su experiencia.

En su introducción, “Principios y alcances de la Investigación Activa”, los autores proponen que uno de los fundamentos de cualquier proceso histórico revolucionario está en la producción de un conocimiento propio. Al conjunto de técnicas relacionadas con esta tarea la denominan “estudio–acción” o “investigación activa”.

De lo anterior se deriva que la meta principal de la Investigación Activa (IA) es la caracterización correcta de la sociedad a fin de “deducir de allí formas eficaces de organización y lucha popular”, pues un buen análisis favorece el surgimiento de “una estrategia adecuada en beneficio de la revolución necesaria” (Fals Borda y Libreros, 1974, p. 2).

En el capítulo 1 se plantea que la Investigación Activa se inspira en el pensamiento crítico y se inscribe en la tradición intelectual crítica: el marxismo. De aquí plantean la dicotomía entre dos tipos de personas relacionadas con el conocimiento: el experto y el intelectual crítico. El primero, es considerado

[...] una pieza del aparato dominante, como el abogado del paliativo y la reforma, [...] un producto del sistema, el encargado de mantenerlo funcionando: es un contrarrevolucionario en esencia”. [Por su parte, el segundo, se define como] “aquel intelectual crítico, profético y totalizante, con el cual todo este proceso de crecimiento científico y técnico había comenzado, [...] [un] creador y potencialmente revolucionario. (Fals Borda y Libreros, 1974, p. 2).

Ahora, del marxismo se adoptan la visión de totalidad del materialismo histórico y el concepto de explotación, del que se derivan los de desigualdad e injusticia. Comprenden la “totalidad” como aquel elemento que permite que el materialismo histórico se convierta en la “ciencia social del proletariado”, aquella que sirve a los intereses de las clases explotadas. A su vez, entienden que la explotación no es un fenómeno económico, sino una relación social e histórica.

En el capítulo 2, “La Investigación Activa”, plantean que el propósito de la IA es aportar al marxismo a partir de la práctica concreta y situada, es decir, en cuanto a su

“confrontación con la realidad concreta de Colombia y otros países del Tercer Mundo” (*ibid.*, p. 1). En el caso de La Rosca, la inserción sirvió como mecanismo para enlazarse con las masas y la gente de base, en cuyo “proceso dialéctico” se dan y reciben aprendizajes y sistematizaciones de conocimientos en un proceso de mutuo enriquecimiento teórico – práctico siguiendo la secuencia de “reflexión acción” o “investigación activa”.

Entonces, los autores definen a la IA como aquella que se realiza de manera autónoma o voluntaria y no por disciplina partidaria o movimientista, pudiendo desarrollarse en paralelo a las organizaciones, contribuyendo a sus procesos de cambio social y buscando la convergencia con estas, toda vez que coincide con sus trabajos o intereses. Es diferente a la Investigación Militante (IM), desarrollada por militantes de una determinada agrupación, cuyas temáticas son propuestas por el movimiento, es decir que, la acción científica está supeditada a la línea política (táctica o estratégica) de la organización y cuyos resultados se constituyen en su patrimonio cultural, teórico y político.

De otro lado, establecen siete (7) premisas propias de la Investigación Acción: (i) la necesidad de un nuevo lenguaje científico, claro y conciso, que permita el diálogo con los tres universos con los que se trabaja: intelectual, cuadro medio y masas; (ii) el desarrollo de una ciencia modesta, que simplifica las técnicas mismas de la investigación, toda vez que se trabaja con personal corriente y recursos limitados; (iii) el impulso de la auto investigación comunitaria, considerada el fundamento de la promoción de un “cambio social desde abajo” (todo poder necesitar su propio saber) y desarrollada por “investigadores populares” (intelectuales orgánicos); (iv) la devolución del conocimiento a la comunidad como un principio ético-político, reconociendo a la comunidad como sujeta, con capacidad y autoridad para decidir “la forma y pertinencia de una publicación, según necesidades tácticas o estratégicas”; (v) el reconocimiento de la comunidad u organización como nuevo grupo de referencia para el proceso de investigación ante quien se adelanta la validación del conocimiento; (vi) la validación del conocimiento se da en función de los resultados de la acción, es decir, si aportaron o no a los cambios sociales, y/o si generaron alguna reacción en el

sistema dominante; y, (vii) la necesidad de producir una “ciencia popular” exigiendo el respeto del saber popular y la recuperación crítica de su tradición, sobre todo de aquellos valores que en el pasado fueron útiles para “aumentar la conciencia de clase en defensa de las gentes contra sus explotadores.

Así mismo, postulan tres reglas generales que guían la Investigación Acción: (i) se ancla en una organización de base (gremial o política), que recoge los frutos de la investigación para reforzar su práctica; (ii) adecúa su lenguaje para la devolución de los resultados de investigación; y, (iii) sus resultados se confirman en la práctica, es decir, que se justifica si incide en los niveles de eficacia política de la organización de referencia.

En cuanto a la persona que adelanta la Investigación Acción, señalan que, en primer término, debe saber investigar bien; es decir, tener destreza técnica, pero, al mismo tiempo, tener capacidad de escucha y tacto político, teniendo en cuenta las condiciones y características propias de sus interlocutores, a fin de no torpedear las prácticas científica y política. Además, incluyen un decálogo de reglas de conducta: (i) capacidad de crítica y autocrítica, (ii) rechazo del paternalismo, (iii) disposición de enseñanza y transmisión de saberes, (iv) conducta disciplinada y consecuente, (v) estimulación de la organización de base, (vi) superación de la instancia reivindicativa gremial, (vii) ayuda en la formación política y técnica de sus compañeras y compañeros, (viii) promoción de la unidad de las clases explotadoras, (ix) orientación de la forma y niveles de lucha a partir de los resultados de investigación y, (x) mantener la calma evitando las provocaciones y los señalamientos de y hacia otros grupos consecuentes.

Finalmente, propone cuatro criterios - técnicas que componen la Investigación Acción:

- 1) Análisis de clases, partiendo del marxismo que, por un lado, permite analizar los componentes de situaciones sociales contradictorias, siendo la más importante la lucha de clases, y, por el otro, explicitando las mutuas incidencias que presentan el “conocimiento de lo real” y “praxis política” para la transformación.

- 2) Generación del conocimiento, que permite elevar el nivel de eficacia de las organizaciones populares, gremiales y políticas, subrayando como criterio fundamental la Participación.
- 3) La recuperación crítica de aquellos elementos socioculturales del pasado que sean compatibles con las necesidades del proceso actual.
- 4) La devolución sistemática de la información suministrada por los propios grupos, con la finalidad de elevar los niveles de información y conciencia política y de clase en los grupos populares, y aumentar la eficacia de los grupos organizados.

Estas estrategias no deben verse como pasos sucesivos y resulta mejor su aplicación simultánea, excepto la última porque para que ella ocurra, se requiere un conocimiento previo. Los capítulos restantes se enfocan en un desarrollo de cada una de estas técnicas. Así, en el capítulo 3, se despliega la argumentación en torno al concepto de clase social, los niveles analíticos del estudio de las clases (psicología, conciencia, y formación de conciencia de clase, así como la ideología), las relaciones entre raza, cultura y clases sociales; y los pasos necesarios para un estudio empírico de tales clases.

En el último capítulo, “Evaluación de la investigación militante”, se proponen seis conclusiones fundamentales en torno a la IA, que puede convertirse en IM: (i) la creación de hechos políticos que aceleran los procesos de cambio, enriquecen los diseños investigativos y aumentan los niveles de eficacia de la acción política (vasos comunicantes entre investigación y acción); (ii) se va abriendo paso una ciencia popular que es modesta y sirve para luchar contra los colonialismos intelectuales (de izquierdas y derechas); (iii) los análisis estructurales y súper-estructurales pueden derivar interpretaciones marxistas adaptadas a las propias realidades sociales, contextos culturales y particularidades regionales, sin desconocer los desarrollos adelantados en otras partes; (iv) favorece la emergencia de una historia y una sociología de la lucha popular; (v) se reenfoca el trabajo científico mediante la claridad expositiva, el descentramiento de los grupos de referencia y la validación del

conocimiento en función de la lucha; y, (vi) se promueve una toma de posición de las ciencias sociales, asumiendo su lugar en los procesos de cambio y reconstrucción social, justificando así su vigencia.

Pese a lo extenso y detallado del anterior documento (aún inédito), Fals Borda no detuvo su reflexión sobre la metodología en ciernes. En octubre de 1975 retomó el hilo del escrito con Libreros en un trabajo breve titulado “Problemas y alcances actuales de Investigación Activa”. Allí señaló que ya no se trata de hacer una sociología de la liberación (tesis defendida en su libro de 1970), sino de replantear, gracias al marxismo, las ciencias sociales tradicionales aisladas por una visión integradora (o una perspectiva de totalidad).

Esto era posible a través del resurgimiento del método activo, que permitía demostrar que la vinculación de la teoría social y la práctica política (estudio–acción), mediante el compromiso personal de quien investiga y en beneficio de transformaciones radicales, pueden constituir, en sí mismas, tareas científicas serias.

Luego, retoma los tres niveles de comunicación a los que presenta como simultáneos: masas, cuadros políticos e intelectuales. Ahora, para que el cambio social sea efectivamente desde abajo, no basta con la efectividad y simultaneidad de este trabajo, sino que se requiere la conformación de “investigadores populares” que lleven adelante la auto investigación comunitaria, determinando sus propios problemas y desarrollando sus procesos autónomamente.

De lo anterior se deriva que, en la Investigación Activa se vuelven borrosas, casi invisibles, las diferencias entre “sujeto” y “objeto”, pues esta dicotomía ha sido causa de explotación cultural y económica de las comunidades estudiadas, explotación realizada por científicos o visitantes que investigan animados por razones personales o institucionales.

Para superar dicha dicotomía se requiere trascender el colonialismo intelectual y respetar el saber y la tradición compleja y heterogénea del pueblo, considerando a los grupos de base como los nuevos “grupos de referencia” y a la praxis política como el

espacio de validación de los resultados de la investigación.

Se trata entonces de construir una ciencia popular basada en el materialismo histórico, que asuma la tarea de buscar y seleccionar “aquellos elementos y pautas que en el pasado demostraron ser útiles para aumentar la conciencia de clase y estimular la lucha de la gente común contra sus opresores” (Fals Borda, 1975b, p. 11). No obstante, la eficacia científica y política solo es posible si existe “una organización política seria y consecuente que apoye la investigación activa y le dé un significado estratégico [...] [y] acoja en su seno a los científicos sociales no como simples peones sino como críticos y orientadores informados sobre la acción general” (Fals Borda, 1975b, p. 11).

1.3. Nacimiento de la Investigación Acción Participativa

A partir de las bases conceptuales desarrolladas hasta 1974, la elaboración conceptual en torno a la metodología continuó durante la segunda mitad de la década, a partir de las reflexiones generadas desde la inserción de Orlando Fals Borda y María Cristina Salazar en el proceso organizativo y las luchas de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) – Línea Sincelejo, la cual se había escindido de la tutela gubernamental.

Como hemos visto, la que había sido una intuición en 1970, el “compromiso acción” devino en el Método de Estudio–Acción y en la estrategia de “Investigación militante” en 1972. Este tipo de investigación tiene un sustrato ético y epistémico fundamental: la ruptura de la asimétrica relación sujeto–objeto, proponiendo un tipo de relación horizontal entre dos subjetividades que exige al equipo de investigación externo: cuestionar sus presupuestos respecto de la experiencia popular, rechazar el “saqueo” del acervo cultural comunitario, promover la participación de las comunidades en todos los niveles del proceso investigativo y asumir el diálogo de saberes en condiciones de igualdad y equidad.

Estos nuevos marcos impulsan el diálogo respetuoso del conocimiento y opinión de la gente común; por ejemplo, Orlando y María Cristina en La Costa Caribe observan y descubren la amplitud de recursos populares (historia, folclore, liderazgo y experiencia); desarrollan lenguajes más claros y honestos que el tradicional y

sofisticado universitario; promueven una ruptura del monopolio del conocimiento y del extractivismo cognitivo; y, buscan descubrir y formar “cuadros locales” con los cuales trabajar directamente en una síntesis teórico–práctica, con el propósito de que sean ellos quienes asuman los futuros procesos de investigación.

De este modo, cuando en 1975 Fals Borda participó en la sesión plenaria del Congreso Mundial de investigación en Toronto, defendió el compromiso científico social bajo una disyuntiva: se transforma o se preserva el *statu quo*. Por ello, consideró necesario revertir la tendencia de formar “expertos” o tecnócratas, a los que consideraba “piezas de la maquinaria dominante: prosperan con los paliativos y, en esencia, son un subproducto conservador del sistema en sí” (Fals Borda, citado en Díaz Arévalo, 2017, p. 237).

El debate sobre la “neutralidad valorativa” sostenido con Aldo Solari en 1969, ahora permitía clarificar la relación entre teoría–práctica (praxis), pues de ella dependía la validación militante del científico social. Se exigía una redefinición del papel del investigador social de cara al desarrollo socioeconómico de sus países. Por otro lado, encontró una sintonía fundamental entre su propuesta con el planteamiento de “Investigación–Acción” desarrollado por Ulf Hinmmelstrand. A partir de 1974, el Método de Estudio–Acción cobra más fuerza su redefinición como Investigación Activa o Investigación–Acción y se inicia la discusión del rol de la Participación en el proceso.

En una carta de 1982 a su amigo, el sociólogo chileno Gonzalo Falabella, advertía estos cambios: lo que llamaba Investigación–Acción (*Action–research*) en los setenta, para los ochenta pasó a llamarse Investigación Participativa (*participatory research*), como un ejercicio de deslindar su propuesta de los planteamientos de Investigación–Acción surgidas desde la derecha (Kurt Lewin) hasta el centro (Sol Tax). Planteaba que la diferencia era teleológica de tal suerte que cuando empleo el término investigación– acción, siempre le adicionó los adjetivos ‘radical’ y ‘participativa’.

En 1977, se llevó a cabo el Simposio de Cartagena, preparado desde dos años atrás por Orlando y María Cristina y en el que participaron otros investigadores del planeta que

impulsaban renovaciones metodológicas similares. Allí se constató que no existía una sola concepción o comprensión de la IA, sino que afloraban una amplitud de enfoques, énfasis y temas, que variaban según las regiones, contextos y protagonistas.

La ponencia presentada por Orlando Fals Borda se tituló *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla* (1977). La cual trata de la sistematización de sus discusiones teóricas y epistemológicas a la luz de su experiencia de *La Rosca* con la ANUC–Sincelejo en el último lustro. Aquí explícita la adopción del marxismo –en particular, los aportes de Marx, Lenin, Gramsci, Mao y de experiencias como la revolución vietnamita– que le permite dar cuenta de las relaciones indisolubles entre teoría–práctica, racionalidad–vivencia, ciencia–realidad, saber–poder, conocimiento científico–saber popular, trabajo intelectual–trabajo manual. También sintetiza su distanciamiento con el desarrollismo, el positivismo, el estructural–funcionalismo, el dogmatismo científico, el fetichismo conceptual, el objetivismo, la mimesis, el colonialismo intelectual, la neutralidad valorativa, el monopolio del conocimiento y el extractivismo cognitivo.

En su ponencia, Fals Borda vuelve sobre los roles fundamentales de la inserción y el compromiso y las técnicas de recuperación crítica y devolución sistemática, además plantea la existencia de un ritmo secuencial de tiempo–espacio espiralado *ad infinitum* de acción y reflexión, acercamiento y distanciamiento, teniendo conciencia *telética* del “para quién” y “para qué” se trabaja: dar “armas” ideológicas y culturales para la politización y educación de las masas, partiendo de la realidad específica (local–regional), de la que surgen tanto la acción política eficaz como el conocimiento científico derivado.

En la introducción, plantea que sus “bases gnoseológicas” están en la resolución de cuatro problemas fundamentales, a saber: (i) entre el pensar y el ser (la sensación y lo físico), que se resuelve por observación de lo material que es externo a nosotros e independiente de nuestra conciencia; (ii) entre formación y reducción del conocimiento, que se resuelve planteando la diferencia entre lo que es conocido y lo que todavía no se conoce, comprendiendo que todo conocimiento es inacabado; (iii) entre el pensar y el actuar, que se resuelve reconociendo una actividad real de las cosas

a la cual sólo se adviene por la práctica que, en este sentido, es anterior a la reflexión; y, (iv) entre forma y contenido, se resuelve superando la indiferencia por la práctica y no sólo por el comportamiento intuitivo o contemplativo; toda cosa se da como un complejo inextricable de forma y contenido, de allí que la teoría no pueda separarse de la práctica, ni el sujeto del objeto.

Además, plantea para el debate tres relaciones: (i) entre ciencia y realidad, que exige revisar la causalidad y constatación del conocimiento y reflexionar sobre la relación del empirismo y la realidad objetiva, y los conceptos y la ciencia social crítica; (ii) entre la praxis y el conocimiento; y, (iii) entre saber popular y acción política, que incluye la relación Sujeto–Objeto y las reflexiones sobre el sentido común y la “ciencia del proletariado”.

En síntesis, propone que asumir el punto de vista de las mayorías para interpretar la realidad potencia la acción político–organizativa de los grupos con los que se trabaja y, permite acumular conocimiento científico de la realidad regional desde la praxis, lo que conduce a la construcción de un paradigma científico alternativo en el que se sintetizan e influyen la investigación social y la acción política con las vivencias, intereses, culturas y saberes populares. Por ello, subraya que las investigaciones comprometidas tienen más impacto si se realizan colectivamente con los movimientos sociopolíticos organizados, que como un ejercicio aislado o solitario.

En un “Post scriptum”, Fals Borda señaló que la desconfianza común, fundamento de la tensión entre investigadores militantes y partidos políticos de izquierda, llevaba a desaprovechar tanto los aportes de conocimiento como el impacto político transformador. Consideraba que la acción de la intelectualidad comprometida resultaba muy útil para ayudar a la prefiguración democrática y antiburocrática de la sociedad futura contribuyendo en la *demolición* del sectarismo, estimulando la participación democrática de las bases, modificando la verticalidad conservadora de la dirigencia y luchando contra la burocracia (Fals Borda, 1994.).

A modo de balance, podemos afirmar que, en la conceptualización permanente sobre su práctica investigativa, Fals Borda (1977 y 1998) resumió los rasgos de la

Investigación Acción Participativa en un conjunto de principios y criterios metodológicos, que se sintetizan a continuación:

1. Autenticidad y compromiso del investigador social con respecto al mundo popular.
2. Anti-dogmatismo frente a toda rigidez en su puesta en práctica.
3. Restitución o devolución sistemática, para que, partiendo de los niveles de conciencia y el lenguaje de la gente, se avance en la apropiación de conocimiento crítico.
4. Sencillez y diferencial de comunicación, respetando el nivel político y educativo de la gente.
5. Auto investigación y control colectivo del proceso.
6. Técnicas sencillas de recolección y análisis de información.
7. Diálogo y comunicación simétrica.
8. Recuperación histórica, asumida como técnica para reconocer y visibilizar la visión del pasado por parte de los sectores populares.
9. Sabiduría y buen juicio a lo largo de la experiencia.

1.4. Actualización de los fundamentos de la Investigación Participativa

A partir de esta trayectoria investigativa junto con organizaciones sociales, los autores de este libro, hemos escrito artículos y libros en los cuales se sintetizan los fundamentos, criterios y estrategias metodológicas empleadas (Aguilera, González & Torres, 2012; Torres, 2010 y 2014; Barragán & Torres, 2017). Con base en ellos, y el aporte de otros colegas, (Rocha, 2016), A continuación, se hace un balance de estas elaboraciones metodológicas planteadas a la manera de principios y criterios, que orientan esta manera de entender y hacer investigación (Falkembach & Torres, 2015; Torres, 2016 y 2019):

1. Posicionamiento **crítico** frente a las concepciones hegemónicas de ciencia e investigación social predominantes en el mundo académico, generalmente subordinadas a las epistemes eurocéntricas, modernas, patriarcales, colonialistas y coloniales que les subyacen; así mismo permanecen ancladas en los viejos y nuevos positivismos, que suponen la existencia de un único método científico y desconocen otras formas de producción de conocimiento.

Este cuestionamiento a la ciencia predominante en sus relaciones funcionales y de subordinación a los poderes políticos se nutre de diferentes perspectivas tales como: el marxismo, el feminismo y las teorías decoloniales. Desde nuestra posición, afirmamos con Santos (2006 y 2013) que, estos modos de investigar hegemónicos también invisibilizan, subalternan o reprimen los saberes tradicionales, ancestrales y populares; la mayoría de las veces solo acuden a estos saberes subalternos como datos o “fuentes de información”, reproduciendo el modelo de extractivismo cognitivo heredado de la modernidad colonial.

2. Investigación que produce **conocimiento situado**. Frente al universalismo y neutralidad propugnado por la ciencia clásica, que abstrae los contextos históricos y culturales y las posiciones sociales y políticas en los cuales se produce el conocimiento, la investigación participativa reivindica su radical **contextualismo y compromiso** con las realidades locales y las lucha de quienes las habitan.

Se propugna por un conocimiento situado (Haraway, 1995) y articulado a las realidades históricas, políticas, sociales y culturales en que se localizan. Este posicionamiento también implica una “exigencia de historicidad” (Zemelman, 2019), es decir, reconocer y abordar el carácter histórico de los problemas que se estudian, así como las de las teorías desde las cuales son abordados y los investigadores que las llevan a cabo.

3. Identificación con opciones éticas, políticas y estéticas de **transformación** social inspiradas en visiones de futuro alternativas al orden imperante; esta orientación crítica y **emancipadora** ha sido entendida de diferentes modos, siempre en diálogo con los pensares críticos y alternativos de cada momento y periodo; por ejemplo, en la década de 1970, la IAP sostuvo interacciones con la educación popular, la filosofía y la teología de la liberación; en la actualidad, las metodologías participativas dialogan con las teorías decoloniales, feministas, eco políticas y anti sistémicas

Así mismo, el horizonte utópico de transformación ha sido nombrado de diferentes maneras, según el contexto histórico y cultural, tales como el “todavía no” (Bloch), el “inédito viable” (Freire), el socialismo raizal (Fals Borda), las “heterotopías” (Foucault) y los “otros mundos posibles” (Foro Social Mundial). Las maneras de entender su realización también han variado en los tiempos contemporáneos: desde las visiones revolucionarias inspiradas en la imagen de una casa que se incendia y sobre sus ruinas se construye una nueva, hasta otras que buscan realizarse desde el aquí y el ahora, a través de diferentes prácticas culturales, intelectuales, educativas, investigativas, comunicativas y estéticas de carácter instituyente.

Pero este sentido emancipador no se agota en las ideas y significados que la sustentan; también está asociado a las prácticas sociales y los sujetos que las agencian; prácticas y actores que se localizan y mueven en diferentes escalas espaciales y temporales; tanto en las escalas macro sociales como los procesos de mundialización y las estructuras de clases a nivel nacional, así como en las escalas micro sociales del barrio, la aldea y el resguardo, donde sus habitantes se relacionan cara a cara y en el día a día.

4. **Compromiso y articulación** con luchas y movimientos sociales, así como con otros procesos de acción colectiva agenciadas por diferentes

sectores sociales (clasistas, étnicos, territoriales, de género y generación, etc.) en movimiento. En la etapa fundacional de las metodologías participativas, eran los profesionales o investigadores - generalmente de clases medias- quienes decidían insertarse en dichos procesos (Fals Borda, 1970); en las décadas posteriores, fueron algunas organizaciones civiles de apoyo a dichos procesos las que asumieron el rol de “investigadores orgánicos”, interactuando con colectivos y organizaciones de base. También se fue haciendo frecuente que grupos de investigación vinculados a universidades asumieran este mismo rol, a través de acuerdos con dichos actores sociales. En la actualidad, son las organizaciones y movimientos sociales quienes deciden la realización de sus propias investigaciones, incluso generando instancias permanentes de producción de conocimiento, las cuales deciden con quienes realizar sus investigaciones.

5. Una producción de conocimiento “nómada” o “**liminal**” que no se define ni se subordina a la lógica institucional de la investigación disciplinar (Torres, 2008 y 2014). No por capricho o moda académica, sino por la propia naturaleza de los sentidos que la animan y los problemas de los que se ocupa: su interés emancipador y su intención de comprender para transformar procesos y prácticas sociales singulares impone abordajes que atraviesan fronteras institucionales, epistemológicas y metodológicas.

De este modo, las investigaciones que realizamos casi siempre se sitúan entre los mundos académico y popular, entre la producción de conocimiento y la acción política; estar en movimiento y en los intersticios permite ver y hacer cosas inimaginables e imposibles desde los “centros” de la institucionalidad académica y científica.

6. Promueve la **participación** de la gente común y corriente, “no especialistas” (integrantes y dirigentes de organizaciones y movimientos populares, educadores, activistas) en la producción de conocimiento; lo

que se destaca como “participativo” en una investigación es que las decisiones y acciones investigativas sean decididas conjuntamente y, a su vez, que la investigación fortalezca y promueva la participación de las poblaciones y organizaciones en las decisiones que las afecten; en el mejor de los casos, que aumente su autonomía y su poder de actuación a nivel local, regional y nacional.

En lo metodológico esta insistencia en la participación no se reduce al uso de “técnicas participativas”, sino que atañe al protagonismo de las poblaciones y organizaciones de base en la toma de decisiones estratégicas del proceso metodológico, tales como: por qué y para qué iniciar un proyecto investigativo, cuáles serán las preguntas y problemas que lo orientarán, cuáles las estrategias de producción y análisis de los datos y en la interpretación global de resultados.

Para ello, generalmente se forma un equipo responsable de la investigación, conformado por personas de las organizaciones o movimiento, quienes asumen el rol de coinvestigadores o acompañantes. En cuanto a la participación social y política, en cada proyecto y proceso investigativo se va valorando cómo materializarlo.

7. Asume las prácticas investigativas como experiencia de **formación**, como sujetos de conocimiento y de pensamiento. En concordancia con la apuesta de contribuir a que los sectores populares se vayan conformando como sujetos sociales autónomos, críticos y propositivos, desde estas prácticas investigativas se pretende que quienes participan en ellas adquieran y afiancen sus capacidades de pensamiento y conciencia crítica en la apropiación de enfoques y estrategias metodológicas y de herramientas investigativas prácticas.

Desde sus inicios, la investigación participativa vio como un desafío la formación de investigadores y su capacitación en asuntos propios de la labor educativa; en las investigaciones fundacionales de Fals Borda y su

equipo se crearon escuelas de formación metodológica; en las investigaciones participativas impulsadas o apoyadas desde organizaciones civiles, centros de investigación y universidades regularmente se propician eventos formativos como talleres, encuentros y apropiación de técnicas e instrumentos de investigación.

8. Promueve el **diálogo** entre los diferentes **saberes** de los que son portadores los actores participantes de cada investigación. Frente a la actitud monológica y arrogante del conocimiento científico predominante, que desconoce los saberes que no obedecen a su lógica empírica o los utiliza solo para “corroborar” sus teorías, las investigaciones participativas favorecen la confluencia e interacción dialógica entre diferentes formas de pensar, conocer, valorar y sentir. Es por ello que, acogemos los aportes provenientes de la educación popular acerca del diálogo de saberes y el planteamiento de Santos (2006) acerca de la ecología de saberes.

Reconocemos la pluralidad de dimensiones y sentidos que configuran los procesos comunitarios, las organizaciones sociales y la acción colectiva; por ello, dichas realidades no pueden quedar atrapadas en una sola racionalidad o sistema cultural. En consecuencia, nuestras investigaciones procuran la confluencia –casi siempre conflictiva- de diferentes formas de pensar, interpretar y narrar la realidad. Partiendo de los saberes, lenguajes y formas de comprensión propias de los actores sociales participantes, el abordaje de las preguntas que orientan las investigaciones también involucra los conocimientos y procedimientos provenientes del campo científico, de las prácticas artísticas y de las sabidurías ancestrales y populares; ello permite cuestionar y ampliar la mirada del colectivo y generar nuevas lecturas sobre las problemáticas investigadas.

9. A diferencia de la racionalidad predominante en el mundo académico, que le da prioridad a la teoría sobre la práctica, y de las propuestas que

ven a esta solo como una aplicación de aquella, en nuestras investigaciones se reconocen los conocimientos que provienen de las propias **prácticas sociales**, los que se generan en las luchas y movimientos sociales. Es desde dichas prácticas que se dialoga con las perspectivas teóricas y conceptualizaciones provenientes de diferentes campos de conocimiento; así mismo, se procura que los conocimientos generados en las investigaciones retornen a las prácticas sociales de las que surgieron, para potenciarlas y transformarlas.

10. Relación y **uso crítico de la teoría**. En la medida en que privilegiamos la historicidad y singularidad de los procesos y emergencias sociales y no la aplicación de marcos teóricos previos, partimos de reconocer los factores y sentidos que estructuran los problemas de estudio y la manera como los sujetos categorizan e interpretan dichas realidades. Una vez hecho el reconocimiento de estas lógicas y significados, acudimos a los referentes conceptuales y teóricos que consideramos pertinentes para profundizar o problematizar la lectura inicial de los hallazgos.

De este modo, el uso que se da a la teoría en las investigaciones participativas no es hipotético deductivo (reducir una realidad a un marco interpretativo previo) ni inductivo (“descubrir” teorías implícitas desde el análisis de información), sino transductivo, es decir, provoca una dialéctica entre la comprensión de lo particular y la interpretación en marcos más generales, lo que permite la creatividad conceptual, la articulación entre conocimiento y acción, así como la comunicación con otras realidades similares. Asumimos las teorías como formas de racionalidad surgidas en contextos epistémicos e históricos específicos con la potencialidad de recrearse para interpretar nuevas realidades (Zemelman, 2005).

11. Las investigaciones participativas asumen como principio la **flexibilidad** y la **creatividad metodológica**. Frente a la rigidez y linealidad de la racionalidad instrumental de la investigación que

privilegia diseños rígidos, estrategias y técnicas estandarizadas, desde nuestra perspectiva, las metodologías son construcciones que deben ser asumidas de una manera crítica y creativa. Ello ha posibilitado que en estas investigaciones haya una preocupación permanente por adecuar e innovar las estrategias y procedimientos empleados, en función de la singularidad de los sentidos, sujetos y preguntas que definen cada proyecto; así, por ejemplo, en la metodología de la Recuperación Colectiva de la Historia hemos creado unos “dispositivos de activación de memoria” (paseos del recuerdo, museos comunitarios, tertulias), que además de promover relatos sobre los temas, afianzan los vínculos y los sentidos de pertenencia colectivos (Cendales y Torres, 2001; Torres, 2021).

Así mismo, se procura estar abiertos e imaginativos en el uso de referentes conceptuales, categorías, estrategias, lenguajes, técnicas dentro de las prácticas investigativas. No por un afán de “innovación” sino frente a la necesidad de dar cuenta de la singularidad de nuestras realidades y prácticas, y en función de potenciar los sujetos y las subjetividades que hacen posible la construcción de conocimiento y la transformación de prácticas y realidades sociales.

12. **Reflexividad.** Frente a la perspectiva positivista, en la que se asume que la posición del investigador es la de observador externo a la población “objeto” de investigación es lo que garantiza objetividad, desde nuestra manera de producir conocimiento con la gente asumimos que lo que hay que promover es que esta se convierta en sujeto de conocimiento. Transformados en colectivos auto observadores, los actores sociales problematizan e indagan su realidad en diálogo con otros actores. Así, los actores/investigadores reflexionan permanentemente sobre las implicaciones de sus posiciones y visiones en cada uno de los momentos y decisiones investigativas.

Al reconocer esta presencia de lo subjetivo en todo proceso de

construcción de conocimiento se opta por la exigencia de hacer reflexivas cada una de las decisiones y operaciones investigativas, así como por generar y recrear criterios que orienten los procesos investigativos. Esta reflexividad permanente posibilita lo que Jesús Ibáñez (1998) denomina “investigación social de segundo orden”, la cual implica que, en nuestras investigaciones, debemos estar atentos, durante todo el proceso, tanto a dimensiones epistemológicas (construcción de los problemas de estudio, reconstrucción empírica, análisis, interpretación y teorización), como a otras dimensiones como lo político (participación, democratización, articulación a procesos organizativos, acciones colectivas que se derivan, etc.) y lo pedagógico (formación de participantes, retroalimentación de los avances, comunicación de resultados, atención al lenguaje analítico y narrativo, etc.).

Referencias bibliográficas

- Bonilla, V., Castillo, G., Fals Borda, O. & Libreros, A. (1970). *Causa propia, ciencia popular*. La Rosca.
- Bonilla, V. D., Castillo, G., Fals Borda, O., & Libreros, A. (1972). *Causa popular, ciencia popular. Una metodología del conocimiento científico a través de la acción*. Fundación La Rosca de Investigación y Acción Social.
- Cendales L. y Torres A. (2001), *Recordar es vivir*. Dimensión Educativa.
- Cendales, L., Torres Carrillo, A., & Torres Millán, F. (2012). Uno siembra la semilla, pero ella tiene su propia dinámica. Entrevista a Orlando Fals Borda. En L. López Guzmán & N. A. Herrera Farfán (Eds.), *Ciencia, compromiso y cambio social* (pp. 25-44). Editorial El Colectivo.
- Fals Borda, O. (1970). *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1a.). Tercer Mundo editores.
- Fals Borda, O. (1974b). *Problemas y alcances actuales de la Investigación Activa* (Fondo Orlando Fals Borda, Caja 51, Carpeta 1). Archivo Central e Histórico - Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

- Fals Borda, O. (Ed.). (1978). Por la praxis: "El problema de cómo investigar la realidad para transformarla". En: Simposio de Cartagena, Crítica y política en ciencias sociales. El debate teoría y práctica, Tomos I y II. Editorial Punta de lanza.
- Fals Borda, O. (1994). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis* (7a.). Tercer Mundo editores.
- Fals Borda, O. (1995). *Investigación -Acción, ciencia y educación popular en los 90s*. Conferencia presentada en el Taller Internacional del CEAAL, La Habana.
- Fals Borda, O. (1954). *Campesinos de los Andes*. Tercer mundo, Bogotá
- Fals Borda, O., & Liberos Illidge, A. (1974). Cuestiones de metodología aplicada a las ciencias sociales (Fondo Orlando Fals Borda, Caja 51, Carpeta 1) [Borrador de libro, revisado por Fals Borda entre 1975 y 1976]. Archivo Central e Histórico - Universidad Nacional de Colombia.
- Herrera N. & Torres A. (2023). *Orlando Fals Borda y la investigación acción participativa*. Editorial Laboratorio Educativo.
- Ibáñez, J. (1998). *El regreso del sujeto*. Siglo XXI editores, Madrid
- Rappaport, J. (2015). Introducción a la edición especial de Tabula Rasa: Orlando Fals Borda e Historia doble de la Costa. *Tabula Rasa*, 23, 11-21.
- Torres, A. (2007). "Por una investigación desde el margen", en Jiménez A. y Torres. A., (compiladores), *La práctica investigativa en Ciencias Sociales*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Torres, A. (2008). "Investigar desde los márgenes de las ciencias sociales". En: *Folios # 27*. Facultad de Humanidades, Universidad pedagógica Nacional, Bogotá
- Torres, A. (2014). "Producción de conocimiento desde la investigación crítica.", *Nómadas*, 40.
- Torres, A. (2021). *Hacer historia desde abajo y desde el Sur*. Ediciones Estrella Sur
- Zemelman, H. (2005). Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el pensamiento crítico. *Anthropos*. Centro de Investigaciones Humanísticas de la Universidad Autónoma de Chiapas.

La dimensión ético–política de la Investigación–Acción Participativa (IAP). A propósito de la propuesta de Orlando Fals Borda

Nicolás Armando Herrera Farfán²

Resumen

La mochila de la obra de Orlando Enrique Fals Borda está tejida con tres hilos ideas–fuerza: Investigación–Acción Participativa (IAP), Socialismo Raizal y Nuevo Ordenamiento Territorial (en la idea de la “República Regional Unitaria”). Estos hilos comparten el núcleo común de la acción política transformadora fundamentada en la ética de la Otridad. Sin embargo, en las recuperaciones académicas institucionales, suele haber una tendencia (encubierta o decidida) a despolitizarlo para permitir una apropiación inmaculada de sus hilos, incluso reduciéndolo al rol de “metodólogo”. A “contrapelo” de estas prácticas, aquí reflexionamos sobre la dimensión ético–política presente en la IAP (núcleo de su obra), que despliega una “contaminación cruzada” hacia los otros dos hilos. Mostramos que la IAP es una apuesta epistemológica en tanto política y política en cuanto epistemológica.

Palabras clave: Investigación–Acción Participativa, epistemología, política, Pensamiento crítico colombiano, Orlando Fals Borda y compromiso histórico.

Summary

The backpack of Orlando Enrique Fals Borda's work is woven with three main threads: Participatory Action Research (PAR), Raizal Socialism and New Territorial Ordering (in the idea of the “Unitary Regional Republic”). These threads

² Psicólogo de la Universidad Surcolombiana (Colombia), Diplomado universitario en Filosofía de la Liberación de la Universidad Nacional de Jujuy (Argentina), Magíster en Psicología Social Comunitaria y doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Docente de la Universidad de San Isidro, Argentina. Investigador en formación del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Investigador del Colectivo Frente Unido –Investigación Independiente. Correo: herrerafarfan@usi.edu.ar

share the common core of transformative political action based on the ethics of Otherness. However, in the institutional academic recoveries, there is often a tendency (covert or decided) to depoliticize it in order to allow an immaculate appropriation of its threads, even reducing it to the role of “methodologist”. Against the backdrop of these practices, we reflect here on the ethical-political dimension present in PRA (the core of his work), which displays a “cross-contamination” towards the other two strands. We show that The PRA is an epistemological challenge insofar as it is political and political insofar as it is epistemological.

Key words: Participatory Action Research, epistemology, politics, Colombian critical thought, Orlando Fals Borda and historical commitment.

Apertura

La institucionalización de las ciencias sociales colombianas fue encabezada por una pléyade intelectual nacida entre las décadas de 1910 y 1930: Antonio García Nossa (1912), Jaime Quijano Caballero (1917), Roberto Pineda Giraldo (1919), Alicia Dussán de Reichel (1920), Virginia Gutiérrez de Pineda (1921), Darío Mesa Chica (1921), Gustavo Pérez Ramírez (1929), Camilo Torres Restrepo (1929) y María Cristina Salazar Camacho (1931), entre otras y otros.

Aquí brilla con luz propia Orlando Enrique Fals Borda, el sociólogo colombiano más innovador, creativo e imaginativo que hayamos podido conocer (hasta ahora). Nacido el 11 de julio de 1925 en la ciudad de Barranquilla, Orlando Enrique se formó en tres úteros complementarios: el familiar, siendo sus abuelas amantes de la música y la cultura popular caribeña, y su padre y madre personas con sensibilidad intelectual y compromiso social desde su opción de fe; el cultural, la amplia región caribe, en cuya “cultura anfibia” se gestó el vallenato, la cumbia, el realismo mágico y la poesía de Raúl Gómez Jattin; y el religioso, encarnado por la Iglesia Presbiteriana, que le permitió enamorarse de la música coral y una espiritualidad extralitúrgica de servicio, priorizando a los sectores más desfavorecidos, y en cuyo amparo desarrolló sus aptitudes de liderazgo y organización juvenil y sus estudios universitarios primeros.

Tras un paso fugaz y fallido por la carrera militar, Orlando estudió su *Bachelor of Arts* en la presbiteriana Universidad de Dubuque (1947), su maestría en la Universidad de Minnesota (1952) y su Doctorado en la Universidad de Florida (1955). Su campo de estudio fue privilegiadamente la sociología rural, que descubrió al mismo tiempo que se encontró con el campesinado pobre de los andes colombianos.

Al término de sus estudios tuvo varios cargos técnicos y administrativos en Colombia y Brasil. que supo combinar con el oficio de docente–investigador en la Universidad Nacional de Colombia y en distintas universidades del exterior, incluyendo Wisconsin y Columbia, en Estados Unidos. De esta manera, encarnó a un tipo de intelectual que Jaime Eduardo Jaramillo (2017) definió como “intelectual anfibio”, pues caminaba en las aguas de la burocracia y nadaba en la tierra firme de la academia.

Compartió la condición de “intelectual anfibio” con Jorge Camilo Torres Restrepo (1929– 1966), el sacerdote católico y sociólogo bogotano con quien institucionalizó la Sociología en la Universidad Nacional de Colombia e impulsó técnicamente las dos principales políticas sociales del primer gobierno del Frente Nacional (1958– 1962), de signo progresista: la Reforma Agraria y la Acción Comunal. Además, juntos encarnaron el horizonte ecuménico que fundamentó la crítica de los presupuestos epistémicos de la sociología, teología y política que aprendieron y practicaron, siendo artífices de la fundación tradicional o *mainstream* y la (re)fundación radical de la sociología colombiana.

Camilo Torres abrió el camino de ruptura, criticando de manera prístina el colonialismo intelectual en sociología, repensando los vínculos entre cristianismo y revolución y desarrollando una praxis revolucionaria en tanto cristiano y sociólogo; primero a través del Frente Unido del Pueblo (FUP) y, luego, en las filas del Ejército de Liberación Nacional (ELN), donde ofrendó su vida la aciaga mañana del 15 de febrero de 1966.

Los acontecimientos epilógicos de su vida impactaron fuertemente en Orlando,

desgarrando su propio ser en una suerte de ruptura ontológica, que lo llevó a un “giro epistemológico” radical. Este giro se manifestó en dos momentos: en primer lugar, intentó elaborar una “Teoría de la subversión”, implícita en sus obras *Subversión y Cambio Social* (1967) y *Las revoluciones inconclusas en América Latina* (1968) y en su ponencia “Subversión y desarrollo: el caso de América Latina”, presentada en la XI Conferencia anual del Foyer John Knox (1970); en segundo lugar, se inclinó por construir una “Teoría subversiva” que desplegó hasta el último aliento, que inició entre 1970 y 1972 con *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1970); *Por ahí es la cosa* (1971); *Causa popular, ciencia popular* (1972); y *El reformismo por dentro* (1972).

La mochila teórica subversiva de la que hablamos está tejida por tres ideas–fuerza o ideas– acción: la Investigación–Acción Participativa (IAP), el Socialismo Raizal y las proposiciones de un nuevo ordenamiento territorial que condujera al establecimiento de un país de regiones que denominó “República Regional Unitaria”. Estos tres hilos apuntan al *kaziyadu*, una palabra de origen huitoto que significa “despertar” o “nuevo amanecer”, y que podemos comprender como nuevo horizonte civilizatorio. La IAP es la idea–fuerza a la que dedicó más esfuerzo teórico, y se constituyó en la más renombrada y destacada, haciéndolo mundialmente reconocido.

Sin perder de vista el Socialismo Raizal y la “República Regional Unitaria”, en este trabajo nos ocupamos de la IAP, guiados por la pregunta implícita en el título del texto: ¿cuál es la dimensión política de la IAP? Nos interesa atender a las implicaciones políticas en cuanto epistémicas y a las epistémicas en tanto políticas. Partimos de la premisa de que la IAP es sustancialmente política y accidentalmente científico–social. Nos basamos en una revisión documental de obras de Orlando Fals Borda y en la consulta de archivos.

Los paradigmas y la IAP

Siguiendo las proposiciones de Egon Guba e Ivonna Lincoln (2002) y Maritza Montero (2001), entendemos el paradigma como una “perspectiva”, “sistema

básico” de creencias, ideas y prácticas, “concepción”, “modelo” o “modo” de conocer e interpretar el mundo y su naturaleza, las actividades humanas y las relaciones entre personas y mundo, incluyendo el lugar que estas ocupan en aquel.

En tanto “cosmovisiones”, los paradigmas se asientan en creencias e ideas que se aceptan, inicialmente, por la vía de la fe (por más argumentadas que sean), lo que no permite establecer verdades últimas, haciendo inseparables estructuralmente a los paradigmas cosmológicos, teológicos y científicos. Estas condiciones exigen algunas precisiones.

En primer lugar, está la fe, que aquí señalamos como uno de los elementos centrales en el desarrollo de la vida cotidiana. En algunas de sus clases grabadas en internet, así como en su libro *Filosofía de la liberación* (2011), Enrique Dussel muestra con maestría la presencia de la fe en la estructuración de la confianza mutua: no preguntamos al que conduce el colectivo si tiene licencia de conducir o al cocinero del restaurante si tiene los permisos de bromatología en regla, así como no certificamos de antemano si la persona que nos dice por primera vez que nos ama, lo hace en realidad. Lo único que tenemos para asirnos es la palabra de quien lo enuncia. Juan Luis Segundo (1988) define a esta fe secular en la otredad como “fe antropológica”. Ahora bien, si esta fe estructura la vida cotidiana, ¿cómo no pensar su relación con la producción del conocimiento, que es en últimas un producto cultural?

En segundo lugar, está la idea de que no hay mucha distancia entre los paradigmas científicos y los cosmológicos y/o teológicos. No son sustancialmente distintos en el sentido en que se tratan de formas estructuradas de aproximaciones a la verdad, con sus propios métodos, lenguajes y sistemas de verdades, y que buscan explicar el mundo y las relaciones que establecemos con él.

En esta línea, podemos recuperar los planteamientos de Paul Ricouer en *Introducción a la simbólica del mal* (1976), donde señaló que los mitos eran explicaciones racionales basadas en símbolos; los dichos de Alexandre Koyré retomados por Inmanuel Wallerstein (2006) y los propios de Franz Hinkelammert

(2007), acerca de que el mentado “paso del mito al logos” no había sido completo, ni definitivo, ni necesariamente superador; las proposiciones de Raimon Pannikar (1999) y su discípulo Raúl Fonet–Betancourt (2017) acerca de la imposibilidad de separar la meditación (filosófica y aún teológica) de la construcción del conocimiento racional; o las punzantes reflexiones de Paul Feyerabend (1986, 1996) acerca de los diferentes sistemas de conocimiento y la necesidad de no naturalizar la tesis de que el conocimiento científico es, por definición, el único, el mejor o el más elaborado.

Ahora bien, delimitando los paradigmas al campo científico debemos señalar que generan diversas corrientes de opinión y acción en comunidades de conocimientos, formales o informales, que comparten epistemes, enfoques, métodos, términos y canales propios de comunicación. Los paradigmas son los que definen a quiénes investigan, qué es lo que hacen y qué de eso está dentro o fuera de las fronteras de la investigación legítima. Para ello, se guían con las respuestas que den a determinadas preguntas, que configuran las dimensiones propias de todo paradigma. Guba y Lincoln (2002) se refieren a tres: ontológica, epistemológica y metodológica, y Maritza Montero (2001) agrega dos más: ética y política.

En la tabla 1 sintetizamos las dimensiones y preguntas.

Tabla 1. *Dimensiones y preguntas de los paradigmas*

Dimensiones	Preguntas
Ontológica	¿Cuál es la naturaleza de lo cognoscible, de la realidad? ¿Qué preguntas nos podemos hacer y qué podemos conocer de ella?
Epistemológica	¿Cuál es la naturaleza de la relación entre quien conoce o busca conocer (sujeto cognoscente) y lo que puede ser conocido o es conocido (objeto cognoscible)?
Metodológica	¿Cómo puede conocer lo que quiere conocer (lo cognoscible) quien quiere conocer (lo cognoscente)? ¿Cómo debe hacer para producir conocimiento?
Ética	¿Quién es el Otro, la Otra, el Otre? ¿Qué lugar ocupa en la producción de conocimiento? En últimas, ¿quién conoce?
Política	¿Qué tipo de relaciones se gestan entre quienes investigan (lo cognoscente) y la Otreidad? ¿Para quién es el conocimiento

que se produce?

Fuente: Elaboración propia

La apretada síntesis de esta caracterización nos permite considerar que la IAP de Orlando Fals Borda responde, a su manera, las cinco preguntas de las dimensiones paradigmáticas, lo que nos lleva a plantear que estamos ante un paradigma científico social o, ante una expresión de un paradigma mayor gestado en nuestro continente³. Esta proposición no es novedosa si consideramos que ya en 1977, en el Simposio Mundial de Investigación Activa y Análisis Científico celebrado en Cartagena de Indias, que dio origen formal a la IAP, el epistemólogo suizo Heinz Moser (1978) la había planteado en su conferencia “La Investigación–Acción como nuevo paradigma en las ciencias sociales” donde, entre otras cosas, señaló que la IAP entrañaba otra concepción de verdad, basada en la argumentación dialógica y consensuada.

Aunque el propio Fals Borda se rehusó a considerarla como “paradigma”, pues de esta manera se corría el riesgo de terminar cerrándola hasta convertir a sus practicantes en “perros guardianes” de una verdad preestablecida –siguiendo la metáfora kuhniana–, y abogó por mantenerla como un proceso teórico e investigativo abierto, creativo y dinámico. Contrario a toda forma de ortodoxia, lo cierto es que la definió como “paradigma” sin aludir a la palabrita problemática llamándola “concepto”, “cosmovisión”, “filosofía de la vida”, “aventura intelectual” o “expresión del existencialismo macondiano”.

En tanto paradigma no–declarado, la IAP parte del reconocimiento humano para construir verdades dialógicas y consensuales de una manera lo más honesta posible, dando siempre lugar a la crítica y la autocrítica, la observación y el enriquecimiento de los modelos científicos sociales y, de contera, impactando en los procesos sociopolíticos y económicos. Por estos motivos, a continuación, planteamos

³ A propósito de esto conviene seguir el *hilo rojo* que hay entre la idea del “paradigma relacional” de Maritza Montero (2006) y el “paradigma de liberación” de Enrique Dussel (2016).

algunas reflexiones sobre las implicaciones políticas de la IAP a fin de desentrañar su “dimensión política” como lo hemos planteado líneas arriba.

Epistemología y política

Dado que sólo los frijoles brotan de la planta de frijol, necesitamos dar cuenta del contexto de emergencia de la IAP para poder entender su dimensión política. Lo primero que advertimos es un énfasis en lo que Fals Borda (1967) enuncia como “enfoque telético” en *Subversión y cambio social*, definiéndolo como la necesidad de comprender el *telos* (o la *telesis*) del conocimiento, es decir, su propósito o finalidad. Este enfoque se traduce en la pregunta: ¿para qué y para quiénes investigamos? Y también, ¿a quiénes benefician nuestras investigaciones? Como puede advertirse, son preguntas propias de la “dimensión política” de los paradigmas, a la que ya nos referimos, por lo cual, esta dimensión también podría entenderse como “dimensión teleológica”.

La “dimensión teleológica” deja al descubierto que la producción de conocimientos no es una experiencia neutra, impoluta, aséptica. Thomas Kuhn y Kenneth Gergen nos enseñaron que su devenir es condicionado —cuando no determinado— por factores o *inputs* internos (propios de las ciencias y quienes las producen) y externos (los grupos de presión con sus propias agendas e intereses). Así pues, resulta una hipocresía hablar de la apoliticidad del saber, pues no hay saber humano sin exigencias políticas.

Como la tarea científica y su producto no están “libres de valores” (*value-free*), la *telesis* va de la mano de dos condiciones inseparables: la *fronesis* y el *compromiso*. Fals Borda toma la *frónesis* de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles y la entiende como “prudencia”, “sabiduría práctica”, “sensatez” o “buen juicio” en la toma de decisiones; y el *compromiso* lo recupera de *Cuestiones de método* de Jean Paul Sartre, y alude a la idea de “jugarse existencialmente” por lo que se cree, en una suerte de coherencia radical.

En un homenaje a Paulo Freire, Fals Borda (2017b) reveló que Camilo Torres Restrepo fue el primero en las ciencias sociales colombianas que desplegó una

praxis articulada de *telesis–fronesis–compromiso*, constituyéndose en la piedra basal de la dimensión política de la IAP. Camilo no teorizó el tema, y eso lo deja un poco al margen de los reconocimientos epistemológicos logocentrados, pero no es menos cierto que el contexto antecede al texto y que la práctica es el fundamento de la teoría, es decir que, sin su praxis sociológica–política habríamos tardado un poco más en la conceptualización del horizonte transformador de la IAP. En efecto, la praxis camiliana no distingue de manera nítida los roles de científico y político, como sugirió Max Weber, sino que despliega un repertorio que es científico en tanto político (como puede advertirse un poco en su ejercicio de la intelectualidad anfibia) y que es político en tanto científico (como es su papel de intelectual orgánico en el FUP y el ELN).

Esta idea de Camilo como pionero estuvo presente a lo largo de la obra de Orlando, de manera explícita o implícita en varios de sus textos. De modo que, podemos señalar que el espíritu de Camilo se movía sobre las aguas en las que navegó la piragua colectiva de la Fundación La Rosca de Investigación y Acción Social que, durante la década de 1970, sentó las bases colombianas de la IAP, y que capitaneó Fals Borda.

“La Rosca” trabajó principalmente en los barrios populares bogotanos junto a pobladores y pobladoras, en el departamento del Cauca con pueblos indígenas y en el departamento de Córdoba al lado de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Allí buscó la intersección entre producir conocimiento colectivo y comprometerse sociopolíticamente con las luchas populares concretas, considerando a la ciencia social como un instrumento o herramienta que podía y debía servir al avance de las agendas reivindicativas de los pueblos de base, pues lo más importante era ayudar a avanzar la lucha y, de manera subsidiaria, aportar elementos al desarrollo de la ciencia. En su lógica, primero estaba la causa colectiva y luego la ciencia derivada, de allí que su primer libro se tituló precisamente *Causa popular, ciencia popular*.

Fals Borda trabajó hombro a hombro con la ANUC entre 1972 y 1974, luego tuvo intermitencias hasta 1976 y finalmente acompañó esporádicamente hasta el cierre

de la década. Allí probó sus principales hipótesis en torno a la devolución del conocimiento y el papel de la historia. Consideraba que, si el conocimiento se producía colectivamente y buscaba aportar al desarrollo de la lucha, debía devolverse a sus coproductores (y copropietarios) en tiempos y formas distintos a los que establece la academia tradicional. No era correcto hacerlo al final de la investigación y mediante un informe escrito, pues algunos hallazgos serían útiles para reencauzar el camino y en contextos de alfabetización dispar de los actores colectivos resultaba limitado y elitista reducir la devolución a un texto.

Por ello, se desarrolló la idea de adelantar una devolución que fuera al mismo tiempo sistemática y sistematizadora, y que, considerando el estado de alfabetización de quienes participan, despliegue un conjunto de dispositivos diferenciados para democratizar los resultados. El abanico incluyó: música, cuentos–denuncia, mapas parlantes, obras de teatro y títeres, programas de radio, exposiciones fotográficas o de diapositivas, historietas y fanzines, cartillas, monografías especializadas, artículos académicos y libros. Era un acto de justicia cognitiva y epistémica, y a la vez, una tarea política de primera mano: como sólo puedo transformar lo que conozco, necesito ser “sujeto epistémico” para ser “sujeto político”.

En cuanto al papel de la historia, se necesitaba una recuperación crítica para mejorar las condiciones de la lucha. No se trataba simplemente de conocer el pasado para no repetirlo, o de denunciar los mecanismos de la historia oficial y oficiosa que da cuenta del relato de quién vence y que está presente en los informes oficiales, los archivos institucionales, la prensa y los libros de texto. También había que revalorar lo que antes hubiéramos hecho bien y que podríamos actualizar en la lucha presente, darnos la propia voz y reconocernos como “sujeto histórico” colectivo.

La devolución sistemática y sistematizadora del conocimiento y la recuperación crítica de la historia apuntaban a reconstituir la “subjetividad” epistémica, histórica y política de los pueblos. A través de ellas, la IAP buscaba desarrollar, fortalecer y acompañar los procesos colectivos de concientización. Aquí está la mayor sintonía con la Educación Popular freireana: el saber propio y la conciencia histórica son los

fundamentos para la acción política transformadora.

Ahora bien, en su trabajo mancomunado con la ANUC, Fals Borda produjo un conjunto de obras cruciales para comprender el problema campesino colombiano y la perspectiva de la IAP, a saber: *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la Costa Atlántica* (1973), *Historia de la cuestión agraria en Colombia* (1975), los cuatro volúmenes de *Historia doble de la Costa* (1979–1986) y *Conocimiento y poder popular. Lecciones con campesinos de Nicaragua, México, Colombia* (1985). A estos se suman algunas ponencias o conferencias fundamentales: “El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis” (1977), “La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la Investigación Acción (Participativa)” (1981), “Una ciencia del pueblo” (1981) y “La investigación–acción participativa: política y epistemología” (1985)⁴.

En todos estos trabajos se encuentra el zumo de su reflexión teórica en torno a la aventura epistémico–política junto al campesinado. Son evidentes las relaciones que teje entre la epistemología y la política, que nos permiten responder a la cuestión central de este texto: la dimensión política de la IAP. La premisa es como sigue: transformar la realidad en función de los intereses de las mayorías populares requiere la construcción colectiva de conocimientos transformadores. No puede pensarse la revolución política sin la revolución epistemológica, el poder popular sólo es posible sobre la base del saber colectivo. No hay “causa popular” sin “ciencia popular”. Y, como bien nos enseñó Audre Lorde (2003): no podemos derribar la casa del amo usando sus herramientas.

El punto de partida de la dimensión política de la IAP es el reconocimiento pleno del Otro/a/e en cuanto Otro/a/e, como alguien que es igual y, al mismo tiempo, distinto de mí. Sólo podemos construir un saber colectivo dialógico y consensual, si reconocemos que el pueblo tiene un saber (experiencial, vivencial, espontáneo, cotidiano) que es distinto al académico (técnico, experto, conceptual, lógico), pero

⁴ Con Alfonso Torres Carrillo damos cuenta de todas estas conferencias en nuestro libro *Orlando Fals Borda y la Investigación Participativa* (2023).

que está en la misma escala. La base es la escucha y la disposición de aprender y, como nos enseñan las comunidades indígenas, en el “protocolo de permiso”, porque si pedimos permiso no tenemos que pedir perdón. Aquí está el fundamento del pensamiento crítico: destruir la relación epistemológica vertical y unidireccional entre un “sujeto” y un “objeto” y promover una nueva relación horizontal y de mutua implicación entre un “sujeto” y otro “sujeto”. En esta nueva relación, el pueblo deja de ser “algo” (objeto) y se convierte en “alguien” (sujeto). Como esta *conversión* epistemológica es ética, la dimensión política es ante todo ético-política.

Reconocer al pueblo como “sujeto” se traduce políticamente en abandonar la idea del “pueblo-masa” y en redefinir la relación entre dirigentes y dirigidos. En términos de la política de la liberación de Enrique Dussel (2006, 2010, 2013, 2022) se trata de la constitución del pueblo en comunidad política “en sí y para sí”, de la transformación del poder colectivo de potencial (*potentia*) a práctico (*potestas*), y de la comprensión del poder dirigencial como “poder obediencial” que cumple más tareas de catálisis que de mando.

La IAP parte de la autoorganización, la autogestión y el protagonismo de las comunidades, comprometiéndose principalmente con aquellas que sufren exclusión y marginalidad. Como la teoría científica es una herramienta para que dichas comunidades actúen políticamente para transformar su realidad, exige una toma de posición, que nunca es objetiva, neutral o imparcial. Entonces, se busca construir un saber colectivo (sectorial, local y regional) que se traduzca, en términos de Gramsci y Benjamin, en una agenda de anhelos, reclamos, reivindicaciones y exigencias políticas transformadoras. A la vez, se espera que las acciones políticas derivadas puedan *traducirse* a la ciencia social a fin de producir nuevos saberes espiralados. Este saber-poder popular aporta en la construcción democrática protagónica y participativa, en todos los niveles sociales micro, medio y macro.

Por último, la dimensión ética-política de la IAP se fundamenta en dos principios que funcionan como columnas vertebrales: la vida y la liberación. El “principio vida” se refiere a que la vida es el punto de partida y llegada de todo conocimiento,

y las acciones de vida priman sobre las acciones de conocimiento. Primero está la vida, en condiciones de dignidad y salvaguarda, y luego se encuentra la reflexión. La primacía de la realidad sobre la especulación teórica pone de manifiesto que no se trata de pensar para existir, como sospechaba Descartes, sino de existir para pensar, lo cual implica construir sociedades políticas y de conocimiento que sean justas, democráticas y plurales, como nos enseñó León Olivé (2009); y, a la vez, implica dar prioridad –no exclusividad– a las acciones de lucha antes que al mero enriquecimiento de las ciencias sociales involucradas.

Por su parte, el “principio liberación” alude a la orientación transformadora de la acción científica que permite que quienes estén en condición de opresión dejen de estarlo a fin de que sean lo que no–son. Esta es la diferencia fundamental con la “emancipación”, que busca dar algo que a alguien le corresponde. No se trata de que el hijo sea adulto (se *emancipe*) sino que el esclavo deje de serlo (*liberación*). La emancipación es jurídica, la liberación es política.

Los dos principios referidos, vida y liberación, nos permiten reafirmar que la IAP es ético–política, pues promueve, explica, justifica o impulsa un saber–poder popular transformador que se enfrenta, combate o denuesta el saber–poder minoritario y dominador. Al mismo tiempo, nos permiten comprender que hay una relación necesaria e indispensable entre la práctica y la teoría (*praxis*) en un ritmo de Acción–Reflexión–Acción (ARA), que es *ana*–dialéctico, pues siempre parte del punto de vista del Otro/a/e que está “más allá” de las fronteras establecidas por el saber–poder instituido, con quienes se construyen instancias de diálogo para producir un conocimiento *con*– y no simplemente *para*–, quebrando las pretensiones de paternalismo práctico, incluso las del corte progresista.

A manera de cierre espiralado

La IAP es el resultado de una búsqueda colectiva de un grupo de científicos y científicas sociales que, en la década de 1970, se decidió a abandonar los centros académicos y soltar las amarras de la “ciencia estándar” para probar nuevos caminos que permitieran comprender la naturaleza de las relaciones entre sujeto y

objeto, verdad y realidad, y ciencia y política, a fin de construir una “ciencia nueva” que estuviera al servicio de las luchas populares que buscaban transformar radicalmente la realidad en función de las necesidades y anhelos de las mayorías.

El caso colombiano del equipo de “La Rosca” fue liderado por Orlando Fals Borda, quien trabajó en la costa atlántica colombiana junto al movimiento campesino de la ANUC. Allí desarrolló una verdadera revolución epistemológica dando origen a una perspectiva de IAP radical, original, colectiva, dialógica, imaginativa y descolonizadora. Ella contiene los principios de *vida y liberación*, y los criterios de *praxis, diálogo, telesis, fronesis y compromiso*, es decir, una articulación entre la tradición marxiana, la perspectiva conscientizadora de la educación popular de Paulo Freire y la praxis sociológico-política beligerante, subversiva y revolucionaria de Camilo Torres Restrepo.

La aspiración fundamental de la IAP Falsbordiana era construir una ciencia propia del pueblo que fortalezca y potencie el poder popular organizado (con-, desde- y para-), que sea una ciencia subversiva, un horizonte ontológicamente político y fenoménicamente científico, construido con las comunidades en función de sus intereses. Esto le costó persecuciones y cárcel, que vivió junto a María Cristina Salazar Camacho, su compañera de vida y de horizonte epistémico.

Desde mediados de la década de 1980, Orlando Fals Borda articuló su reflexión y elaboración de la IAP en diálogo con el Socialismo Raizal y el Nuevo Ordenamiento Territorial, que buscaba la construcción de una “República Regional Unitaria”. Este es el núcleo de su obra: construir conocimiento y poder en un territorio concreto (con historias, memorias y culturas) apuntando a una utopía civilizatoria mayor, que ponga freno a la barbarie capitalista extranjerizante y revalorice los *ethos colectivos* de nuestros pueblos.

En su conjunto, se trata de una obra ética, epistémica, pedagógica y política, situada y descolonizada, con vocación de poder transformador y aires culturales nuestros, que busca que el saber, la vida y la liberación sepan a nuestros caldos, aires, músicas y sentires; que se parezcan a nosotras y nosotros, y no sean calcos y copias de

modelos bien pensados en instancias que nos son ajenas.

Referencias citadas (y sugeridas)

Bonilla, V., Castillo, G., Duplat, C., Fals Borda, O., & Libreros, A. (1972). *Por ahí es la cosa* (2ª ed.). Fundación La Rosca de Investigación y Acción Social.

Bonilla, V., Castillo, G., Fals Borda, O., & Libreros, A. (1972). *Causa popular, ciencia popular. Una metodología del conocimiento científico a través de la acción*. Fundación La Rosca de Investigación y Acción Social.

Cendales, L., Torres Carrillo, A., & Torres Millán, F. (2012). Uno siembra la semilla, pero ella tiene su propia dinámica. Entrevista a Orlando Fals Borda. En L. López Guzmán & N.A. Herrera Farfán (Eds.), *Ciencia, compromiso y cambio social* (pp. 25-44). Editorial El Colectivo.

Dussel, E. (2011). *Filosofía de la liberación* (2ª.). Fondo de Cultura Económica.

Dussel, E. (2010). *Política de la liberación. Arquitectónica* (Vol. 2). Fundación editorial El perro y la rana.

Dussel, E. (2022). *Política de la liberación. Crítica creadora* (Vol. 3). Editorial Trotta.

Dussel, E. (2013). *Política de la liberación. Historia mundial y crítica* (Vol. 1). Editorial Docencia.

Dussel, E. (2016). *14 tesis de ética. Hacia la esencia del pensamiento crítico* (1ª.). Editorial Trotta.

Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. Fundación editorial El perro y la rana.

Fals Borda, O. (2017a). *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos* (J. N. Suárez Fernández, Ed.). Universidad Nacional de Colombia.

Fals Borda, O. (2017b). De la pedagogía del oprimido a la Investigación participativa. Intervención de Orlando Fals Borda, en el acto de homenaje a Paulo Freire (Bogotá, 4 de mayo de 2005). En Dimensión Educativa (Ed.), *Aportes 61. Paulo Freire y Orlando Fals Borda, educadores populares* (pp. 127-137). Imprenta Librería Salesiana.

Fals Borda, O. (2012). *Ciencia, compromiso y cambio social* (N. A. Herrera Farfán & L. López Guzmán, Eds.; 1.ª ed.). Editorial El Colectivo.

- Fals Borda, O. (1985). *Conocimiento y poder popular. Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia*. Siglo XXI Editores.
- Fals Borda, O. (Ed.). (1978). *Crítica y política en ciencias sociales. El debate teoría y práctica, T. I. [Memorias del Simposio de Cartagena, 1977]*. Editorial Punta de lanza. Fals Borda, O. (1975). *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Fundación La Rosca de Investigación y Acción Social.
- Fals Borda, O. (Ed.). (1977). *Memorias del Simposio Mundial de Investigación-Acción y Análisis Científico*. Cartagena de Indias.
- Fals Borda, O. (1972). *El reformismo por dentro en América Latina*. Siglo XXI Editores. Fals Borda, O. (1970). *Ciencia propia y colonialismo intelectual (1ª)*. Tercer Mundo editores.
- Fals Borda, O. (2010). La investigación-acción participativa: Política y epistemología. En J.
- M. Rojas Guerra (Ed.), *Antología. Orlando Fals Borda* (pp. 205-214). Universidad Nacional de Colombia.
- Fals Borda, O. (1968). *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1810–1968*. Siglo XXI Editores.
- Fals Borda, O. (2008). *La subversión en Colombia. El cambio social en la historia (4ª Ed.)*. FICA–CEPA.
- Fals Borda, O. (1981). *Una ciencia del pueblo. [Transcripción de una grabación hecha en el II Seminario Venezolano de Investigación Participativa celebrado en Pozo de Rosas (Venezuela), pp. 28-48]*. Archivo Escuela Saucío.
- Feyerabend, P. (1996). *Adiós a la razón*. Tecnos.
- Feyerabend, P. (1986). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Tecnos.
- Fornet–Betancourt, R. (2017). *Elementos para una crítica intercultural de la ciencia hegemónica*. Universidad de Concordia.
- Gergen, K. J. (1998). La Psicología Social Como Historia. *Revista anthropos: Huellas del conocimiento*, 177, 39-49.
- Giraldo Moreno, J. (2010). *Cristianismo y Derechos Humanos*. El Búho.

- Guba, E., & Lincoln, Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En C. Denman & J. A. Haro (Eds.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social* (pp. 113-145). El Colegio de Sonora.
- Herrera Farfán, N. A. (2023). *Camilo Torres Restrepo. El profeta a®mado. Biografía mínima*. Bogotá, Colombia: Editorial Laboratorio Educativo.
- Herrera Farfán, N. A. (2018). *Saber colectivo y poder popular. Tentativas sobre Orlando Fals Borda*^a (1a ed.). Editorial El Colecti-o - Ediciones Desde Abajo.
- Herrera Farfán, N. A. & López Guzmán, L. (Comps.) (2018). *Ciencia, compromiso y cambio social. Antología de Orlando Fals Borda* (2^a Ed.). Buenos Aires, Argentina: Editorial El Colectivo.
- Herrera Farfán, N. A. & Torres Carrillo, A. (2023). *Orlando Fals Borda y la Investigación Participativa*. Bogotá, Colombia: Editorial Laboratorio Educativo.
- Hinkelammert, F. (2007). *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad. Materiales para la discusión*. Editorial Arlekin.
- Jaramillo Jiménez, J.E. (2017). *Estudiar y hacer sociología en Colombia en los años sesenta*. Bogotá, Colombia: Universidad Central.
- Kuhn, T. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Lorde, A. (2003). *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Horas y horas, pp. 115–120
- Montero, M. (2001). Ética y política en Psicología. Las dimensiones no reconocidas. *Athenea digital*, 0, 1-10.
- Montero, M. (2006). *Hacer para transformar: El método en la psicología comunitaria*. Editorial Paidós.
- Moser, H. (1978). La investigación-acción como nuevo paradigma en las ciencias sociales. En O. Fals Borda (Ed.), *Crítica y política en ciencias sociales. El debate teoría y práctica*,
- Olivé, L. (2009). Por una auténtica interculturalidad basada en el reconocimiento de la pluralidad epistemológica. En: VV.AA. *Pluralismo epistemológico*. CLACSO Coediciones. La Paz: CLACSO–Muela del Diablo Editores–

Comunas–CIDES–UMSA, pp. 19–30.

Pannikar, R. (1999). *La intuición cosmoteándrica*. Madrid, España: Editorial Trotta.

Ricouer, P. (1976). *Introducción a la simbólica del mal*. Megápolis.

Segundo, J. L. (1988). Revelación, fe, signos de los tiempos. *Revista Latinoamericana de Teología*, 5(14), 123–144. <https://doi.org/10.51378/rlt.v5i14.6124>

Torres Restrepo, C. (1970). *Cristianismo y revolución*. México D.F., México: Era.

Wallerstein, I. (Ed.). (2006). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales* (9.a ed.). Siglo XXI Editores.

Intersecciones epistémicas: encuentros y desencuentros entre la propuesta epistémico- política de Orlando Fals Borda y la complejidad

*Julián David Gutiérrez Quijano*⁵

Resumen:

Este artículo explora los puntos de encuentro y desencuentro entre la propuesta epistémico- política de Orlando Fals Borda y el paradigma de la complejidad de Edgar Morin, a partir de la crítica común a la epistemología objetiva y su pretendida neutralidad. Se plantea la necesidad de superar los modelos lineales y reduccionistas del conocimiento social, privilegiando una comprensión situada, dialógica y relacional. Desde allí, se discute la noción de autonomía como autoorganización, y su relevancia tanto en el plano epistémico como político. En este marco, la crisis social latinoamericana se comprende, desde Fals Borda, como una construcción histórica interna condicionada por factores estructurales, pero también transformable desde lo local; mientras que, para Morin, se trata de un fenómeno complejo, multicausal y no lineal, que debe abordarse integrando múltiples niveles de análisis. El análisis dialéctico cobra centralidad en ambas propuestas, al concebir la realidad como tensión y transformación. Finalmente, se contrastan las nociones de rol del investigador social: mientras Morin propone una figura articuladora en contextos inciertos, Fals Borda exige un compromiso militante desde la praxis colectiva. Esta aproximación permite matizar los vínculos y tensiones entre dos horizontes epistémico-políticos distintos, destacando sus alcances y límites en la producción situada de conocimiento social.

Palabras Clave: Investigación acción participativa, Complejidad, Autonomía, Crisis, Dialéctica

Abstract:

⁵ Docente e investigador de la Universidad INCCA de Colombia.

This article explores the points of convergence and divergence between the epistemic-political proposal of Orlando Fals Borda and Edgar Morin's paradigm of complexity, based on their shared critique of objective epistemology and its purported neutrality. It argues for the need to overcome linear and reductionist models of social knowledge, favoring a situated, dialogical, and relational understanding. Within this framework, the notion of autonomy is discussed as self-organization, with relevance at both epistemic and political levels. The Latin American social crisis is understood, from Fals Borda's perspective, as a historically internal construction shaped by structural factors but also transformable from within; while for Morin, it is a complex, multicausal, and non-linear phenomenon that must be addressed through multiple levels of analysis. Dialectical analysis plays a central role in both approaches, as reality is conceived through tension and transformation. Finally, the contrasting roles of the social researcher are examined: whereas Morin proposes an articulating figure within uncertain contexts, Fals Borda calls for a militant commitment grounded in collective praxis. This approach helps to nuance the connections and tensions between two distinct epistemic-political horizons, highlighting their scope and limits in the situated production of social knowledge.

Key Words: Participatory Action Research, Complexity, Autonomy, Crisis, Dialectics

Algunas reflexiones previas

Para algunos, puede parecer ambicioso el simple intento de equiparar dos enfoques, que, desde la misma academia y la acción, resultan lejanos y a veces contrariados. Sin embargo, y a riesgo de caer en la incertidumbre más que en cualquier certeza, profiero la necesidad de enunciar algunos lugares comunes, que, de ser comprendidos en sus múltiples dimensiones, pueden dar cabida a una serie de elementos de encuentros y desencuentros que posiblemente ayuden a esclarecer un poco esta dicotomía y emparenten las apuestas de Fals Borda con las de Edgar Morin; ambos ampliamente abordados en la más reciente crisis de paradigma.

En consecuencia, el interés que orienta este trabajo es el de explorar algunos de los

múltiples puntos de convergencia entre los fundamentos epistémicos de ambos enfoques, no con el ánimo de profundizar el sesgo teórico que históricamente ha caracterizado a la academia en relación con los espacios transicionales o críticos frente a la modernidad, sino con el propósito de ofrecer al lector referentes conceptuales que le permitan adoptar una posición crítica frente a las realidades contemporáneas, el presente histórico, la alteridad; y en calidad de investigadores, la ética ante los sujetos y las realidades potenciales que se configuran en el contexto latinoamericano.

Debe señalarse que la complejidad se constituye como un paradigma contemporáneo de carácter epistemológico y transdisciplinario, cuyo desarrollo se ha dado en el cruce entre diversas ciencias, particularmente a partir de problemáticas emergentes en las ciencias naturales, pero con profundas implicaciones para las ciencias sociales y humanas. Este enfoque incide en la comprensión del fenómeno humano, en la superación de disyunciones entre sujeto y objeto, en el cuestionamiento de los límites disciplinares tradicionales y en la apertura hacia visiones holísticas del conocimiento. Mientras que, por su parte, la investigación acción participativa y el universo Falsbordiano que le rodea, tienen un trasfondo social, militante, político, transformativo, comprometido, emancipador y dialéctico; encaminado al hacer y al transformar haciendo.

En lo esencial, ambos enfoques tienen multiplicidad de aristas, momentos y connotaciones diversas y propias. Por lo que aquí, se hará una aproximación a dos de esos grandes rasgos que, de forma interesante, se encuentran y posibilitan el diálogo entre ambos universos. A saber: *la crítica al paradigma disciplinar y disyunto* y *la crisis*.

Por lo demás, es oportuno posicionar la premisa de que: es necesario asumir una actitud crítica al abordar la propuesta epistémico-política de Orlando Fals Borda, reconociendo tanto su potencia transformadora, como las limitaciones de capturarla solo desde la teoría. Aunque formulada hace décadas, sigue siendo una propuesta subaplicada y parcialmente ignorada en los procesos sociales actuales.

Por lo tanto, el llamado hoy no es únicamente a revisar la obra de Fals Borda, sino a activar procesos concretos donde la ética, la política y el método de la IAP se encarnen en los territorios: en el barrio, en las veredas, en la esquina o en el colectivo. Se trata de conjugar acción y reflexión en una praxis dialéctica, que permita generar conocimiento desde la experiencia y transformar la realidad en el mismo gesto.

Ires y venires (De la neutralidad valorativa a la Dialéctica)

Aunque diferentes, la complejidad y la propuesta epistémico-política de Orlando Fals Borda, cuentan con lugares en común, un suelo meta teórico y epistemológico con intersecciones, especialmente en su rechazo a la idea de una neutralidad valorativa en la producción de conocimiento, la superación de la dicotomía sujeto/objeto, y la crítica a una visión reduccionista y mecanicista de la ciencia. Asimismo, ambas reconocen la naturaleza dinámica, cambiante y no lineal de la realidad.

De la misma manera distan en elementos que hacen de cada una lo que son, en comparación con la otra; véase al conocimiento en función de la transformación social en el imperativo del “compromiso” Falsbordiano (1967), en claro contraste a la neutralidad política de la complejidad. También, la participación activa y militante de la población, en oposición con los modelos matemáticos de la evolución de los sistemas. O la naturaleza del cambio intencional y dirigido, que desde la Investigación Acción Participativa se proyecta en la transformación de lógicas de desigualdad de explotación, en disonancia con la transformación emergente, producto de las interacciones de un sistema atravesado por el caos (Morin, 1977).

Estos encuentros y desencuentros pueden ser una forma sencilla de entrelazar estos dos relatos epistémicos que sustenta un posible salto y una puesta en crisis del aún imperante paradigma científico. A propósito, varias décadas atrás Fals Borda (1999) se encontraba con estos cuestionamientos:

La búsqueda teórico-práctica de un nuevo paradigma y de un ethos alterno satisfactorio ha

venido andando por lo menos desde la década de 1970, como lo hemos recordado. Hemos procedido juntos a partir de las teorías utópicas y participativas de los siglos XVIII y XIX y estamos en el umbral de otro juego de teorías sobre la liberación postmoderna, la complejidad y el caos. (p. 84)

Esta búsqueda de un “ethos alterno satisfactorio” supone a la vez un umbral en común entre diversas apuestas que se sitúan en la confluencia entre la crítica al paradigma positivista hegemónico, cargado de neutralidad objetiva resultado del eco de una epistemología disciplinar. Apela además a la necesidad de una reconfiguración epistemológica que cuestione los fundamentos del conocimiento moderno occidental. Correspondería entonces, a la búsqueda, en el sentido Kuhniano (1971), de un conjunto de supuestos ontológicos, epistemológicos y metodológicos que re orienten la producción de conocimiento.

Es así que, la preocupación compartida sobre la preponderancia académica y científica de la denominada “neutralidad valorativa”, nos abre las puertas para tratar de indagar los postulados epistemológicos en común, tanto de la complejidad como de la propuesta epistémico-política de Orlando Fals Borda. Esta será una crítica marcada en la emergencia en las corrientes investigativas de finales del siglo XX, entre ellas, las apuestas de una *ciencia propia*, que marcarán una ruptura epistémica en la connotación sujeto - objeto derivada de las estructuras de pensamiento tradicionales; rupturas que en diversos aspectos lograron caminar los derroteros no abordados por la escuela de Frankfurt.

A propósito de la escuela de Frankfurt, quienes, pasando por la pertinencia de un enfoque crítico frente a la relación entre teoría y práctica, desde posturas como la de Horkheimer, Adorno, Marcuse y Habermas, introducen la clara distinción de una “ciencia social libre de valores”; resultando esto en gran parte ilusorio, sobre todo cuando de transformar las estructuras sociales se refiere. Pero que, a su vez, no plantean un camino claro frente a la acción y la participación de la investigación como escenario político y ético de cara a las problemáticas de los pueblos excluidos del planeta.

Por ejemplo, Horkheimer (1937) concluiría que el conocimiento necesariamente

está influenciado por las fuerzas sociales, que resultan movilizadoras en la producción del mismo, puesto que “la teoría tradicional es la que reproduce la vida dentro de su marco social actual: no se ocupa del origen social de los problemas ni de los fines para los que se aplica la ciencia” (p. 79)”. En la misma línea, Habermas (1982) en relación al rol emancipador del conocimiento, sostiene que la neutralidad del conocimiento se torna difusa en cuanto está necesariamente orientada por intereses cognitivos, los cuales a su vez responden a necesidades sociales determinadas por el contexto histórico y geográfico. Por lo tanto, el interés emancipador busca traspasar la connotación interpretativa de la ciencia, para dismantelar las estructuras de dominación que preponderan en el estatus de producción del conocimiento.

No obstante, como se dijo anteriormente, estas discusiones -que habían pasado por las reflexiones de los pensadores europeos de las primeras décadas del siglo, en una generación marcada por la violencia extrema, propia de dos guerras mundiales y el derrumbe del proyecto civilizatorio europeo- no sería suficientes para la diversidad de lógicas que, en el sistema mundo, y sobre todo en el Sur global, llamaban a un replanteamiento serio y una puesta en marcha de la praxis como escenario digno de una ciencia que pensara la transformación social como un objetivo hacia la ruptura práctica y epistémica entre el sujeto y el objeto, y, por tanto, con la neutralidad valorativa.

En palabras de Fals Borda (1970): “las condiciones para llevar a cabo tales tareas parecían y siguen siendo evidentes: se hallan a flor de tierra en regiones pobres y subdesarrolladas, donde una explotación económica extrema y dura ha ido acompañada de destrucción humana y cultural” (p. 70). En la misma línea argumenta que:

Para prepararnos mejor en tan difíciles coyunturas, tuvimos necesidad de hacernos una autocrítica radical, así como de reorientar la teoría y la práctica social. La experiencia iba en contravía de nuestras concepciones sobre la racionalidad y el dualismo cartesianos y sobre la ciencia “normal”: de éstas no podíamos derivar respuestas certeras ni obtener mucho apoyo, en especial. (p. 74)

Pero ¿a qué se refería Fals Borda con estas contradicciones que permanecían innatas a la ciencia y la producción del conocimiento, que se afincaban en la concepción tradicional de la academia? Y, ¿cuál es su relación con el paradigma de la complejidad?

Pues bien, los fundamentos de la epistemología objetiva, positivista y disciplinar, que sustentan la neutralidad valorativa, se asientan sobre las concepciones de una realidad ajena; pero sobre todo de una acción social enmarcada en las proyecciones lineales, disyuntas y sesgadas de la realidad, lo que no incluye o no ampara la relación entre la teoría y a práctica. Por ende, desaparece la praxis como mecanismo de transformación de la realidad.

Al mismo tiempo, la separación entre sujeto y objeto también supone un ejercicio, por lo menos en el aspecto del acceso y comprensión de la realidad, de separación entre la teoría y la práctica, y los sujetos. Esto, que tiene orígenes en el pensamiento cartesiano y que evolucionará como los postulados objetivos y disyuntos de la ciencia moderna, podemos rastrearlo en ideas Descartes (1644), quien afirmaba que: "observando que todas las cosas que concebimos clara y distintamente son todas verdaderas de la manera en que las concebimos, es suficiente para que podamos distinguir la sustancia pensante de la corpórea, que concebimos clara y distintamente una sin la otra" (p. 127).

Dicha tradición proveniente de las escuelas clásicas occidentales supone la generación de conocimiento como un proceso de estricta verticalidad, dando como resultado proyectos del *conocer, saber y el hacer* disyuntivo entre sí, con claras cargas simplistas de la realidad, suponiéndola objetiva. Y es precisamente de este punto, donde encontramos el primer elemento encuentro entre los postulados Falsbordianos y la complejidad. Frente a esto agrega Morin (1999): "el conocimiento pertinente debe confrontar la complejidad de su objeto; sin embargo, la complejidad está ligada a la imposibilidad de separar completamente el observador de la observación, el sujeto del objeto, el todo de las partes." (p. 64).

Así mismo argumenta: "la hiperespecialización impide ver el contexto, el global,

lo multidimensional, lo complejo. La inteligencia parcelada, dividida, reducida, destruye la capacidad de comprender los problemas globales y fundamentales" (Morin, 2001, p. 13).

Esto significa que, si bien la complejidad supera la dicotomía sujeto-objeto, no lo hace a partir de un principio orientado a la acción transformadora, sino desde una perspectiva sistémica que concibe tanto al sujeto como al objeto como parte de un mismo entramado en correlación, interacción e intercambio. Sin embargo, esta comprensión no necesariamente implica el ejercicio del "compromiso" y la "militancia" que ubican al sujeto investigador dentro de imperativos éticos, políticos y metodológicos.

Desde esta mirada, podemos advertir una transformación más amplia que atraviesa la filosofía occidental entre los siglos XVII y XIX, particularmente con los planteamientos de la dialéctica hegeliana y, posteriormente, con los aportes de Marx. Estos elementos alimentan una comprensión que resulta clave para la propuesta epistémico-política de Fals Borda, donde las nuevas dinámicas investigativas incorporan una dimensión crítica y transformadora, que la perspectiva sistémica por sí sola no logra contener.

Para Hegel (1817) en su principio del proceso de desarrollo y auto-superación de las ideas a través de la contradicción y la negación; posteriormente, este planteamiento fue abordado por Fichte (1794), quien integró la lógica en la dimensión de la *tesis* y la *antítesis*, las cuales conforman la contradicción dialéctica de la realidad. De esta tensión resulta la *síntesis*, entendida como la superación de la contradicción anterior sin eliminarla, y sobre esta base genera lo *nuevo*. Por su parte, Karl Marx bajo los postulados de que "los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo" (1845/1888, Tesis XI); y de que "la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria" (Marx, 1845/1888, Tesis III), recalcan su posición radical de no situar la dialéctica estrictamente en el plano de las ideas, sino como el movimiento real de la historia, determinado por las contradicciones

materiales existentes en el modo de producción.

Describe la dialéctica en el proceso que emerge en la *praxis*, a partir de la relación entre teoría y práctica, como el ejercicio de teorización de la realidad material, bajo la premisa de la transformación de la misma. Siendo así, existe necesariamente una práctica reflexiva y revolucionaria; por tanto, la *praxis* implica una actividad revolucionaria mediante la cual los sujetos históricos no solo interpretan el mundo, sino que intervienen en él para modificarlo. De hecho, "en la práctica, el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento aislado de la *praxis* es una cuestión puramente escolástica" (Marx & Engels, 1846/1958, p. 14).

El punto anterior resulta clave para la comprensión de la IAP y del compendio de la obra de Fals Borda, así como de su carácter epistemológico, que, vale aclarar, va de la mano con el pilar ético, político y práctico; cuyo eje común será la *dialéctica*. Y es que un marco epistemológico de carácter dialéctico implica necesariamente la comprensión de la realidad como fuente verdadera de conocimiento, que no se puede aislar de las dinámicas socio-económicas, culturales y políticas del contexto. Freire, citado por Carlos Núñez, al respecto expresa que el "conocimiento es el proceso que resulta de la *praxis* permanente de los seres humanos sobre la realidad" (Núñez, 2005, p. 15).

Bajo esta premisa, el conocimiento se construye a partir de otro conocimiento que le precedía, y que al cambiar la realidad se produce un nuevo conocimiento que supera el anterior; esa es la dialéctica del proceso del conocimiento como dinámico. La complejidad, aunque de tradición diferente a la dialéctica, comparte una serie de afinidades estructurales que permiten pensarle de forma complementaria; por ejemplo, la ontología del cambio y la contradicción presente en su sistema de ideas. Pues, tanto la dialéctica como la complejidad rompen con una visión lineal, estática y mecánica del mundo; es decir que ambas suponen una realidad en constante transformación.

Como consecuencia, ambos paradigmas rechazan el pensamiento reduccionista y fragmentado. La dialéctica marxista crítica el análisis burgués que separa lo económico, lo político y lo ideológico como esferas independientes. Por su parte, la complejidad propone un pensamiento ecológico, relacional y sistémico, que articula múltiples niveles y dimensiones de lo real; "el paradigma de disyunción y reducción impide concebir la articulación entre el todo y las partes, lo que nos encierra en compartimentos estancos de conocimiento." (Morin, 1977, p. 25).

La complejidad rechaza la visión mecanicista y defiende una dialógica, donde elementos contrarios pueden ser complementarios y generativos. Sumado a ello, la auto organización y la emergencia, pueden ser un principio dialéctico, ya que los sistemas complejos se transforman a partir de contradicciones internas. Según Morin (1990), la complejidad es la dialógica orden/desorden/organización. Esto es, la dialógica permite mantener la dualidad en el seno de la unidad. Orden y desorden, antagonistas, pueden ser concebidos como complementarios en la autoorganización de sistemas.

Con todo, la pretensión aquí no es generar algún escenario relacional único entre la dialéctica y la connotación que la complejidad asume desde allí como la dialógica, sería además de ambicioso, totalitarista. Lo anterior en la medida en que, si bien ambas ven la contradicción como constitutiva (no como error o anomalía) y asumen la realidad como proceso en permanente transformación, oponiéndose a las lógicas binarias o lineales mecanicistas, cuentan a la vez con grandes diferencias.

A saber, por una parte, el principio dialéctico de la contradicción entre opuestos que se supera en una síntesis, es apenas una coexistencia activa de contrarios sin resolución final en la dialógica de la complejidad. Por otra parte, el matiz histórico, social y político de la dialéctica marxista, se convierte en ontológico, epistemológico y sistémico en las reflexiones complejas. Como se refirió previamente, la menor de las intenciones acá es propiciar un paralelo entre la *dialéctica* y la *dialógica* de Morin, vienen cambio la tarea es ampliar el panorama de discusión en torno a los irs y venires epistémicos compartidos.

Así, en el corazón del problema de la complejidad, anida un problema de principio de pensamiento o paradigma, y en el corazón del paradigma de complejidad se presenta el problema de la insuficiencia y de la necesidad de la lógica, del enfrentamiento 'dialéctico' o dialógico de la contradicción. (Morin, 1995, p. 13).

Claramente, aunque la dialéctica tiene una carga política (especialmente en su forma marxista) -lo que influye en gran medida en la orientación ético/política y práctica de gran parte de los paradigmas del sur, entre ellos, la Investigación Acción Participativa- la complejidad resulta más descriptiva. No obstante, en muchos casos, ambas permiten pensar la transformación. La dialéctica se articula con la praxis, la acción transformadora consciente. La complejidad introduce la noción de autoorganización, por la cual un sistema puede generar nuevas formas de orden sin control externo.

La crisis latinoamericana (Autonomía, dependencia y reorganización)

Para Marcuse (1964) el orden social es establecido y en tanto tal moldea las necesidades y deseos de los individuos, convirtiéndolos en sujetos pasivos que aceptan la realidad sin cuestionarla. Se afirma que el orden establecido no solo ha racionalizado la represión, sino que ha hecho que esta represión sea aceptada como libertad. Por otra parte, Adorno (1944) sostenía que el orden social moderno se sostiene mediante la estandarización y el control cultural, que moldean la conciencia de los individuos para aceptar la dominación como natural. De plano, reconocer que el orden social no es neutral, sino que se mantiene mediante una racionalidad instrumental que refuerza las estructuras de poder en lugar de cuestionarlas, plantea escenarios críticos en donde la superación de ese orden es tarea, y como escenario de acción, reconocer la *crisis* como momento y como potencial, es indispensable.

En contraste, el concepto de crisis, abordado por Fals Borda en obras como *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1970) y *Algunos problemas prácticos de la sociología de la crisis* (1969), se plantea a partir de su relevancia para el momento histórico latinoamericano, particularmente en lo relativo a la producción del conocimiento y las perturbaciones sociales, políticas y económicas internas derivadas tanto de elementos tanto propios (locales) como de factores externos. Por

ello, es importante abordarla desde una lectura histórica que, a la par, la sitúe en su época y en sintonía con las dinámicas de una clara crisis del Sur, marcada por la influencia del imperialismo y la ciencia clásica. Este contexto coincide con el nacimiento de todo un paradigma del Sur, y con un enorme esfuerzo en la construcción de epistemologías alternas que también aportarían a la educación popular, la decolonialidad y la teología de la liberación.

Casi al mismo tiempo, Edgar Morin en el paradigma perdido (1973) concibe la crisis como un elemento constitutivo de los sistemas complejos, una señal de desorganización que puede conducir tanto al colapso como a la regeneración. Postura que también debe leerse en su contexto y que, por consiguiente, corresponde al actual ejercicio de discusión con Fals Borda. No sería por tanto operativo pretender abordar el término “crisis” como elemento totalizante en este caso, puesto que, en su pensamiento actual, especialmente a partir de obras como *La crisis del futuro*, Morin enfatiza que vivimos una crisis de la civilización, donde no solo colapsan sistemas económicos o políticos, sino también los referentes simbólicos, éticos y culturales de la modernidad.

De todos modos, la crisis constituye el momento y escenario de encuentro entre estas dos posturas, desde donde la reflexión sobre el conocimiento propio las transforma y, a su vez, ellas mismas se transforman, generando así un acercamiento dialéctico y dialógico a tan particular concepto y a la realidad que lo sustenta. Por ejemplo, dentro de la dinámica de los sistemas complejos una crisis es una condición en la que un sistema, debido a perturbaciones internas o externas, se acerca a un umbral más allá del cual su estructura y funcionamiento deben sufrir un cambio fundamental. Mientras que, la crisis latinoamericana emerge como un escenario diverso, dinámico, no lineal y como elemento potencial de estudio y comprensión a partir de disciplinas como la sociología.

La ciencia y los sistemas sociales, políticos y económicos, presentan profundas crisis, lo poderoso de estas y de la incertidumbre es que pueden desarrollarse en profundos escenarios de transformación y oportunidades. No obstante, se ha de ser cauteloso a los aspectos propios de cada postura, puesto que, para Fals Borda la

crisis, es un referente de transformación e incluso en un elemento catalítico de la misma incidencia del orden mundial occidental e imperial. Mientras que, para Morin este elemento en particular señala cómo el pensamiento occidental ha estado dominado por un paradigma reduccionista, que fragmenta la realidad en disciplinas aisladas, lo que ha generado un conocimiento incapaz de abordar la complejidad del mundo, desembocando en la crisis de paradigma actual.

En esta línea, desde la perspectiva de la complejidad,

El concepto mismo de realidad está hoy en crisis, ya que la física cuántica desagregó la sustancia, y la partícula, de ladrillo elemental pasó a ser una noción fronteriza concebible (onda, corpúsculo, cuark). Con lo que se llega a una inevitable contradicción entre onda y corpúsculo. Así el cosmos se convirtió en una dispersión casi irreversible. (López, 1998. p.72).

Esto señala cómo el orden, palabra maestra de la ciencia clásica, ha reinado desde el átomo hasta la Vía Láctea, enfatizando, desde Kepler, la idea de una mecánica celeste y de un universo-reloj que marca el tiempo y su estructura; para esta concepción, la materia por todas partes igual y se asume, además, la existencia de una entidad indestructible: la energía. Según esto, la verdadera realidad estaría compuesta por: el orden físico, al cual deben obedecer las leyes naturales; el orden biológico, al que debe supeditarse todo individuo a las leyes de la especie; y el orden social, donde el individuo se somete a las leyes de la sociedad.

De otra parte, la crítica a la rigidez de las estructuras del conocimiento y el ser político, en torno a las cuales suelen agruparse tanto sujetos como el conocimiento mismo en tiempos de crisis, resulta valiosa; tanto Fals Borda como Morin, entienden a la crisis no como una parálisis, sino como una oportunidad en movimiento. Bajo esta perspectiva, la crisis puede reorganizar los sistemas y en el mismo camino reformular los fundamentos del conocimiento y la ciencia. Para Fals Borda (1970), el interés radica en la comprensión de las cuestiones adolecidas por el sur global que desembocan en la crisis, y en la aparición de un enfoque propio y comprometido con la transformación de la estructura de dominación y poder.

A su vez, en *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1970), Fals Borda indica que

es apenas natural que en épocas de crisis “se quiera refugiarse en instituciones más o menos estables de las que puedan derivarse normas claras” (p. 40), siendo una necesidad controlar estos deseos porque tiende a fosilizar la acción en momentos que necesitan mayor libertad y agilidad. Prosigue con que “no se trata de abolir las reglas de juego, sino de advertir sus limitaciones cuando tienden a convertirse en cadenas de pensamiento” (Fals Borda, 1970, p. 32).

Desde una perspectiva crítica latinoamericana, la noción de crisis se vincula estrechamente con procesos de transformación estructural originados por las contradicciones internas de sociedades dependientes. Estas contradicciones, cada vez más agudizadas, configuran situaciones históricas en las que una nación o sociedad enfrenta tensiones tan profundas que su resolución exige cambios radicales en la organización social. Así, la crisis no es concebida únicamente como un desequilibrio coyuntural, sino como una fase de ruptura que anuncia la necesidad de un nuevo orden social. En el caso de América Latina, el análisis de la crisis se orienta hacia la identificación de factores concretos que permitan reconocer los síntomas y dimensiones de estas transformaciones en curso.

La crisis, en consecuencia, desde los postulados Falsbordianos y la complejidad, comparten algunas reflexiones base, por lo menos en su posicionamiento epistemológico, ético y metodológico, pues lo político no entra del todo desde la concepción compleja de la crisis. A propósito, Fals Borda (1970) agrega la importancia de localizar dicha crisis dentro de un proceso histórico en un determinado ambiente político social y económico, argumentando que es más valioso hablar de una “crisis latinoamericana actual” que ir a la búsqueda de planteamientos metafísicos difusos, que no posibiliten la concreción de la realidad crítica. Sitúa además algunos factores o indicadores de dicha crisis, tales como: la corrupción administrativa, la bancarrota moral, la aparición de ideologías como la del populismo militar, el control abusivo de la propaganda y los medios de comunicación de masas, la urbanización generalizada, el neo nacionalismo desenfocado, entre otros.

En consecuencia, devela toda una serie de dinámicas propias de los momentos

históricos, en clave de un desarrollo autónomo, aunque sin descartarse lo evidente de la influencia del yugo internacional imperialista en meta relatos y modos de operación de los factores de la crisis; véase a la intervención militar en la geopolítica local, o la guerra de guerrillas, que resulta a la vez causa y efecto de una situación de crisis (Fals Borda, 1970).

Lo anterior es un claro síntoma de uno de los aspectos a tener en consideración a la hora de abordar la crisis: el especial énfasis respecto al naciente deseo de *autonomía* en los diversos planos de las contradicciones de paradigma de los años 70s. Esta categoría, en el estudio de la crisis social latinoamericana, se proyecta en clave de generar conocimientos desde las realidades latinoamericanas, evitando la imposición de marcos teóricos externos que no respondan a los problemas locales.

Por su parte, Morin retoma la definición de la autonomía en su teoría de la complejidad, especialmente en *El Método* (1977), como la capacidad de un sistema para autoorganizarse, es decir, para producir sus propias reglas, estructuras y comportamientos a partir de su dinámica interna. Cabe aclarar que, la autonomía no significa aislamiento, pues los sistemas autónomos intercambian energía, materia e información con su entorno, pero son capaces de mantener una identidad y una coherencia propias. Por tanto, son autónomos y dependientes a la vez, en una dialéctica que es clave en su epistemología. La teoría de la complejidad refuerza esta idea al considerar múltiples niveles de análisis, y en dicho orden evitar los reduccionismos. En concordancia, el análisis de una crisis social desde la complejidad implica la aceptación de la incertidumbre, el reconocimiento de las interacciones y la búsqueda de soluciones que no sean simplistas ni impuestas desde modelos ajenos.

En ese sentido, existe un claro principio de negación a la concepción lineal del conocimiento y la crisis desde ambas posturas que, para el caso de Fals Borda, consiste en la concepción local y situada de conceptos que permitan definir la ciencia propia, así como aplicar una mirada compleja y adaptada a la realidad regional, evitando esquemas rígidos o externos que no captan la riqueza y diversidad de los procesos sociales.

A lo anterior Morin seguramente le sumaría, que las crisis sociales no pueden reducirse a una sola causa o solución, ya que emergen de la interacción de múltiples elementos. La autonomía en el análisis permite reconocer la especificidad de cada contexto. Así, la crisis social latinoamericana se puede entender como un sistema complejo, donde las decisiones y acciones tienen efectos no lineales y a largo plazo.

En concordancia, la organicidad o movimiento interno dentro de las lógicas mismas de la crisis Falsbordiana, da cuenta de que la crisis Latinoamérica no es resultado exclusivo, objetivo o unidireccional de las relaciones de poder internacionales de corte imperialista; sino que las lógicas de la crisis, se condicionan y transforman en clave de la determinación del contexto local. Ya lo afirmaba Fals Borda (1970) “la crisis latinoamericana es un asunto cualitativo y no meramente cuantitativo. Lo cualitativo empezó a desbordar lo cuantitativo [...] el cerrado bastión de las cifras y de los dólares, no ha permitido leer los valores sociales que se derivan de los imperativos históricos” (p. 41).

A partir de esta concepción compleja y situada, la comprensión de la crisis desde un plano nacional y supranacional se vuelve un elemento fundamental a la hora de poner en diálogo los postulados de Fals Borda y Edgar Morin. Esto implica reconocer la importancia de la interacción entre múltiples actores y estructuras de poder, así como rechazar la idea de que la relación de dependencia entre países centrales y periféricos sea lineal; es decir, que haya una simple relación de dominación de un país sobre otro, sino que dentro de ellos existen tensiones internas que pueden reforzar o desafiar la dependencia. Esto se acerca mucho a la concepción sistémica compleja que plantea Morín (1990).

Bajo esta lógica, el no considerar las resistencias, contradicciones internas o procesos de transformación dentro de los países para la comprensión y abordaje de la crisis, es un gran error que Fals Borda promulgaba como crítica situada a los marcos de comprensión utilitaristas de la sociología de la primera mitad del siglo XX en Colombia. Y a la par, constituye una visión más dinámica y relacional de la *dependencia*, que puede entenderse en parte desde la teoría de sistemas y la complejidad. Según este enfoque, no hay una relación única y fija de dominación,

sino un conjunto de interacciones entre actores nacionales e internacionales. Los países dependientes no son simplemente pasivos, sino que en su interior existen tensiones y actores que pueden fortalecer o desafiar la dependencia. La relación de dependencia no es irreversible ni completamente homogénea; hay momentos de crisis y reconfiguración en los que surgen nuevas oportunidades de autonomía o nuevas formas de dominación. Fals Borda (1970) refiriéndose a algunos imperativos del estudio de la crisis, refiere que es

“[...] la revelación de los mecanismos propios de una dominación bastarda y de una inocua explotación, lo que lleva a concebir la posibilidad de cortar los vínculos coloniales internos y externos en que ellas se basan, suscitando el enfrentamiento en unos y otros la represión violenta. (p. 43).

En consecuencia, y partiendo de un punto de confluencia entre las dos corrientes estudiadas, se pueden plantear dos elementos claves en este aspecto en relación a la dependencia: por una parte, la emergencia en el análisis de las contradicciones y luchas internas en los países dependientes y, por otra parte, la aplicación de un análisis a nivel supranacional.

El rigor de análisis supranacional supone descentralizar la crisis del plano nacional para llevarlo a un nivel más amplio, lo que significa que las crisis de los países periféricos no pueden entenderse de forma aislada, sino en una red global de interdependencias. A la par, no existe una única metrópoli dominante, sino un ejercicio de competición por la hegemonía en las diversas regiones del sur global y que, los países periféricos, están en la capacidad de asumir posiciones y generar alianzas que modifiquen su posición dentro del sistema global.

En tal sentido, una visión dialéctica y compleja de la dependencia en la lectura de la crisis, implica el reconocimiento de múltiples niveles de interacción interdependientes, el dinamismo relacional de la crisis y las contradicciones internas en su relación constante con la generación de cambios estructurales. Es decir, la dependencia no es un destino inmutable, sino un escenario en disputa en el que es posible transformar las condiciones de subordinación a través de la acción colectiva y el conocimiento situado.

Finalmente, sería inapropiado pasar por alto la alta carga militante que sugiere Fals Borda para la sociedad y para los intelectuales en el ejercicio mismo de la crisis; un aspecto que tal vez resulte el más distante del principio de la complejidad, dada su limitada proyección en el plano práctico de la acción política. Fals Borda (1979) llama a la tarea de conformar cuadros locales que se incorporen en el proceso de estudio-acción, enriqueciéndolo y dándole virajes realistas y eficaces. Añade:

Si todo sigue como va, el resultado de este esfuerzo sería una feliz síntesis de la teoría y la práctica, donde la inserción ya no se vería dicotomizada como hasta ahora, como ejercida por elementos externos a los grupos de base, sino hecha dentro de un mismo proceso histórico que cobijaría a todos por igual, sin distinción entre intelectuales y trabajadores. Es decir, la inserción, como se ha visto atrás, en esta dimensión desaparecería como tal, y sólo quedarían trabajando, hombro a hombro, cuadros políticos-científicos de diferente nivel. (Fals Borda, 1979, p. 45)

Esta idea de cuadros locales político/científicos, rechaza la posibilidad de una intervención intelectual externa, y se posiciona en una producción de conocimiento desde dentro del proceso histórico y político de las comunidades populares, lo que lo pone en una estrecha afinidad con la noción de *intelectual orgánico-formulada* por Antonio Gramsci. De este modo, la práctica investigativa deja de ser una intervención externa para convertirse en una dimensión histórica compartida, donde “el modo de ser del nuevo intelectual no puede consistir ya en la elocuencia [...] sino en el estar activo constructor, organizador, ‘persuasor permanente’, no puro orador” (Gramsci, 1981, p. 151). Así, tanto para Gramsci como para Fals Borda, el saber emancipador se construye desde una praxis colectiva, crítica y situada, en la que los sujetos populares no sólo son objeto de estudio, sino agentes intelectuales y políticos de transformación.

A diferencia de la perspectiva gramsciana y de Falsbordiana, que vinculan al intelectual con una praxis situada, colectiva y políticamente comprometida, el paradigma de la complejidad concibe al intelectual como un sujeto que integra múltiples saberes, atraviesa fronteras disciplinares y asume la incertidumbre como parte constitutiva del conocimiento. En lugar de estar orgánicamente vinculado a una clase social o proyecto político específico, el intelectual complejo actúa como

un *articulador de sentidos* en sistemas dinámicos, reconociendo la interdependencia entre sujeto, entorno y saber. Esta posición enfatiza más la *epistemología de la articulación* que la praxis transformadora.

Conclusiones:

Las reflexiones desarrolladas en este trabajo permiten afirmar que el diálogo entre la propuesta epistémico-política de Fals Borda y la teoría de la complejidad de Morin representa tanto un campo fértil de encuentros como una zona de tensiones irreductibles. Uno de los puntos de inflexión más significativos se sitúa en la superación de la epistemología objetiva, comúnmente asociada a las ciencias sociales tradicionales. Ambas propuestas cuestionan la neutralidad del saber científico moderno, subvirtiendo la separación tajante entre sujeto y objeto del conocimiento. No obstante, mientras que Morin propone una integración transdisciplinar para enfrentar la fragmentación del conocimiento, sin comprometerse explícitamente con una acción política concreta, Fals Borda se sitúa de lleno en una crítica militante a la objetividad neutral, proponiendo una ciencia comprometida con las luchas sociales y enraizada en la praxis transformadora.

En ese marco, el concepto de crisis emerge como punto nodal de confluencia, pero también de divergencia. Morin interpreta la crisis como condición constitutiva de los sistemas complejos, capaz de abrir escenarios tanto de desorganización como de reorganización creativa. Por su parte, Fals Borda sitúa la crisis latinoamericana dentro de un entramado histórico-político particular, como expresión de las contradicciones estructurales generadas por la dependencia, el colonialismo interno y la dominación imperialista. Ambos coinciden en que la crisis no debe ser comprendida como un estado de excepción ni como un episodio exclusivamente negativo, sino como oportunidad para la transformación estructural. Sin embargo, difieren en el grado de politicidad que adjudican al análisis de dicha transformación.

Este punto conecta directamente con los aportes de las epistemologías del sur y los horizontes de la decolonialidad, que en el pensamiento de Fals Borda se anticipan como una necesidad ineludible de construir conocimiento desde el lugar y la

experiencia de los pueblos oprimidos. La apuesta por una ciencia propia no sólo rechaza los marcos analíticos impuestos desde centros de poder epistémico, sino que plantea una reorganización del saber en clave situada y comprometida. Si bien Morin ofrece herramientas para comprender la pluralidad y la interacción entre saberes, su propuesta permanece, en parte, ajena a las luchas por la descolonización cognitiva y política que animan las ciencias sociales críticas del Sur.

En este sentido, la dialéctica ocupa un lugar esencial en la articulación entre ambas propuestas. La comprensión de la realidad como proceso contradictorio, en tensión permanente entre fuerzas opuestas, constituye una matriz que permite integrar dinámicamente los fenómenos sociales y sus múltiples niveles de determinación. Tanto Morin como Fals Borda apelan a una lógica no lineal: el primero desde la complejidad sistémica, el segundo desde el análisis histórico-material. Esta convergencia dialógica se traduce en una concepción del conocimiento como proceso relacional, situado y transformador, en el que el conflicto y la contradicción no son elementos para suprimir, sino componentes fundamentales para la emergencia de nuevas formas de organización social y epistémica.

Finalmente, el lugar del investigador social representa quizá el terreno donde se hacen más explícitas las diferencias entre ambos enfoques. Fals Borda concibe al investigador como un sujeto político inserto en las luchas populares, cuya tarea es la co-producción del saber junto con las comunidades, en una praxis que fusiona teoría y acción. Esta perspectiva tiene fuertes resonancias con la noción gramsciana de intelectual orgánico. En cambio, el intelectual complejo propuesto por Morin aparece más como un articulador de sentidos, un mediador entre saberes heterogéneos que opera en condiciones de incertidumbre, pero sin una implicación necesariamente militante. Esta distancia remite al lugar que ocupa lo político en cada paradigma: central y constitutivo en Fals Borda, transversal y ambivalente en Morin.

En síntesis, el cruce entre complejidad y ciencia propia permite visibilizar tanto las afinidades estructurales como los límites irreductibles entre dos modos de entender el conocimiento social. Mientras Morin ofrece una plataforma teórica para pensar la

multidimensionalidad de la crisis y la interdependencia de los sistemas, Fals Borda impulsa una epistemología insurgente, que hace de la crisis el terreno fértil para la transformación social a través de la praxis. Por consiguiente, la lectura dialógica y situada de estas perspectivas invita a reconfigurar los marcos de análisis de las ciencias sociales latinoamericanas, superando el reduccionismo disciplinar, desafiando la neutralidad objetiva y asumiendo el conocimiento como un acto ético, político y profundamente contextual.

Referencias bibliográficas

- Descartes, R. (2004). *Meditaciones metafísicas* (J. Gaos, Trad.). Universidad Nacional Autónoma de México. (Obra original publicada en 1641).
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel* (V. Gerratana, Ed.; A. M. Palos, Trad.). Ediciones Era. (Original publicado en 1975).
- Fals Borda, O. (1970a). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Editorial Nuestro Tiempo.
- Fals Borda, O. (1970b). La crisis de la sociología en América Latina. En P. González Casanova (Ed.), *Sociología de la liberación* (pp. 185–202). Siglo XXI Editores.
- Fals Borda, O. (1967). *Hacia una sociología comprometida*. Discurso inaugural presentado en el II Congreso Nacional de Sociología, Bogotá, Colombia.
- Fals Borda, O. (2000). Por la praxis: El problema de cómo investigar la realidad para transformarla con la praxis. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 5(9), 19–43.
- Fals Borda, O. (2009). Orígenes universales y retos actuales de la IAP (Investigación Acción Participativa). En M. Vilsmaier & H. D. Huerta (Eds.), *La Investigación Acción Participativa: Contribuciones a la transformación de la ciencia* (pp. 33–43). Universidad Autónoma de Puebla / Misereor / Universidad de Innsbruck.
- Fals Borda, O. (2014). *Ciencia, compromiso y cambio social*. Editorial El Colectivo.
- Fichte, J. G. (2005). *Fundamentos del derecho natural según los principios de la doctrina de la ciencia* (E. Tierno, Trad.). Tecnos. (Obra original publicada en 1796).

- Habermas, J. (1982). *Conocimiento e interés* (G. Hoyos, Trad.). Taurus. (Obra original publicada en 1968).
- Hegel, G. W. F. (2010). *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio* (A. Escohotado, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1817).
- Horkheimer, M. (2000). Teoría tradicional y teoría crítica. En J. Muñoz (Ed.), *Teoría crítica* (pp. 33–92). Paidós.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas* (3.^a ed., C. Solís Santos, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1962).
- Marcuse, H. (1964). *El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* (J. Faerna, Trad.). Ariel. (Obra original publicada en inglés en 1964 como *One-Dimensional Man*).
- Morin, E. (1974). *El paradigma perdido: Ensayo de bioantropología* (D. Bergadà, Trad.). Editorial Kairós. (Obra original publicada en 1973).
- Morin, E. (1977). *El Método I: La naturaleza de la naturaleza*. Seuil.
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo* (D. Quesada, Trad.). Gedisa. (Obra original publicada en 1986).
- Morin, E. (1995). La epistemología de la complejidad. *Política y Sociedad*, 20, 9–20.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (A. Fuentes, Trad.). Paidós.
- Núñez, C. (2005). *Educación popular: una mirada de conjunto*. Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL).
- López Ramírez, Ó. (1998). El paradigma de la complejidad en Edgar Morin. *Universidad Nacional de Colombia*. Recuperado de <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/20469>

Orlando Fals Borda y Carlos Rodrigues Brandão: un diálogo permanente entre la investigación participativa y la educación popular. Una lectura militante desde sus aportes y perspectivas pedagógicas

Harold García-Pacanchique⁶

“Los años que vienen no serán fáciles para aquellos que escojan la vía de esta ciencia rebelde y subversiva: no habrá para ellos fondos ni fundaciones corrientes, ni cargos seguros, ni títulos pomposos, ni premios, ni prebendas. Habrán de ser así doblemente ingeniosos, porque tendrán que crear no solo una ciencia insurgente sino una ciencia humilde, para pobres, una ciencia sencilla, sin diseños estrambóticos ni complicaciones innecesarias, pero útil para los fines que se persiguen”

Orlando Fals Borda

“Debemos partir de la realidad concreta de la vida cotidiana de los participantes individuales y colectivos en el proceso, en sus diferentes dimensiones e interacciones. La vida real, las experiencias reales, las interpretaciones que se dan a estas vidas y experiencias, tal como las viven y piensan las personas con las que interactuamos”

Carlos Rodrigues Brandão

Resumen

El presente artículo establece un diálogo entre las posturas militantes del colombiano Orlando Fals Borda y el brasilero Carlos Rodrigues Brandão, en torno a sus concepciones frente a la investigación participativa y la educación popular; con el objetivo de situar cuales fueron sus aportes y perspectivas a estas tradiciones investigativas y pedagógicas latinoamericanas. Además de ello se trabaja sobre las categorías de ciencia y cultura popular, buscando encontrar en estas dos posiciones teóricas y prácticas que trabajan los autores lugares de encuentro y tensión que puedan aportar a darle una

⁶ Licenciado en Educación Comunitaria con énfasis en DDHH, Profesor de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Estudiante del Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. El presente capítulo hace parte de la investigación doctoral que se está realizando sobre la historia de la educación popular en Argentina, Brasil y Colombia. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO, Historia y Coyuntura: perspectivas marxistas. hsgarciap@udistrital.edu.co

riqueza conceptual a la tradición militante que constituye a IAP y la EP, como lugares de enunciación del capo popular para la generación de espacios reflexivos y de análisis que permitan la transformación de la realidad social.

Palabras clave: Investigación Participativa, Educación Popular, Ciencia Popular y Cultura popular.

1. Perspectivas comparadas de la investigación participativa

Con el objetivo de dar cuenta de los principales aspectos que presentan los autores sobre la investigación participativa, el artículo enseñará algunas de las perspectivas planteadas con el fin de establecer un diálogo que permita mostrar los principales aportes y poder generar la interpretación de unos comunes y diferenciales entre sus propuestas. Para ello, se trabajan ponencias, entrevistas y artículos académicos enunciando puntualmente lo que es relevante en términos de la comprensión militante y del compromiso social que se vincula con la perspectiva de Orlando y Carlos respectivamente, buscando con ello analizar cada una de las obras, las cuales son elegidas con una intencionalidad precisa que tiene que ver en específico con el carácter teleológico de las propuestas militantes expuestas frente a la *investigación participativa*.

1.1 Orlando Fals Borda y la Investigación Participativa

Cuando se hace referencia a la Investigación Participativa es imposible negarse a revisar los aportes de Fals Borda sistematizados en *Ciencia propia y colonialismo intelectual (1970)*, *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla (1979)*, *la conferencia concedida en Uruguay sobre la Investigación participativa (1985)*, *Conocimiento y Poder Popular, Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia (1986)*, *Rehaciendo el saber (1991)*, *Irrumpe la investigación militante (2012)* y *Sociología e investigación acción participativa (2008)*. Reflexiones que no son las únicas en las que Fals Borda aporta, pero si con las que el presente dialoga.

En estos escritos se va a encontrar de manera permanente la relación de Orlando con la pedagogía, la ciencia y la investigación especialmente por el carácter herético y creador que tiene el investigador colombiano, pero sobre todo por su perspectiva militante que logra darle un sentido popular a su apuesta académica que ante todo es una apuesta por la praxis para la transformación del mundo. Frente a la Investigación Acción Participativa o la Investigación Participativa -como se enuncia en adelante- Fals Borda (1985) destaca cuatro elementos constitutivos, que representan un cambio de época en las ciencias sociales en América Latina y el inicio de una nueva concepción del quehacer de los investigadores, allí plantea lo siguiente:

1. La teoría de la dependencia.
2. La subversión en Camilo Torres.
3. El marxismo herético y crítico.
4. La Educación Popular.

Lo particular de la enunciación de estas corrientes propuestas por Fals Borda en su conferencia de Montevideo, Uruguay en 1985, tienen dos lugares en común: el primero que se encuentra es la disputa con el dogmatismo proveniente del “marxismo soviético” particularmente y la crítica de la euro-norteamericana tradición positivista de la investigación en las ciencias sociales, como también la necesidad herética de poder consolidar una propuesta de nuevo tipo que lograrse entender la realidad regional de América Latina, para ello se utilizó un método propio pero cercano al dialéctico que permitió plantear elementos novedosos para la construcción de categorías y formas de trabajo que tenían como base la dialogicidad, este método no ajeno al marxismo pero sí distinto al marxismo dogmático que hasta la época se enseñaba permitió sostener una propuesta que se construiría un camino novedoso en términos investigativos.

Nosotros queríamos empezar a “meternos en la salsa”, como decíamos entonces, y queríamos descubrir, como lo expresa el texto, “por la praxis” que era eso de la ciencia popular, que era eso de la ciencia del proletariado. Y cuando lo intentamos, por falta de esta reflexión epistemológica, de esta reflexión teleológica, lo que hicimos fue una reproducción del materialismo histórico a nivel de la gente de base. “creíamos que en esta forma estábamos haciendo la ciencia del proletariado, pero lo que estábamos haciendo era proyectar nuestros conceptos marxistas a la gente de base. Por tratar de buscar la ciencia del proletariado planteada por los maestros marxistas de Europa, tomamos un camino equivocado. Luego nos dimos cuenta de que no era esa la dimensión que debíamos buscar, que tenía que haber otras posibilidades. En este sentido, fue bueno que no hubiéramos sido expertos marxistas o marxólogos; fue una ventaja porque de esta manera nos salvamos también de ir por otras vías trilladas que tampoco eran adecuadas (Fals Borda, 1991, pág. 17).

Es decir, en el camino propio fueron encontrando la naturaleza de un método que expresaba la ciencia popular endógena de las pobrerías campesinas y urbanas, nutriendo esta especialmente por una nueva idea investigativa en donde el sujeto de investigación no era pasivo en el proceso, todo lo contrario aportaba como investigador o coinvestigador, lo cual lo dotaba de una actividad permanente en la construcción de los procesos de transformación; en este sentido, el investigador también se despojaría

de toda pretensión vertical sobre su posición de “poder-saber”, entendiendo que los procesos investigativos de carácter popular partían del diálogo permanente entre los sujetos participantes.

Esto que quiere decir, que la investigación participativa se dotaba de una nueva característica, que consistía en investigar entre sujetos, rompiendo con la tradición positivista euro-norteamericana del objeto-sujeto. Es en esta búsqueda que la propia práctica los dota de alternativas para darle una nueva forma a los procesos investigativos, Fals Borda (2015) analizaba lo siguiente en su texto “*El problema de cómo investigar la realidad para transformarla*”:

Así como no resultó conveniente esperar a trabajar con conceptos estables o permanentes que dieran siempre una descripción “correcta, completa y objetiva” de los hechos, hubo de buscarse soluciones teóricas alternas que permitiesen aproximarse mejor a la realidad para entenderla y transformarla. La respuesta más adecuada la ofreció el método dialéctico aplicado en pasos alternos y complementarios, así: a) propiciando un intercambio entre conceptos conocidos, o preconceptos, y los hechos (o sus percepciones) con observaciones adecuadas en el medio social; b) siguiendo con la acción a nivel de base para constatar en la realidad del medio lo que se quería conceptualizar; c) retornando a reflexionar sobre este conjunto experimental para deducir conceptos más adecuados u obtener mejores luces sobre viejos conceptos o teorías que así se adaptaron al contexto real; y d) volviendo a comenzar el ciclo de investigación para culminarlo en la acción (pág. 269).

Estos elementos permiten mostrar los inicios de un proceso de problematización distinto, en donde las bases, su lenguaje, su historia, su voz y sus percepciones geográficas y sociales, componían ahora un lugar de privilegio en la acción investigativa, esto permitía que se dieran cambios en el método dogmático del llamado Materialismo Dialéctico soviético y se hicieran propuestas que pusieran en el centro al sujeto como participante determinante de los procesos de investigación y lucha; al respecto Fals Borda destaca lo siguiente frente al papel que el investigador militante empieza a jugar con esta nueva forma de analizar la realidad.

El papel del militante en la Investigación Participativa

Según las experiencias observadas, el investigador militante sigue un derrotero que le permite actuar en el terreno y armonizar con los fines de los grupos con los cuales se identifica políticamente así:

1. Análisis de clase. Ante todo, analiza la estructura de clases de la región donde se ejecutan los trabajos de los grupos claves que, como queda dicho, están vinculados a los procesos de producción, sea como proletariado industrial o como campesinado (pequeña agricultura, pesca, madera, minería, etc.). Una vez en la región, advierte la manera como la tradición de clase afecta el trabajo político (cf.

punto 3).

2. Generación del conocimiento. El investigador está atento a los temas y enfoques que preocupan de manera prioritaria a los grupos o sectores; con ellos escoge los temas y prosigue a elaborarlos de acuerdo con el nivel de conciencia política y capacidad de acción que allí se encuentra (no según el nivel político del propio investigador, que puede ser demasiado avanzado, aunque éste pueda estimular los siguientes pasos). De este esfuerzo surgen técnicas apropiadas de estudio, y aparecen investigadores locales y otros colaboradores (muchas veces espontáneos) que facilitan la labor y hacen los contactos necesarios. Así se va generando el conocimiento dentro de los grupos.

3. Recuperación crítica. El investigador y sus colaboradores buscan luego las raíces históricas de las contradicciones que dinamizan la lucha de clases en la región, especialmente aquellas instituciones que en el pasado sirvieron al pueblo para defenderse de sus explotadores (Fals Borda, 2012, pág. 207).

Para Fals Borda entonces, la Investigación Participante se convirtió en un lugar de enunciación de una academia que se resistía a los cuerpos intelectuales aislados de la realidad social, que sentía los avatares por los que atravesaba el pueblo no solo porque los leía como forma de analizar la realidad sino también porque los sentía y los subjetiva como propios, esto contribuye a entender el proyecto de la investigación desde lo teleológico, es decir:

El concepto de “telos” (= propósito) implica un compromiso para una transformación, un compromiso en ese contexto de transformar una sociedad inadmisibles. En virtud de ese “telos”, comenzamos a considerar algunas de las categorías clásicas finalísticas: subordinación, superordinación, finalidad, igualdad y desigualdad, espacio y tiempo, sustancia. Y con estas categorías empezamos a trabajar (Fals Borda, 1991, pág. 16).

Ese propósito, significó entonces asumir un compromiso con las comunidades, con sus razones de lucha, lo que les permitió vincularse a sectores campesinos para el desarrollo de procesos de formación sindical, a sectores urbanos que luchaban por el derecho a la vivienda y sobre todo dar a conocer un nuevo papel que podía jugar la universidad y el movimiento estudiantil que se vinculaba a los sectores populares para desarrollar las múltiples luchas por la transformación social. Si se quiere, la Investigación Participativa se convirtió en un eje subversivo al interior de las ciencias sociales, se construyó con el ejemplo de los sectores populares y de una academia atrevida que no dudó en ponerse militantemente del lado de la clase popular, rompiendo con las viejas cadenas de la neutralidad valorativa, esa misma que hoy continúa permeando a investigadores e investigadoras que anclados a

su CvLAC, ven pasar la realidad desde los escritorios de las universidades sin intentar siquiera tronar su dedos para sentir que están vivos y que la pueden transformar.

Si hay alguna forma de romper las cadenas que nos han atado a esa clase de ciencia euro-norteamericana que ha justificado e ideologizado nuestra explotación, ésta de la investigación militante referida a grupos claves en lucha contra el sistema político-económico dominante, parece ser una salida natural y factible. Vale la pena seguirla ensayando, aunque siga implicando el cierre de facultades y escuelas de ciencias sociales y la persecución a maestros y estudiantes liberados de aquella influencia. Ya llegara el momento del resurgimiento digno y productivo de nuestras disciplinas. Mientras tanto, debemos seguir luchando para que nuestros trabajos sean concebidos en nuestros propios términos, para nuestros pueblos, y en defensa de nuestros recursos humanos, naturales y culturales, hoy amenazados (Fals Borda, 2012, pág. 209).

Con esta propuesta, no solo se dio inicio a un nuevo método propio de América Latina en la investigación en las ciencias sociales, también se propuso la llamada *sociología de la liberación*, que representó la forma en que Colombia se interpretó esta ciencia social, ubicándola en el grupo de lujo que constituyeron la teoría de la dependencia, la filosofía de la liberación, la teología de la liberación, la educación popular o pedagogía de la liberación y más tarde la psicología de la liberación.

Las cuales hicieron un llamado a partir de la década de 1970 a constituir una teoría social crítica que se escribiera con las propias palabras de la academia pueblo, que asumiera un compromiso con la transformación del mundo y sobre todo con la construcción de una sociedad anticapitalista que revirtiera las injusticias derivadas del carácter destructor del sistema económico hasta hoy vigente. Esta fue una característica propia que se construyó desde la Investigación Participativa como eje articulador de las nuevas reflexiones que se empezaron a fundar a nivel continental y que sin duda alguna los aportes precursores de Orlando fueron fundamentales para labrar estos caminos de cambio al interior de las luchas populares en América Latina.

1.2 Carlos Rodrigues Brandão y la Investigación Participativa

Poder establecer un diálogo con algunos de los principales aportes de Carlos Rodrigues Brandão sobre la Investigación Participativa es más que pertinente, producto de que se está haciendo referencia a uno de los educadores populares que teórica y prácticamente más a desarrollado este tema. Al preguntársele quienes eran los que realizaban la Investigación Participativa, Rodrigues Brandão (2022), afirmaba: *“en buena medida son personas de formación académica, con profesión dividida entre la docencia y la investigación, y la participación de acciones sociales con alguna vocación*

militante, insurgentes” (2022, pág. 79), al abordar su percepción se logra generar un diálogo con lo propuesto a su vez por Orlando Fals Borda, lo que permite generar una conversación alrededor de la Investigación Participativa y sus opiniones desde la praxis para trabajar e interpretar esta. Para comenzar, es importante partir de los cuatro elementos centrales de la Investigación Participativa en la concepción de Carlos Rodrigues Brandão:

1. Establecer una relación dialógica entre los sujetos del acto investigativo.
2. Promover por medio de la investigación acciones colectivas que logren construir un nuevo conocimiento científico de carácter crítico.
3. Establecer un compromiso social, político e ideológico con la comunidad y sus causas.
4. La unidad entre la teoría y la práctica como elemento central de la acción reflexionada.

Partiendo de estos cuatro núcleos fundantes o fuerza, que se pueden delimitar tras la lectura de la obra de Rodrigues Brandão, se explicaran cada uno de estos, con el objetivo de comprender la concepción del educador e investigador brasilero respecto a la Investigación Participativa.

1. Establecer una relación dialógica entre los sujetos del acto investigativo.

El diálogo de saberes se ha constituido en uno de los elementos más importantes de la Educación Popular sistematizada desde mediados de la década de 1960 por Paulo Freire en Brasil y sin duda alguna se ha enraizado en las prácticas alternativas a las lógicas educativas e investigativas impuestas por el capital. Es así como dicho diálogo se constituye como un lugar de enunciación al interior de la Investigación Participativa, puesto que este rompe con la lógica mecánica del sujeto- objeto en la investigación. El diálogo, pasa a convertirse en un espacio horizontal de discusión colectiva en donde quien antes era visto como un objeto de la enseñanza o de la investigación pasa a jugar un papel activo en los procesos educativos e investigativos, es decir, la condición del diálogo posibilita romper con la lógica pasiva del silencio, por lo tanto, su función empezó a ser protagónica en las nuevas formas de construir un nuevo conocimiento como lo enuncia Carlos Rodrigues Brandão (2022), quien en defensa del diálogo sugería,

El mérito del trabajo científico estará asentado no tanto en su pretendido asertividad, pero sí en su dialogicidad. Y si hemos osado en establecer diálogos horizontales entre nosotros, académicos, investigadores, científicos, educadores, lo que nos desafía ahora es la creación del “tercer margen del

rio”, saltando de nuestros territorios y, en un desafiador y fecundo entre- lugares, establecer y fecundar diálogos cada vez más diferenciados, abiertos horizontales con aquellos sistemas de saberes a quienes hasta el momento realizamos muchas preguntas. Y hemos devuelto muy pocas respuestas y beneficios. (pág. 90)

La propuesta del diálogo de saberes o de la dialogicidad abre la puerta a otro tipo de investigación que sin duda alguna va a dar origen a la Investigación Participativa, pues supone una participación del otro como un actor principal en el acto investigativo, para ello se exige que *“exista una implicación dialógica y el destino más amplio posible, y en la que los sujetos investigados son también esencialmente coautores y coactores de todo su desarrollo, siendo además sus destinatarios únicos o principales”*(Rodríguez) con el propósito de que en efecto la investigación sea lo más participativa posible; pero no solamente por dialogar y pretender en la formalidad que existió una participación de los otros en la investigación, sino porque en el diálogo intersubjetivo se afianzan ideas políticas, propuestas de cambio y escenarios posibles de lucha.

Pues, el diálogo propicia una lectura y una reflexión del mundo, un lugar colectivo de pensar las relaciones sociales en que se desenvuelven los pueblos con su realidad, en palabras de Freire *“el diálogo es este encuentro entre los hombres, mediatizados por el mundo, para pronunciarlo sin que se agote, por tanto, en la relación yo-tu”* (Freire, 1971, pág. 91), es así que toda acción transformadora de la realidad pasa por esta relación dialógica, la cual no puede pasar desapercibida en ningún ejercicio de Investigación Participativa, ni mucho menos de Educación Popular.

Por último, Brandão (1986) plantearía:

En este sentido, cuando hago una investigación participativa, trabajo con el pueblo, discuto con él los fundamentos, pero en un determinado momento enseño al pueblo como un buen académico comprometido, como le enseño a mis alumnos, sin ninguna vergüenza. Lo hago con la mejor ciencia occidental posible. Si no tengo algo más, algo diferente, algo que el pueblo no tiene; si no tengo un conocimiento que puede ser más cierto, pero que es más develador de la realidad, ¿Qué contribución doy? (pág. 22).

2. *Promover por medio de la investigación acciones colectivas que logren construir un nuevo conocimiento científico de carácter crítico.*

La construcción de un conocimiento nuevo parte a su vez de un compromiso militante de entender que la relación entre los sujetos que investigan permite entretejer relaciones que transforman los entornos, es decir que se creen prácticas subversivas que elaboren nuevos sentidos de la vida colectiva

entre las comunidades,

La tradicional relación sujeto-objeto entre el investigador-educador y los grupos populares debe transformarse progresivamente en una relación sujeto-sujeto, basada en el supuesto de que todas las personas y todas las culturas son fuentes originales de conocimiento. Debe también partir de la conciencia de que es a través de la interacción entre diferentes tipos de conocimientos que se puede construir una forma compartible de comprensión de la realidad social mediante el ejercicio de la investigación. El conocimiento científico y popular se articulan críticamente en una nueva y transformadora tercera forma de conocimiento (Rodrigues Brandão, 2013, pág. 7).

La propuesta investigativa debe estar al servicio de construir una forma propia en donde los sujetos interactúen con la realidad, la reflexionen, la develen y realicen acciones colectivas que permitan transformarla, eso no quiere decir entonces que exista una disociación entre la académica convencional y la popular, ambas deben apostar a construir un conocimiento científico crítico, que potencie la interpretación de los sujetos sobre su realidad y esta solo se logra por medio de un diálogo profundo. Frente a esta discusión Rodrigues Brandão, aporta dos elementos frente a su comprensión de la Investigación Participativa, el primero tiene que ver frente a la neutralidad valorativa y el segundo frente a la unidad entre teoría y práctica (esta última se abordará más adelante), las cuales se interrelacionan en cuanto a que la Investigación Participativa asume una posición sobre el mundo, dado a que lo lee y lo reflexiona, así como busca las alternativas necesarias para transformarlo. Frente a la neutralidad valorativa el autor afirma:

No existe neutralidad científica en ninguna investigación, y menos aún en las vinculadas a proyectos de acción social. Sin embargo, trabajar para compartir la producción social de conocimiento no implica el derecho a pre-ideologizar los supuestos de la investigación y la aplicación de sus resultados de forma partidista (Rodrigues Brandão, 2013, pág. 8).

Lo que quiere decir que el investigador asume una posición teleológica -de compromiso en palabras de Fals Borda- frente a los intereses de las comunidades las cuales desde sus necesidades orientan su accionar político, de la mano por supuesto y de manera horizontal con los y las investigadoras que si se quiere – para el presente ejemplo- pueden ser externos y por lo tanto estos deben prevenirse de pre-ideologizar el espacio o de arrojar presupuestos partidistas que benefician solamente a una parte de los sujetos en la acción investigativa. Por lo cual es el mismo proceso el que va decantando las acciones en el campo de la investigación como en el escenario de la lucha política abierta e interna.

Al respecto Rodrigues Brandão, propone que para superar dicha neutralidad valorativa y articular de manera efectiva el saber que se produce en la academia como los saberes populares se debe superar

el dogmatismo epistémico y transitar hacia una ética del intercambio, lo que permite entonces despojarse al académico del positivismo incrustado en por las ciencias académicas y al académico popular despojarse de su falsa pretensión de repudio a la academia científica tradicional, ante esta realidad sugiere lo siguiente,

Bueno, si para algunos el momento presente está basado en dilemas epistemológicos y, al límite, relacionales para otros – es decir: ¡nosotros! - está basado, además, en un dilema que salta de una epistemología de la construcción de saberes hacia una ética del intercambio de los saberes construidos y de ahí hacia una política de la destinación social e histórica de los saberes compartidos (Rodrigues Brandão, 2022, pág. 87).

Son estos saberes compartidos a los que esté convoca, incentivando la relación universidad-pueblo-pueblo-universidad, la cual resulta fundamental para consolidar el nuevo conocimiento científico que no es más que la unidad entre saberes que se han disociado producto sin duda alguna de condiciones de raza, género y clase, pero el cual tras el compromiso de los académicos- investigadores y las bases populares- investigadoras se debe compaginar con el fin de construir una sociedad ampliamente democrática y distinta a la actual capitalista.

Eso no significa que los profesores de la universidad estemos dispuestos a abandonarla, dejándola en manos de aquellos que no piensan como nosotros. Queremos hacer un trabajo difícil para transformar poco a poco este mecanismo; que la universidad tenga, por ejemplo, más convenios con instituciones, experiencias y grupos populares, que con multinacionales y que eso no sea más que un primer paso en dirección a su completa redefinición cultural y política. No se trata de popularizar el saber mediocrizándolo, sino de democratizar el saber que se produce en la universidad, comprometiéndolo con la causa popular, tampoco es cuestión de crear una “denota” de mala calidad para que el pueblo la comprenda y para que nosotros podamos compartir experiencias con él, sino de hacer que el pueblo se torne cada vez más capaz de apropiarse del conocimiento de más alto nivel como es el que se produce en la universidad (Rodrigues Brandão, 1986, pág. 17).

Es en esa relación dialéctica -dice jocosamente Rodrigues Brandão en su conferencia en Uruguay- que se deben generar dichas tensiones entre las dos situaciones ya explicadas, en donde ese conocimiento, venga de donde venga, la universidad o los sectores populares se aboquen por la construcción de un conocimiento crítico y que esté en la primera línea de la construcción de una sociedad profundamente democrática.

- 3. Establecer un compromiso social, político e ideológico con la comunidad y sus causas.*

Es aquí donde se puede evidenciar una de las apuestas más claras por las transformaciones sociales, pues es en la relación que se adquiere por medio del compromiso crítico-científico del investigador militante y las comunidades investigadoras donde se apuesta políticamente por la causa de los pueblos, es decir una investigación que promueva acciones colectivas y contribuya a que los pueblos tomen las riendas de sus desarrollos culturales e históricos,

El compromiso social, político e ideológico del investigador es con la comunidad, con los individuos y grupos de base, y con sus causas sociales. Incluso en la investigación vinculada al trabajo sectorial y provisional, el propósito de la acción social de base es la autonomía de sus sujetos en la gestión del conocimiento y las acciones sociales derivadas de él. También implica la integración progresiva de las dimensiones del conocimiento parcial de la vida social en planos más dialécticamente interconectados e interdependientes (Rodríguez Brandão, 2013, pág. 8).

Partiendo de lo anterior, las investigaciones deben situarse desde los intereses de las comunidades, de sus necesidades concretas, con el objetivo de que estas sean no solamente develadas sino escuchadas y tramitadas en sus programas de lucha, se debe partir de la vida real de quienes se encuentran como sujetos en el proyecto de investigación, es allí donde quien investiga se convierte en un agente reflexivo de su procesos de cambio, el cual como se ha dicho ya, no es un cambio meramente individual, sino que parte de lo profundamente colectivo. Así como Flávio Borda plantea también algunos elementos de la investigación militante, el antropólogo e investigador brasilero a su vez contribuye en esta perspectiva, allí plantea lo siguiente frente al compromiso político y militante de quienes investigan, haciendo referencia a dicha relación y al compromiso que los académicos deben poner en pro de la construcción de una alianza de carácter horizontal con los sectores populares.

El papel del militante en la Investigación Participativa

Creo que uno de los mayores errores de las personas que trabajan con el pueblo es intentar hacerse pueblo; pensar como el pueblo, vivir como el pueblo. Como tengo un compromiso político con él, quiero ser bien diferente, quiero ser un antropólogo erudito. Porque si me transformo en un campesino, si abandonó el poder pensar antropológico para pensar como él, pues me reduzco a un hombre cuyo aporte al pueblo es mínimo. En una de las diócesis más conflictuadas de Brasil hubo un tiempo en que se extremó a tal punto un deseo de participación que la Iglesia de allá vendió todo lo que tenía y los curas fueron a trabajar como campesinos y plantaron su arroz para comer. Pero un campesino les dijo un día: “miren, campesino hay muchos por acá, nos hacen falta curas” ... Entonces, mi identificación con el pueblo es política: todo lo que escribo, todo lo que quiero pensar, el proyecto de sociedad futura en Brasil y en Latinoamérica, parte de ahí. Pero mi labor es, justamente

por eso, una labor de oposición: yo no quiero pensar como el pueblo porque quiero pensar con él y a su servicio, pero tampoco quiero que el pueblo piense como yo (Rodríguez Brandão, 1986, pág. 22).

Finalmente, en este aspecto Rodríguez Brandão ofrece una visión clara sobre el deber ser del investigador como militante, sujeto político y actor investigativo en los procesos comunales, pero sobre todo su labor pedagógica al interior de las organizaciones y movimientos populares, la cual no se puede reducir a la de un simple sistematizador, por el contrario allí debe dejar a su vez su compromiso con las causas comunales de las gentes con las que trabaja, investiga y milita, dejando claro que solo existe investigación participativa cuando se trabaja de manera activa en la lucha de los pueblos, cuando el compromiso es real para propender por las transformaciones necesarias, es decir el compromiso del investigador militante debe ir como lo planteaba ya el sacerdote Camilo Torres Restrepo, hasta las últimas consecuencias.

4. La unidad entre la teoría y la práctica como elemento central de la acción reflexionada.

Rodríguez Brandão como ya se enunció anteriormente, hace parte de la generación pionera de la Educación Popular y la Investigación Participativa, sus aportes como se ha visto son fundamentales para dar cuenta tanto del método como del que hacer de los y las investigadoras en este proceso de nueva ciencia, sin duda alguna su militancia política, las luchas que ha emprendido por la democracia en el marco de la dictadura brasileña (1964-1985), así como su coherencia hacia las luchas y banderas de los movimientos sociales lo ponen como uno de los grandes maestros de nuestramérica. Él en un relato autobiográfico si se quiere, expone esta vida de lucha y compromiso de la siguiente manera:

Vengo de una vida vocacional militantemente dedicada a compartir de manera presencial y por escrito actividades relacionadas principalmente a la formación de personas, de un modo u otro, participante de movimientos sociales, especialmente aquellos vinculados a prácticas sociales insurgentes y populares, y un diálogo jamás interrumpido a través de la educación, a lo largo de mi vida profesional (Rodríguez Brandão, 2022, pág. 80).

Acudir a la vida militante del pedagogo brasileiro es dar cuenta de cómo su papel como intelectual y académico estuvo ligado a la lucha de las organizaciones y movimientos populares, siendo esta consecuente con sus planteamientos vitales, con su forma de percibir y actuar sobre el mundo, en términos gramscianos con su filosofía de la praxis, es en este sentido que Rodríguez Brandão plantea que no es posible hacer Investigación Participativa, sin una relación intrínseca entre el saber teórico y el saber práctico, pues solo en dicha relación es posible desarrollar la acción reflexionada, que no

es más que el hacer concreto por medio de las reflexiones que emergen desde lo colectivo.

Para Rodríguez Brandão,

Siempre se debe partir de la búsqueda de la unidad entre la teoría y la práctica, y construir y reconstruir la teoría a partir de una secuencia de prácticas reflexionadas críticamente. La investigación participativa debe considerarse un momento dinámico en un proceso de acción social comunitaria. Forma parte del flujo de esta acción y debe ejercerse como algo integrado y dinámico (Rodríguez Brandão, 2013, pág. 7).

La relación de teoría y práctica, se convierte entonces en el lugar de enunciación que permite que las acciones colectivas en medio de las luchas populares, de las investigaciones y de la acción política en general, puedan criticarse, balancearse y sobre todo reflexionarse de manera permanente, logrando con ello posibilitar una sistematización rica de las experiencias que posibiliten mejorar las acciones futuras de las comunidades, es esta dinámica a la que se refiere Brandão la que potencia el quehacer de las organizaciones, la que las convierte en procesos *en movimiento*, posibilitando que la palabra y la acción en sinergia colectiva promueva las necesarias transformaciones que organizativamente delimitan los movimientos populares.

2. El proyecto educativo liberador: un análisis desde los aportes de Orlando Fals Borda y Carlos Rodríguez Brandão

2.1 Sobre la ciencia y la educación popular en Orlando Fals Borda

El presente apartado presenta un diálogo de cuatro escritos de Orlando Fals Borda donde se pueden identificar una relación entre educación y ciencia popular, allí se encuentran *Ciencia propia y colonialismo intelectual (1970)*, *La educación en el proceso revolucionario (1972)*, *Pertinencia actual de la educación popular y proyección en los años venideros (2004)* y *De la pedagogía del oprimido a la investigación participativa (2007)*⁷, con estos aportes se busca un acercamiento a los planteamientos centrales de Orlando alrededor de esta relación.

Por ello, se parte de lo que Fals Borda entiende por Ciencia Popular desde el planteamiento de la *sociología de la liberación*, la cual rompe con el orden jerárquico colonial y funcionalista que hasta el momento -la década de 1960- ordenaba las ciencias sociales en el mundo de la academia,

⁷ Estos últimos dos textos compilados en el libro de Nicolas Herrera Farfán titulado “*Orlando Fals Borda, educación, ciencia y cultura (textos claves)*”. 2025.

Uno de esos campos nuevos para la sociología sería, indudablemente, el de la liberación, es decir, la utilización del método científico para describir, analizar y aplicar el conocimiento para transformar la sociedad, trastocar la estructura de poder y de clases que condiciona esa transformación y pone en marcha todas las medidas conducentes a asegurar la satisfacción más amplia y real del pueblo (Fals Borda, 1971, pág. 23).

Ya como se exponía en apartados anteriores, la ciencia popular, se constituye en el eje central de un proyecto emancipador, que busca la construcción de un orden nuevo que sea capaz de poner en el centro del debate la justicia social y las voces excluidas de los sectores empobrecidos, este elemento siempre fue un eje articulador al interior del pensamiento del sociólogo colombiano, puesto que buscaba la voz participante de quienes en los procesos investigativos y educativos eran tratados como meros objetos vacíos de saber y conocimiento, entendiendo que al romper con esta práctica vertical y dándole vía a una relación de sujeto-sujeto se convertía el diálogo en un principio rector de la acción educativa e investigativa, puesto que este sería profundamente intercultural y no solamente conversación entre personas.

Es así, como la ciencia propia empieza tomar un camino crítico y distinto a la lógica si se quiere vertical de la investigación convencional y opta por una posición novedosa que rompe con la lógica academicista que hoy aún pulula de la publicación por la publicación, invitando a la intelectualidad herética a pasar del mero ejercicio teórico vacío a la acción revolucionaria, interpelando a academia de pupitre por medio de dicha cuestión central para la descolonización del pensamiento nuestro americano, que significaba la reivindicación de los saberes populares, asumiendo que el ejercicio del intelectual no se reducía solamente a

Producir por producir, como robots dentro de una economía de consumo, sino como seres pensantes animados por un verdadero espíritu de servicio; no es seguir las reglas del juego ni los criterios de importancia fijados en otras latitudes, sino fijar los propios y actuar en consecuencia. Una ciencia rebelde va en contra de la rutina amiga de lo extranjero. Entroniza la crítica inteligente, batalla contra el colonialismo en todas sus formas (como el integracionismo de la OEA) y estimula la formación de fuentes interdisciplinarios en respuesta a las complejidades que plantea la crisis. Su justificación es la investigación del proceso de toma del poder y la construcción de un nuevo sistema social. Por eso en esa ciencia nueva no podrían participar sino científicos rebeldes, politizados, “a quienes poco importa sacrificar su carrera científica dentro del sistema, y que saben [tener en cuenta] esas condiciones ambientales: intereses hostiles y falta de fondos” (Fals Borda, 1971, pág. 24).

Asumiendo así, una posición franca por la construcción de un nuevo tipo de conocimiento, donde el educador-investigador asuma por medio de su posicionamiento pedagógico un horizonte de sentido

en el cual junto a las comunidades se pueda dar vida a esa nueva vía, donde se reconozca “*este conocimiento popular el mismo nivel de importancia científica que ha cobrado el otro, el académico*” (Fals Borda, 2025, pág. 234).

Para Fals, entonces el trabajo militante del académico se forja a partir de dos sentidos, el primero tiene que ver con el reconocimiento del trabajo investigativo desde abajo, que se debe elaborar con rigurosidad y abocado a las necesidades de las comunidades y junto a ellas, y el segundo, por medio de un proceso educativo que logre transformar a las clases populares y a los estudiantes universitarios, así como el sistema educativo a nivel nacional. En relación con lo educativo, la propuesta debe fijar unas claridades y técnicas especiales, que permitan que los sectores populares puedan acceder a los trabajos investigativos realizados por dicha ciencia popular o ciencia nueva – al decir de Carlos Rodríguez Brandão- que posibilite un diálogo de saberes e interpele a los sujetos en el acto investigativo y educativo, que configure desde otro lugar la lógica del saber académico y proponga otras miradas propias de la clase popular, ante ello Fals Borda (2012) afirma que:

Esta ciencia social propia de estirpe popular exige una claridad de exposición y explicación que lleva a técnicas especiales de redacción y concepción de materiales, claridad que no se encuentra muchas veces en los textos tradicionales –de derecha o izquierda– tan afectados de petulancia y dogmatismo conceptual. Y exige también desarrollar una serie de técnicas sencillas, pero igualmente efectivas, para llegar a las metas que se proponen (pág. 208).

Ante esta realidad los educadores tienen una función principal en la formación de estos académicos universitarios críticos y comprometidos, que pasa precisamente por la derribar las barreras y estructuras impuestas por el colonialismo intelectual, para ello es necesario

Ayudar a los estudiantes a alcanzar una nueva dimensión de objetividad científica: aquella derivada del estudio de las situaciones reales del conflicto y desajuste presentes en la sociedad, y de su participación en tales situaciones para buscar la liberación de esa misma sociedad. Esto es *estudio y acción combinados*⁸ para trabajar contra la condición de dependencia y explotación que nos ha caracterizado, con todas sus consecuencias degradantes y opresivas expresadas en la cultura de la imitación y de la pobreza, y en la falta de participación social y económica de nuestro pueblo (1971, pág. 25).

Este elemento en particular, evidencia una postura novedosa en el pensamiento de Orlando, y tiene que ver con la construcción de escenarios de educación popular al interior de la academia, es decir que en el claustro universitario, en la escuela formal, los pilares de la educación popular son posibles,

⁸ Subrayado nuestro.

dicho elemento novedoso tardaría en entenderse durante décadas y ya Fals Borda desde el inicio de la década de 1970 daba herramientas para su comprensión como se puede evidenciar en la cita anterior y esto responde específicamente a una labor articuladora entre el saber popular producido por las comunidades y el saber académico universitario el cual no hubiese podido existir sin la existencia propia de dicho saber popular⁹.

Esta articulación permite forjar una relación entre dos campos educativos que juegan un papel determinante en la construcción de un nuevo sentido común y que se debe proponer como tarea en el campo de las instituciones académicas romper con la rutina y las lógicas que sostienen estas con *“un status quo excluyente que vive de las injusticias, de la pobreza y la ignorancia generalizada, y de la violencia darwiniana y/o estructural”* (2025, pág. 223), y esta labor solo es posible generando espacios de carácter popular que contribuyan paso a paso, a vincular cada vez más las universidades a las realidades del pueblo y al pueblo con las universidades y su saber el cual debe ser transformado en esa relación de ida y vuelta.

Es decir, vincular los elementos centrales de la educación popular, como el diálogo de saberes culturales, la reflexión de la realidad, la acción colectiva, la unidad en la diversidad para la emancipación plural y la construcción de sujetos democráticos, a la vida de la academia universitaria, contribuyendo así a la toma de estas instituciones por parte de las clases populares y por lo tanto a la consolidación de otras formas de relación con el saber académico.

Para concluir, Fals Borda (2025) plantearía lo siguiente como una tarea para dicha consolidación:

En efecto, los educadores-investigadores populares no podemos excusarnos de tomar partido hoy en el histórico duelo, que apenas va a medias, entre el capitalismo y el socialismo. Al ver los fracasos y limitaciones de la escuela socialista y socialdemócrata europea durante el siglo XX, nos corresponde ahora crear nuestra versión propia de un socialismo contextual de la América profunda, que refleje sus realidades, diversidades y riquezas humanas y ambientales, un socialismo autóctono y respetuoso de nuestras raíces primigenias, las que nos vienen desde hace siglos de grupos aborígenes, negros desplazados y cimarrones, campesinos ibéricos pobres de la tradición anti señorial, colonos autonómicos mestizos y artesanos y otros grupos productivos locales (pág. 224).

Ese socialismo raizal, capaz de formar una sociedad que logre crear amplios márgenes de justicia

⁹ “Que se exija, por parte de la academia, el respeto al conocimiento llamado folclórico o popular, que es en realidad la suma de las experiencias vitales de los pueblos, y que, sin esta experiencia, sistematizada o no, no habría conocimiento académico formal, porque el conocimiento de los pueblos es el origen de la ciencia y viene desde mucho antes de que se crearan las universidades en el siglo XII” (2025).

social y cultural, en donde el saber y las creaciones del otro y la otra tengan la posibilidad de ser, un orden social en donde lo popular no se vea como un simple folk, sino que contribuya de manera determinante a la construcción de una sociedad nueva. La sociedad socialista autóctona latinoamericana.

2.2 Sobre la cultura y la educación popular en Carlos Rodríguez Brandão

La relación entre cultura y educación popular para el psicólogo y antropólogo brasileiro siempre fue una preocupación permanente desde su vinculación a los Movimientos de Cultura Popular y sus encuentros militantes con Paulo Freire, por ello es importante realizar un análisis de esta relación y cómo dicha juega un papel fundamental para darle contenido al concepto de la educación popular como proyecto liberador. Para ello se hace necesario conocer en qué consistían dichos Movimientos de Cultura Popular, los cuales para Rodríguez Brandão (2022) estaban compuestos por

Educadores, filósofos, científicos sociales, artistas y varias otras vocaciones académicas y profesionales, unidas en la misma y variada militancia político-popular, los movimientos de cultura popular se crearon en Brasil en los “primeros años sesenta”. Gran parte de sus supuestos teórico-críticos se convirtieron en documentos para la difusión de propuestas para una variedad de acciones insurgentes: obras de teatro populares, canciones de protesta, poesía militante, así como alfabetización y prácticas de educación popular (pág. 22).

Estos movimientos surgirían entonces como propuestas propias de las acciones sociales insurgentes con un alto contenido político a través de la cultura, los cuales se oponían a las tradicionales formas “folclóricas” en las que se asume la cultura del pueblo o de los sectores mayoritarios, surgiendo así una propuesta que claramente estaba en “*contra de las teorías funcionalistas que con buena fe o con mala conciencia separan a la cultura del proceso histórico estableciendo entre las dos una relación lineal*” (Rodríguez Brandão, 1985, pág. 17). En este sentido, se concibe la cultura no como algo ajeno a lo humano, todo lo contrario, ésta constituye parte fundamental de dicha relación, pues son los seres humanos como sujetos históricos quienes construyen y crean la cultura, así como sus relaciones de significado y significante al interior de ellas, encontrando en la cultura popular un lugar de ruptura con las formaciones culturales impuestas por las clases dominantes, al respecto el Centro Popular de Cultura de Belo Horizonte, manifestaba a inicios de la década de 1960 lo siguiente:

- La cultura es histórica. La iniciativa humana que crea la historia es precisamente la cultura. La historia no es más que el desarrollo del proceso por el cual tiene lugar el cambio dialéctico de la naturaleza a la cultura, es decir, del mundo natural al mundo

de lo humano. Por lo tanto, una cultura no histórica no tiene sentido. De hecho, al ser el tema de la historia por ser el creador de la cultura, las formas históricas de las creaciones culturales deben estar en línea con las demandas de la realización del hombre (Rodríguez Brandão, 2022, pág. 26).

Es así, como desde los movimientos de cultura popular se empiezan a consolidar espacios sociales, que significan las raíces de las culturas populares y emergen consigo los saberes populares, el arte popular, la educación popular y la reivindicación de las acciones propias de la vida de los sujetos que habitan y construyen lo popular. Será entonces este sujeto popular el que creará los elementos claves para el desarrollo de su propia cultura y el papel de lo educativo allí es determinante, referente a ello Rodríguez Brandão (2022) plantea:

En su dimensión pedagógica más adecuada, la presencia de la educación en el corazón de los movimientos y comunidades populares debería, además de enseñar a las personas a leer y a repetir palabras, atreverse a enseñar en conjunto a los alumnos y educadores a leer críticamente su propio mundo y destino con el propósito de hacer que los estudiantes populares sean sujetos críticos y creativos, a través de la práctica de aumentar la conciencia. Por lo tanto, el papel del educador “erudito” y “comprometido” consistiría en asesorar a hombres y mujeres de las clases populares en la tarea de ayudar, de adentro hacia afuera y de abajo hacia arriba, para ser capaces de ser constructores de una nueva cultura. De nuevas prácticas colectivas que se están emancipando progresivamente. Esta sería una forma de crear una cultura multipropósito y popular paso a paso, despojada de la imposición de valores dominantes, que reflejan la lógica del lugar social hegemónico del mundo de la vida (pág. 25).

Es en este punto donde se articulan la cultura y la educación popular, la cual como se puede evidenciar, no pueden andar la una sin la otra, es decir, el proyecto de cultura popular sólo es posible con los elementos propios que propone la educación popular para su desarrollo, igual como en el anterior subtítulo se explicaba en la relación entre ciencia popular y educación popular, sus relaciones son arquetípicas, la una sin la otra no puede existir y esto se presenta precisamente por el carácter multipropósito que tiene la formación de una nueva concepción del mundo, de ese nuevo cauce del río al que hace referencia Rodríguez Brandão.

Dicha relación ya expuestamente indisoluble, se ha construido históricamente, ha sido una creación propia de las comunidades y es consecuencia de sus planteamientos y sus evocaciones por medio de la reflexión y el diálogo sobre el mundo, este es su horizonte de sentido, que igual a la cultura es una construcción humana, que está permeada de intereses, sociales y políticos. Asimismo, la educación popular es en esencia la que sustenta, dialoga y difunde dicha propuesta de cultura desde abajo, dado

a que es una construcción de las gentes y “esta sería la evocación central ... lo que algunas y algunos de nosotros solíamos llamar: “la educación que la gente crea”. Y el trabajo que nosotros los educadores populares, haríamos “allí” sería fortalecer, aclarar y mejorar esta educación que la gente crea” (Rodríguez Brandão, 2022, pág. 79).

Una educación que posibilite el inventamos o erramos de Simón Rodríguez, la creación heroica de José Carlos Mariátegui y la concreción de una cultura y una ciencia compuesta con los saberes de las comunidades, de los sures excluidos históricamente pero que siguen de pie en la brega de hacer de la América latina “otro mundo posible”.

Palabras finales

Sin duda alguna este es un artículo que no se puede cerrar del todo, de él surgen múltiples preguntas que aún merecen ser indagadas a partir de las propuestas de estos dos grandes maestros de Nuestra América, quienes compartieron experiencias e ideas y dejaron un rico legado que merece seguir siendo estudiado por quienes asumen un compromiso con las causas populares. Realizar un acercamiento a sus obras e intentar realizar un ejercicio comparado no es una tarea fácil, por más similitudes que mantengan los dos, pues sus propuestas tienen ideas fuerza que deben ser trabajadas con cuidado para no caer en esencialismos, pero sobre todo porque es deber de quien los lee e investiga poder encontrar los necesarios vacíos por los cuales seguir contribuyendo, tanto en el campo de la Educación Popular y la Investigación Participativa. Esa es la tarea que se debe trazar en la permanente búsqueda por el inédito viable, que posibilite nuevas interpretaciones de la realidad que permitan seguir construyendo escenarios que abran las alamedas de una futura sociedad nueva, que tenga como eje central la relación entre los seres humanos y la naturaleza, tan necesaria y pertinente en el mundo actual. Los ejemplos entonces de Orlando Fals Borda y Carlos Rodríguez Brandão, deben dejar tareas para continuar ese camino ya empezado, pues es larga la brega por la construcción de ese socialismo raizal al decir de Orlando o ese otro mundo posible enunciado por Carlos. Que este centenario del natalicio de Fals Borda sea una excusa más para juntar a los sectores populares y continuar labrando la sociedad por la que tantos y tantas han luchado. La sociedad nueva al alcance de nuestros sueños.

Bibliografía

Fals Borda, O. (1971). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Bogotá: Obeja Negra.

Fals Borda, O. (1991). En C. Rodríguez Brandão, & O. Fals Borda, *Investigación participativa. Orlando Fals Borda – Carlos Rodríguez Brandao*. (págs. 9-31).

Montevideo: Instituto Hombre; Ediciones de la Banda Oriental.

Fals Borda, O. (2012). Irrumpe la investigación militante. En H. F. (Comps.), *Ciencia, compromiso y cambio social. Textos de Orlando Fals Borda* (págs. 205-211). Buenos Aires: El Colectivo - Lanzas y Letras - Extensión Libros.

Fals Borda, O. (2015). Cómo investigar la realidad para transformarla. En O. Fals Borda, *Una sociología sentipensante para América Latina* (págs. 253-301). México, D.F.; Buenos Aires: Siglo XXI Editores; CLACSO.

Fals Borda, O. (2025). De la pedagogía del oprimido a la investigación participativa. En N. Herrera, *Orlando Fals Borda: educación, ciencia y cultura (textos claves)* (págs. 231-236). Bogotá: Laboratorio Educativo.

Fals Borda, O. (2025). Pertinencia actual de la educación popular y proyección en los años venideros (2004). En N. Herrera, *Orlando Fals Borda: educación, ciencia y cultura (textos claves)* (págs. 221-226). Bogotá: Laboratorio Educativo.

Freire, P. (1971). *Pedagogía del oprimido*. Bogotá: Camilo.

Rodríguez Brandão, C. (2013). a pesquisa participante e a participação da pesquisa. *Escritos da rosa dos ventos*, 1-5.

Rodrigues Brandão, C. (2022). Ellos, nosotros, entre nosotros. Nueve escritos breves sobre la experiencia de la investigación como un encuentro entre personas. En M. R. Mejía, *Investigar desde el Sur. Epistemologías, metodologías y cartografías emergentes* (págs. 79-135). Bogotá: Ediciones desde abajo.

Rodrigues Brandão, C. (1985). *A educação como cultura*. São Paulo: Brasiliense S.A.

Rodrigues Brandão, C. (1986). Encuentro de instituciones uruguayas con Carlos Rodrigues Brandão. En R. Centrulo, *Investigación Participativa: Orlando Fals Borda y Carlos Rodrigues Brandão* (págs. 13-23). Montevideo: Instituto del hombre.

Rodrigues Brandão, C. (2022). Educación popular -Entre recuerdos de los educadores populares de los años sesenta y preguntas para educadores de la actualidad-. En C. Rodrigues Brandão, *Al rededor del fuego, escritos sobre educación popular y lo popular dentro de la educación*. (págs. 71-99). Caracas: Laboratorio Educativo.

Rodrigues Brandão, C. (2022). La cultura como una energía - y los movimientos de cultura popular en el Brasil de los años sesenta-. En C. Rodrigues Brandão, *Al rededor del fuego, escritos sobre educación popular y lo popular dentro de la educación* (págs. 19-31). Caracas: Laboratorio Educativo.

Lo Popular en la obra de Orlando Fals Borda¹⁰

Santiago Gómez Obando¹¹

Introducción

Desde el comienzo de la década del noventa del siglo XX lo popular ha sido objeto de cuestionamientos en el campo académico. La estrecha relación que algunos autores ven entre las prácticas populares y los espacios de interacción cultural referidos específicamente al Estado Nación, lo amplio y difuso que puede resultar lo popular en distintas tradiciones críticas en el contexto nuestroamericano, o, la tendencia a la subsunción y homogeneización de la diversidad y singularidad de los actores colectivos al intentar integrarlos en un contenedor semántico que pretende la unificación de las procesos de lucha social, ha llevado a que muchos autores prefieran emplear otros conceptos o categorías analíticas que resulten menos problemáticas, polisémicas y polémicas.

De ahí se sigue el el siguiente interrogante: ¿por qué lo popular sigue estando presente de forma recurrente, relevante y significativa en los enunciados críticos de los actores colectivos, movimientos sociales, intelectuales comprometidos y medios de comunicación críticos de carácter escrito u oral, tanto en Colombia como en Nuestramérica?

La respuesta a este interrogante fue la razón principal que animó la puesta en marcha de un estudio sobre los usos de lo popular en el contexto colombiano. Para ello, se realizó una investigación sobre la trayectoria conceptual de lo popular para varios sectores sociales críticos. Referente a esto, se considera que el estudio juicioso de lo popular permitió comprender la importancia que tiene este concepto para nombrar, articular y orientar el sentido de la acción política de quienes luchan por

¹⁰ Este texto recoge y reproduce, en buena medida, lo planteado en la tesis con la que obtuve el título de Doctor en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Colombia y de Doctor en Estudios Políticos y Sociales en la Universidad Católica de Lovaina. Pese a que a dicho trabajo le fue conferida distinción laureada, hasta el momento, ha tenido poca difusión. Por ello, invité a lxs lectores interesados en conocer más sobre el concepto de lo popular que consulten la investigación, la cual pueden descargar en el siguiente enlace: <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/83592>

¹¹ Educador popular, docente universitario e investigador social.

la ampliación de la esfera de la justicia y/o la emancipación social.

Uno de los aspectos más importantes del concepto de lo popular, sobre todo para las organizaciones sociales, es la posibilidad de nombrar de forma no dicotómica aspectos de la realidad que se entienden como *una cosa y la otra*, lo cual quiere decir que lo popular, en sus modos de empleo crítico, es un concepto en el que *habitan contrarios que no se excluyen o fusionan*.

En primer lugar, una forma de cohabitación conceptual que resulta muy fructífera para favorecer el despliegue de la acción de «lxs de abajo» es la que se sigue de considerar lo popular como *clase y pueblo*¹². Referente a esto, cabe destacar que lo popular posibilita la realización de articulaciones y tránsitos desde las clases subordinadas hasta el pueblo o, dicho de otra manera, los llamamientos que «lxs de abajo» realizan a «lxs del medio» o incluso a algunos de «lxs del arriba» para que se integren a las luchas por la realización de la vida.

En segundo lugar, otra forma de cohabitación conceptual que se encuentra en lo popular es la de *la unidad y la diversidad*. Algo que se pudo constatar durante la investigación es que la afirmación de la unidad no implica el desconocimiento de la marcada fragilidad, heterogeneidad y diversidad de las luchas populares. Asimismo, el deseo-realización de la unidad, en ningún caso, implica la supresión de las diferencias entre las distintas expresiones organizativas que se agrupan en torno a un proyecto-esperanza.

En tercer lugar, lo popular es un concepto que posibilita la cohabitación de la *subordinación y la crítica* o, en otras palabras, el reconocimiento de los poderes que buscan el sometimiento y las prácticas de insumisión. Eso quiere decir que los actores sociales críticos consideran al mismo tiempo la carencia-potencia, que caracteriza el lugar de enunciación-producción- actuación de los sectores populares «dentro» de una comunidad política, cuyos arreglos institucionales reconocen

¹² Marx, Engels y buena parte de los marxistas optaron por el camino de la dicotomía. A este respecto, véase, por ejemplo, el libro *¿Clase o Pueblo? Una crítica científica desde el marxismo* (2017) de Manuel Salgado, cuyo título ya es ilustrativo de lo que se sostiene aquí.

formal y jurídicamente la igualdad, al mismo tiempo que ocultan- enmascaran las jerarquías e inequidades que limitan dramáticamente las posibilidades de realización de la vida para la franja mayoritaria de «lxs de abajo».

Por último, la cohabitación conceptual que ocurre entre el *yo* y el *nosotrxs* resulta fundamental, desde el punto de vista identitario, para quienes se reconocen como parte de lo popular. Es el deseo y necesidad de realizar la vida con otrxs MISMOS, de agregarse sin fusionarse y de integrarse a lo común sin renunciar al ser en cuanto que singularidad, lo que permite que exista el NOSOTRXS-DIVERSO y el YO-NOSOTRXS que continuamente se expresa en las luchas que realizan los sectores populares. Decir NOSOTRXS no implica una renuncia al YO, de la misma manera en que la ampliación de las posibilidades para realizar el YO de «lxs de abajo» depende, en buena medida, de la manera en que se piense- experimente el SER NOSOTRXS.

En definitiva, el mejor antídoto que encuentran los sectores populares para enfrentar las dominaciones, injusticias y violencias que cotidianamente van generando impactos y efectos en la estructuración de su SER, es la realización de un contrapoder popular -parcial, «impuro», inestable, conflictivo y reversible-, en el que lo social se piensa-haciendo desde una lógica de integración-agregación-diferenciación de «ABAJO» hacia «Arriba».

En el caso de Orlando Fals Borda, el rescate permanente y transversal de lo popular en su obra es un recurso semántico que, le permite reconocer en condiciones de igualdad radical a los sectores subalternos, a la vez que rescata sus prácticas culturales y cognitivas. Asimismo, el uso de este concepto le permite a Fals Borda nominar *lo de «abajo»* y a *los de abajo»* en términos afirmativos. Esto último, guarda relación con la manera en que los sectores populares críticos usan continuamente lo popular para nombrarse a sí mismxs de forma reivindicativa o celebrativa.

En este sentido, realizar un balance de la manera en que Fals Borda emplea lo popular en el transcurso de su obra, es una forma de comprender el modo en que las

producciones de «lxs de abajo» ingresan e inciden en los relatos e interpretaciones de tipo académico. Asimismo, es una constatación de la importancia que tiene nombrar aquello que se estudia, siguiendo la lógica de sentido que los actores sociales van otorgando a los conceptos, que les permiten imaginar-pensar-hacer el mundo. En definitiva, es una constatación de la forma en que las luchas sociales impulsan la producción de ciencia social crítica y viceversa.

Lo popular para Fals Borda

Teniendo en cuenta los libros y artículos de tipo académico o científico hallados en el periodo 1991-2016 se puede afirmar que los usos principales¹³ que Orlando Fals Borda otorgó a lo popular se encuentran asociados con: (i) la comprensión de dicho concepto como contenedor semántico para nombrar a «lxs de abajo», (ii) los actores colectivos de tipo contencioso - movimientos sociales-, (iii) las formas de agrupación que abarcan la gran mayoría o incluso la «totalidad» de lo social -en una lógica cercana a conceptos como el de pueblo o el de sociedad-, y (iv) los saberes y conocimientos que en sus prácticas producen las culturas y sectores que provienen «de abajo».¹⁴

La asociación de lo popular con la nominación de lxs sujetos, grupos, clases o sectores sociales que provienen «de abajo», dicho de otro modo, de aquellos que no integran o que carecen de los bienes económicos, culturales y simbólicos que tienden a concentrar las castas dirigentes, las clases dominantes y/o el sector social de los intelectuales, se tiende a expresar en varios pasajes y de distintas maneras en la obra de Fals Borda. Una de ellas, se encuentra asociada con la intención de acentuar el carácter político y/o la capacidad de agencia de los grupos de base. Ejemplo de ello,

¹³ Este término expresa la recurrencia -número de veces que el concepto fue empleado- y/o relevancia - esfuerzo de explicitación, caracterización o reflexión-, que los actores sociales críticos otorgan a determinadas formas de utilización de lo popular en las piezas comunicativas elaboradas durante el periodo de estudio. También, se establecen los términos *usos subsidiarios* y *usos marginales* para indicar, por una parte, formas de empleo del concepto que tuvieron recurrencia y relevancia menor y, por otra parte, formas de empleo del concepto esporádicas e irrelevantes.

¹⁴ Los usos subsidiarios de lo popular guardan relación con el enmarcamiento de las prácticas culturales, formas de vida, valores y costumbres características de «lxs de abajo», y los procesos de trabajo que se realizan en defensa y/o con la participación de «lxs de abajo» -educación popular, comunicación popular, etc.-. A su vez, los usos marginales se refieren a los espacios en los que cohabitan o coexisten «lxs de abajo», la popularidad o notoriedad que adquiere algo o alguien, y los procesos de entrecruzamiento e hibridación que afectan y reconfiguran la cultura o las culturas de «lxs de abajo».

es el siguiente pasaje del artículo *Guía práctica del ordenamiento territorial en Colombia: contribución para la solución de conflictos* (1999):

De esta regla se deduce que los principales actores del proceso reordenador serán los nuevos dirigentes cívicos e independientes que lo encabecen, nuevos por no estar envueltos con los intereses creados de los políticos tradicionales; pero que se mantendrán sintonizados con las bases populares de las que derivan su poder político y social. Sin movimientos sociales y políticos regionales y locales que se dirijan a estos objetivos, será difícil llegar a las metas propuestas. Reglas nuevas para este juego reordenador surgirán en cada sitio según las necesidades encontradas o descubiertas. (Fals Borda, p. 87)

A su vez, este uso de lo popular se refiere a momentos expositivos o argumentativos en los que el autor pretende visibilizar a los sectores sociales que padecen los efectos del ejercicio del poder diferenciándolos de los sectores dirigentes y/o dominantes. A manera de ilustración, en el libro *Acción y espacio. Autonomías en la nueva República* (2000), Fals Borda sostiene lo siguiente:

Este papel [de dominio y control territorial] está pasando o ha pasado parcialmente a otro grupo de dirigentes conformado por grandes empresarios capitalistas y comunicadores apoyados por una élite tecnocientífica, todos articulados desde y por el mundo occidental (euro-norteamericano) dominante. En esta topografía del poder, otros intereses han entrado a jugar: son los macroeconómicos, con sesgos muy definidos no siempre favorables a los pueblos y a las estrategias populares de sobrevivencia. (pp. 5-6).

Por último, otro tipo de intencionalidad que resulta posible significar cuando lo popular se asocia con el nombramiento de «lxs de abajo», es la de reivindicar la pertenencia de ciertos sujetos, grupos o sectores a las clases explotadas o subalternas. Un pasaje del tomo IV de *Historia doble de la Costa* (2002)¹⁵ resulta indicativo de lo que aquí se afirma:

Ya frente a la Barilla, ésta le espetó al "patriarca": "Yo bailo con usted si baila la demás gente". ¡Que viva María Barilla! gritó la multitud mientras aplaudía. Así logró ella expresar solidaridad con su clase social en aquellos tiempos de agudos conflictos políticos, y de esta manera fue

¹⁵ Pese a que la primera edición de este libro es de 1986 -Carlos Valencia Editores-, se tuvo en cuenta la segunda reedición que realizó la Universidad Nacional de Colombia, el Banco de la República y Áncora Editores en el año 2002. Esto que aquí se precisa, aplica para los demás tomos de *Historia doble de la Costa*.

perfilando su imagen como heroína cultural popular. Es curioso que los dos colores que prefería para adornarse -el rojo y el negro- eran precisamente los de las organizaciones socialistas y campesinas. (Fals Borda, 2002b, p. 134).

En lo concerniente al uso de lo popular en clave de movimiento(s) -movimiento popular, movimientos populares, movimientos sociales populares y luchas populares- un término que resulta clave es el de *poder popular*. A este respecto, cabe destacar que su empleo se encuentra directamente asociado con la intención de describir -e incluso promover- las características que tendría un contrapoder surgido «de abajo hacia arriba», de «adentro hacia afuera», de las regiones hacia el centro y de la izquierda social hacia la izquierda política, capaz de democratizar y subvertir el conjunto del orden social. En palabras de Fals Borda -y teniendo como referencia varios pasajes de su obra- el poder popular se entendería de la siguiente manera:

Así como “saber es poder”, de la misma manera saber organizarse e interactuar por la justicia ante propios y extraños es reconocer el viejo dicho de que “la unión hace la fuerza.” En estos casos, el desplegar el contrapeso popular hacia afuera es una expresión de la lucha de clases y puede llegar a ser un verdadero contrapoder. Pero hay que aprender a hacer la unión y a permanecer unidos no solo hacia afuera sino también hacia adentro, con el fin de vigilar las actividades de la organización y la conducta de los “líderes” o dirigentes formales e informales. Aquí también se practica un contrapoder popular, pero internamente, para evitar que ocurran aquellos errores, desfases, derrotas y desganos que impiden llegar a las metas del cambio social. A este nivel, el contrapoder popular alimenta una conciencia colectiva de base que mantiene a la gente alerta contra los abusos y descuidos del poder formal propio. (Fals Borda, 2014, p. 134).

[...] Si el trabajo [...] lleva a niveles macros de movilización política, social, económica y/o cultural, por ejemplo, “contrapoderes” o movimientos populares, es importante proceder de las bases hacia arriba de las estructuras sociales, y/o desde las periferias hacia los centros de los sistemas involucrados. (Fals Borda, 1998, p. 196) .

[...] Los mecanismos del contrapoder popular que se ilustran con los casos de Ayapel y Jegua y que siguen latentes o expresos en nuestro pueblo, son eminentemente democráticos: llevan tarde o temprano a constituir el poder popular o de las masas trabajadoras, y a reforzarlo con la praxis política. Este concepto se ha puesto de moda gracias a los planteamientos concordantes que han formulado algunos dirigentes socialistas europeos que dan a entender el lanzamiento de organismos de base popular para ir alimentando el proyecto histórico del cambio radical en

las sociedades. (Fals Borda, 2002a, p. 88) .

[...] Se quiere que el poder se distribuya entre regiones, provincias, corporaciones y comunidades organizadas relativamente pequeñas, cuyos representantes respondan colectiva y directamente ante sus constituyentes o electores, quienes retienen la facultad de revocar sus mandatos mediante las tesis del contrapoder popular. [...] En este tipo de democracia de participación grupos disímiles pueden aportar a su construcción de manera convergente, se disminuye y elimina en lo posible la distancia entre gobernantes y gobernados y se establecen mecanismos eficaces de contrapoder popular para crítica, vigilancia y control sobre líderes a todo nivel. (Fals Borda, 2002b, pp. 2020-221).

Por otra parte, cabe destacar el peso que en Fals Borda (1993) tiene la comprensión de “las movilizaciones populares como instrumentos moralizantes” (p. 48). Esto guarda relación con la idea de concebir las luchas sociales y a quienes las lideran como exponentes de la subversión moral¹⁶ -término utilizado por este autor en reiteradas oportunidades para designar la relevancia que tiene el hecho de asumir un compromiso político en favor de las luchas contra las injusticias y por el cambio social-. Con ello, el autor afirma transversalmente en su obra la imposibilidad de escindir o desconocer la ética en la política, la posibilidad de pensar el compromiso con la acción transformadora como un deber o imperativo -principio normativo- y la manera en que las luchas sociales son portadoras de valores alternativos o, en sus propios términos, de «antivalores».

El uso de lo popular como equivalente al pueblo -el «todo» menos la «parte excluida» que, por lo general, en sus acepciones críticas suelen ser los sectores significados como dirigentes y/o dominantes- o la sociedad -la «totalidad» de una comunidad política-, se expresa en Fals Borda cuando tiene la intención de referirse a la inclusión del grueso de la ciudadanía en los procesos de participación política¹⁷, a las tensiones y disputas de los pobladores contra el Estado¹⁸, al descontento o malestar expresado por parte

¹⁶ Por ejemplo, el padre Camilo Torres y Ernesto «el Ché» Guevara.

¹⁷ A manera de ilustración, este pasaje en el que afirma que “[En Colombia] hubo un proceso de recomposición sociopolítica hacia un sistema estatal de participación popular pluralista que tomó los cuarenta años de aplicación del artículo 121 sobre “estado de sitio”, en el que la meta fue abolir este artículo y construir un sistema democrático auténtico. Se quería volver a ganar la paz que por cortos intervalos permitió el progreso nacional una vez terminada la guerra civil de los Mil Días (1902)” (Fals Borda, 1991a, p. 50).

¹⁸ A modo de ejemplo, este pasaje en el que afirma que “este proceso [que antecedió a la Constitución política de 1991] resultó complejo y disperso, en parte por lo profundo, al afectar a comunidades locales y regionales que se activaron políticamente por primera vez. Y fue violento para contestar, con el mismo nivel de intensidad, a la

de diversos sectores sociales¹⁹, a la primacía que tiene la soberanía popular sobre la soberanía nacional en los regímenes verdaderamente democráticos²⁰ o a las aspiraciones y anhelos de la mayoría de la población²¹. A este respecto, cabe destacar que dicha forma de uso tiende a prevalecer en aquellos artículos científicos dedicados a pensar el talante democrático y pluralista que para este autor tiene la Constitución de 1991, o en aquellos dedicados a la reflexión sobre los factores sociales e institucionales que han impedido o dificultado la realización de procesos de democratización en Colombia.

El uso de lo popular para reconocer y afirmar los conocimientos que en sus procesos de lucha, resistencia y vida cotidiana producen las culturas y sectores oprimidos -saber popular, conocimiento popular, sabiduría popular-, guarda estrecha relación con la intención de reconocer la alteridad entre la lectura del mundo y la comprensión de la realidad que hacen los científicos sociales y la que hacen «las bases», «los de abajo» o «las gentes del común». En el caso de Fals Borda, esta postura epistemológica, ética y política adquiere tanta relevancia y centralidad que, en algunos pasajes específicos de su obra, llega al extremo de nominar como ciencia popular²² a lo que a comienzos de la década del ochenta del siglo XX definió como el:

[...] conocimiento empírico, práctico, de sentido común, que ha sido posesión cultural e

represión ilegítima de un Estado que no respondía al querer popular. Tuvo un resultado inesperado y abrupto que reflejó la zozobra nacional: ello fue la convocatoria y realización de la primera Asamblea Nacional Constituyente elegida por el pueblo colombiano, el 9 de diciembre de 1990” (Fals Borda, 1991a, p. 50).

¹⁹ A título ilustrativo, este pasaje en el que afirma que “Como quedó explicado en la sección anterior, el malestar popular se expresó en frecuentes paros cívicos, marchas campesinas, huelgas y protestas de variada índole, así como en la conformación de frentes guerrilleros estables, para lo cual el Estado no tuvo otra respuesta que la represión policíva y militar amparada en un estado de sitio crónico e ineficaz, cuya persistencia de decenios horadó la estructura jurídica y moral de la Constitución y del régimen mismo” (Fals Borda, 1991a, p. 50).

²⁰ A modo de ilustración, este pasaje en el que afirma que “El Pueblo se impuso a la Nación, y ello quedó consagrado en la nueva Constitución, cuyo Preámbulo comienza con la frase: “El Pueblo de Colombia, en ejercicio de su poder soberano...” Así se resolvió el viejo dilema del Abate Sieyés. Ahora el Estado debe obedecer los mandatos populares y neofederales de la Carta de 1991 y construir una República unitaria y descentralizada al mismo tiempo, que reconcilie la autonomía de sus entidades internas con los ideales de justicia, paz y progreso para todos, en especial para las clases trabajadoras y subordinadas” (Fals Borda, 1991a, p. 58).

²¹ A manera de ejemplo, este pasaje en el que afirma que “Parece que estos ideales pluralistas, destructores/construtores a lo yin y el yang, van relacionados con profundos sentimientos de las masas populares en pro de la seguridad y la paz con justicia, en defensa de múltiples y valoradas maneras de vivir y a favor de una resistencia global contra la homogeneización” (Fals Borda, 2014, p. 263).

²² En este sentido, puede citarse este pasaje en el que afirma que: “Todo lo anterior permanece como trabajo esencial para nosotros y para muchos otros. Es un trabajo en el cual el mejor y más constructivo conocimiento académico podría asimilarse con una ciencia popular congruente y pertinente. Los activistas de la IAP han estado construyendo "puentes de reencantamiento" entre ambas tradiciones. Parece importante perseverar en este trabajo para producir una ciencia que verdaderamente libere, un saber, para la vida” (Fals Borda, 1991b, p. 48).

ideológica ancestral de las gentes de las bases sociales, aquel que les ha permitido crear, trabajar e interpretar predominantemente con los recursos directos que la naturaleza ofrece al hombre. Este saber popular no está modificado a la usanza dominante, y por eso se desprecia y relega como si no tuviera el derecho de articularse y expresarse en sus propios términos. Pero el saber popular o folclórico tiene también su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, es decir, puede demostrarse que tiene mérito y validez científica en sí mismo. Queda naturalmente por fuera del edificio científico formal que ha constituido la minoría intelectual del sistema dominante, porque rompe sus reglas; de allí el potencial subversivo que tiene el saber popular. (Fals Borda, 1981, p. 181).

Esta igualación entre las formas de conocimientos de los sectores populares y las de los científicos sociales no ha estado exenta de críticas. En el caso de este estudio se cuestionó en otro momento la centralidad que sigue teniendo el discurso académico cuando los procesos de diálogo, intercambio y mutua afectación -alteridad epistemológica- se dan a condición de tener que calificar como científicas a “otras formas de conocimiento que no aspiran acceder a la verdad, pero que son igualmente necesarias para permitir y preservar la vida” (Gómez Obando, 2017, p. 153). Sin embargo, esto que aquí se afirma, en nada cambia el hecho de que para Fals Borda el reconocimiento de los sectores populares en condiciones de igualdad y horizontalidad, es la única manera de introducir al sujeto como copartícipe en el proceso de conocer su realidad para transformarla.

A manera de síntesis, en la Tabla 1 se presentan los usos principales y las intencionalidades asociadas al uso del concepto de lo popular en la obra de Orlando Fals Borda.

Tabla 1. *Usos principales e intencionalidades asociadas al uso del concepto de lo popular en la obra de Orlando Fals Borda (1991-2016)*

USOS DE LO POPULAR PARA REFERIRSE A	CON LA INTENCIONALIDAD DE
La nominación de los sujetos, grupos, clases o sectores sociales que provienen «de abajo».	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Acentuar el carácter político y/o la capacidad de agencia de los grupos de base. ▪ Visibilizar a los sectores sociales que padecen los efectos del ejercicio del poder. ▪ Reivindicar la pertenencia de ciertos sujetos, grupos o sectores a las clases explotadas o subalternas.

El nombramiento de actores colectivos de tipo contencioso (movimientos sociales).	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Describir los elementos que contendría la formación de un contrapoder capaz de democratizar y subvertir el orden social (poder popular). ▪ Destacar los efectos morales de las movilizaciones sociales (subversión moral).
El abarcamiento de la gran mayoría o incluso la «totalidad» de lo social (en una lógica cercana a conceptos como el de pueblo o sociedad).	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Referirse a la inclusión del grueso de la ciudadanía en los procesos de participación política. ▪ Referirse a las tensiones y disputas de los pobladores contra el Estado. ▪ Referirse al descontento o malestar expresado por parte de diversos sectores sociales. ▪ Referirse a la primacía que tiene la soberanía popular sobre la soberanía nacional en los regímenes verdaderamente democráticos. ▪ Referirse a las aspiraciones y anhelos expresados por la parte mayoritaria de la población.
Destacar y afirmar los conocimientos que en sus procesos de lucha, resistencia y vida cotidiana van produciendo «las de abajo».	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Reconocer en condiciones de alteridad la lectura del mundo y la comprensión de la realidad que hacen «las bases», «los de abajo» o «las gentes del común» (saber popular, ciencia popular).

Elaboración propia.

Finalmente, en lo que atañe a las maneras en que migró y fue apropiado el concepto, debido a que no existe una reflexión sistemática asociada con lo popular en las piezas comunicativas halladas, resulta complejo precisar la forma en que se fueron dando dichos procesos. En este sentido, aunque en varios pasajes el autor hace uso de lo popular para referirse a ciertas apropiaciones, colaboraciones y sinergias entre su trabajo y el de varios filósofos, activistas y colegas nuestroamericanos²³, africanos²⁴, asiáticos²⁵, europeos²⁶ y norteamericanos²⁷, en el periodo se encontró solamente una alusión directa -contenida en la reedición póstuma del artículo *La ciencia y el pueblo: Nuevas reflexiones sobre la Investigación Acción* (1981), relacionada con el rescate que Fals Borda hacía a comienzos de la década del ochenta, de la manera en que el sociólogo estadounidense Lewis A. Coser trabajaba los impactos negativos que la

²³ Vázquez, filósofo mexicano-español, Moulian, sociólogo y politólogo chileno y Stavenhagen, sociólogo y antropólogo mexicano-alemán.

²⁴ Nyoni, activista política de Zimbabwe, y Marja Liisa Swantz, teóloga finlandesa que realizó gran parte de su vida y producción académica en el continente africano.

²⁵ Rahman, economista y activista político de Bangladesh -subcontinente indio-, y Mao Tse-Tung, activista político chino.

²⁶ Kropotkin, biólogo y activista político ruso, y Foucault, filósofo francés.

²⁷ Thoreau -filósofo-, Gaventa -sociólogo- y O'Connor -economista y sociólogo-.

masificación de los medios masivos generó para la cultura popular norteamericana.

A la vez que alertaba sobre los efectos alienantes y lesivos que la transferencia indiscriminada de bienes tecnológicos podría generar para las culturas populares norteamericanas (Fals Borda, 2014). En definitiva, se puede concluir que la apropiación crítica de ideas y sentidos sobre lo popular provenientes de otros contextos sociales y discursivos, no se encuentra suficientemente explicitada en la obra de Fals Borda.

A modo de conclusión

Pese a que lo popular en Fals Borda es comprendido desde una óptica de exterioridad respecto a aquello que enuncia y contiene dicho concepto, lo cual, valga la aclaración, es un rasgo característico del estrato semántico de lxs intelectuales críticos, razón por la que existe una marcada intención de DEFINIR -qué es el otrx-, DELIMITAR -quién o quiénes integran ese otrx-, CARACTERIZAR -cuáles son los rasgos «propios» o característicos de ese o esos otrxs-, DESCRIBIR -cómo es que funciona u opera de manera detallada ese o esos otrxs- o VALORAR -qué tan bien o mal, qué tan conveniente o inconveniente, qué tan fuerte o débil, qué tan puro o impuro, qué tan condicionado o libre, o qué tan alienado o emancipado se encuentra ese o esos otrxs-, es evidente que en la producción intelectual de Fals Borda existe un reconocimiento radical de «lxs de abajo» en condiciones de *alteridad moral, cultural, política e intelectual*.

Lo popular en Fals Borda opera como una forma de agrupación de los actores sociales críticos en una lógica de «ABAJO hacia Arriba», en la que los actores de clase tienen una centralidad relativa, pero no exclusiva. Lo anterior, abre las puertas para que se reivindique a las «partes» que podrían articularse parcial y conflictivamente en un «todo» que luche contra la pequeña parte que gobierna, explota y concentra el poder a nivel societal, siempre que se reconozca la potencia y excedencia moral o cultural que significan las trayectorias de lucha por perseverar en la existencia de «lxs de abajo».

Finalmente, lo popular en el contexto de la obra de Fals Borda, es apenas uno de los elementos o soportes que se articulan en una rica y variada red conceptual en la que se

expresa una forma de pensamiento *local-cosmopolita* que otorga relevancia a la comprensión de las diferencias y asimetrías regionales y étnico-raciales, a la vez que se imagina-haciendo un paradigma investigativo crítico de alcance mundial basado en la *alteridad radical* entre los científicos y los sectores populares, en el que se demuestra empíricamente que es posible realizar procesos de diálogo e intercambio con múltiples tradiciones de varios contextos a nivel planetario, al mismo tiempo que se van tejiendo lazos y redes de «abajo» hacia «arriba» y desde las regiones hacia el centro en el contexto de enunciación propio.

Por lo tanto, aunque no se pretende, de ninguna manera, elevar a Fals Borda a la categoría de «guía moral» o «faro intelectual» para pensar-hacer la crítica social²⁸, se considera que existe coherencia entre la propuesta plasmada en *el papel* -la crítica al colonialismo intelectual, la propuesta de socialismo raizal y la afirmación del poder popular- y su testimonio de vida.

Referencias bibliográficas

Fals, B.O. (1970). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Bogotá: Oveja Negra.

_____, (1981). *La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la investigación-acción. La sociología en Colombia: balance y perspectivas*. Asociación Colombiana de Sociología, III Congreso Nacional de Sociología. Bogotá. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/347716263/Fals-Borda-O-1981-La-Ciencia-y-El-Pueblo-Nuevas-Reflexiones-Sobre-La-Investigacion-Accion>

_____, (1985). *Conocimiento y poder popular*. Siglo XXI.

_____, (1987). *Ciencia propia y colonialismo intelectual. Los nuevos rumbos*. Carlos Valencia Editores.

_____, (1991a). *La accidentada marcha hacia la democracia participativa en Colombia*.

²⁸ Error en el que, a nuestro juicio, caen todas las posturas críticas que se pasan la vida reivindicando y «salvando» en calidad de exégetas o restauradores abnegados el pensamiento de Marx, Engels, Bakunin, Kropotkin, Lenin, Trotsky, Gramsci, Mao Tse-Tung, Foucault, Habermas, Butler, Bolívar, Martí, Mariátegui, Fidel Castro, *Ché* Guevara, Camilo Torres o Freire. Una cosa es esforzarse por reconocer y explicitar los acumulados e influencias biográficas y bibliográficas, gesto honesto y humilde de quien se piensa pensando mientras piensa. Otra, muy distinta, hacer de un autor o una obra una especie de oráculo o templo al que lxs fieles acuden cada vez que urgen respuestas que permitan llenar el vacío existencial que produce la falta de imaginación política para enfrentar al poder.

Análisis Político, (14), 46-59. IEPRI – Universidad Nacional de Colombia.

_____, (1991b). Un repaso de la IAP. En: Borrero, C. (Ed.). *Acción y conocimiento, cómo romper el monopolio con investigación acción participativa* (pp. 37-50). Bogotá: CINEP.

_____, (1992). *La investigación participativa y la intervención social*. Documento en línea.

<https://docplayer.es/63328755-La-investigacion-participativa-y-la-intervencion-social.html>

_____, (1993). *Vigencia de Utopías en América Latina*. Ponencia presentada en el VI Encuentro de Ciencias Sociales, Feria Internacional del Libro de Guadalajara, Guadalajara, México.

_____, (1998). Experiencias teórico-prácticas. En: Fals Borda, O. (Comp.). *Participación popular. Retos del futuro* (pp. 169-255). ICFES – IPREI - COLCIENCIAS - Tercer mundo.

_____, (1994). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*. Tercer mundo.

_____, (1999). Guía práctica del ordenamiento territorial en Colombia: contribución para la solución de conflictos. *Análisis político*, (36). IEPRI – Universidad Nacional de Colombia.

_____, (2000). *Acción y espacio. Autonomías en la nueva República*. Bogotá: IEPRI.

_____, (2002a). *Historia doble costa. Retorno a la tierra. Tomo III*. Universidad Nacional de Colombia – Banco de la República – El Áncora editores.

_____, (2002b). *Historia doble costa. Retorno a la tierra. Tomo IV*. Universidad Nacional de Colombia – Banco de la República – El Áncora editores.

_____, (2014). *Ciencia, compromiso y cambio social*. El colectivo.

“Uno siembra la semilla, pero ella tiene su propia dinámica”²⁹: Entrevista a

²⁹ En coherencia con el propósito conmemorativo de esta obra, se incluye en el libro una entrevista

Orlando Fals Borda

*Lola Cendales González*³⁰

*Fernando Torres Millán*³¹

*Alfonso Torres Carrillo*³²

RESUMEN:

la Investigación Acción Participativa IAP en la vida de Orlando Fals Borda, desde sus primordios en la investigación sociológica del problema agrario colombiano hasta la relación de la academia con la sociedad, pasando por las organizaciones sociales y la participación política. El paradigma alternativo de la investigación social se fundamenta en una nueva relación, como un proceso único, entre la teoría y la práctica. Es la “semilla” que hoy desarrolla múltiples y diversas dinámicas enriquecedoras.

Orlando, quisiéramos una conversación con usted sobre la investigación participativa en su historia de vida y una primera inquietud que queremos plantear es por la experiencia personal previa a la formalización de la IAP, como cuáles fueron las primeras intuiciones o raíces...

Fals Borda: creo que hubo algunas raíces familiares, en mi casa mi madre era una persona muy inteligente, una literata realmente, autora de dramas y cantatas y cosas así, que tenía mucha sensibilidad social, como dirigente de la Iglesia Presbiteriana tuvo mucho que ver con trabajo con las mujeres, por ejemplo, fue presidenta de la Sociedad de Señoras de la Iglesia Presbiteriana y había organizado una campaña nacional contra el cáncer en una radioemisora. Ella, una de las primeras mujeres en Barranquilla que tuvo una hora de radio en la emisora Atlántico en los años treinta.

realizada a Orlando Fals Borda, por tratarse de un texto de libre circulación que constituye una fuente valiosa para comprender, desde su propia voz, los fundamentos de su pensamiento y su compromiso intelectual. Obra publicada originalmente en inglés “One shows the seed, but it has its own dynamics”, *International Journal of Action Research*, 1(1), 2005, .9-42.

³⁰ Educadora Popular, integrante del Colectivo Dimensión Educativa.

³¹ Educador y Teólogo Popular, integrante de Kaired Educativa.

³² Educador Popular, profesor emérito de la Universidad Pedagógica Nacional.

Mi papá -que era otro intelectual- un maestro de escuela muy querido en Barranquilla, que había escrito ya algunos folletos, artículos, periodista en *La Prensa* de Barranquilla, y que siempre estuvo muy atento a mi desarrollo intelectual porque recuerdo que me llevaba libros de lectura. Empezó con la colección Sopena, cuentos de Perrault... y después empezó a subir de nivel y entre los libros que me llevaba, recuerdo mucho, *Los Bedas* y luego fue y habló con el director del colegio que me regalara la guía para el griego, claro está que a mí sí me gustaban esos idiomas; el latín sí me encantaba; tanto, que escribí un ensayo en latín cuando estaba en sexto de bachillerato, ¡lo escribí en latín!

Luego pasas del bachillerato a la universidad en Estados Unidos...

Fals Borda: sí, pero primero a la Escuela Militar de Cadetes. Me salvó mi mamá, porque sí yo ya estaba decidido a seguir. Al año y medio me llegó una carta diciendo que había posibilidades, me quedaba en la Escuela o me iba para Estados Unidos con todo pagado. Entonces yo pedí la baja.

¿Fue a estudiar sociología?

Fals Borda: no, yo no sabía nada de sociología, de que existiera ni nada por el estilo, eso fue por refilón en Estados Unidos. Yo escogí como mis principales materias: Literatura Inglesa y Música. Nada de lo social. Allí me inicié, me encarrilé por la música y por la literatura y punto. Pero en el penúltimo semestre vi que un viejito profesor, que era sociólogo, estaba ofreciendo un curso de sociología con base en un texto de él. Entonces yo tomé ese curso de sociología, pero eso fue todo. Cuando regresé a Barranquilla me esperaban con la dirección de los coros del Colegio Americano y de la Iglesia, llegó como a mediados de 1948 o antes, en el 47 y después del 48 es la muerte de Gaitán, yo estaba en Barranquilla y hubo una rebelión bastante fuerte y me inspiré y escribí una cantata pequeña que se titula "Mensaje a Colombia", con un aire patriótico pidiendo la paz que uniera a los colombianos, se reconstruyera el país. Me salió esa preocupación por la situación, pero en forma de música, en cantata.

Entonces los estudios en Iowa inicialmente fueron de Literatura y Música, volvió a Barranquilla al coro...

Fals Borda: pero no solamente la música, también fui director de un Centro Juvenil Presbiteriano CJP. Eso fue interesante, el pastor de la iglesia era Richard Schaul, que después llegaría a ser uno de los iniciadores de la teología de la liberación... Él tiene una concepción muy distinta del pastor y le dio esa dimensión social, juvenil al -CJP-, que muchas personas todavía recuerdan en Barranquilla porque fue como una especie de motor de transformar la forma de pensar y de actuar en las iglesias. Este Centro Presbiteriano tiene actividades culturales y deportivas, se representaban obras de teatro clásico español, exposiciones de pintura con la ayuda de Alejandro Obregón, actividades literarias con Álvaro Cepeda Samudio.... Todo este grupito costeño actuando alrededor del CJP, hemos sido amigos, con Álvaro Cepeda fuimos compañeros del colegio, nos graduamos en Estados Unidos, una amistad hasta su muerte.

Fijate lo que representaba ese espacio y lo que representó ¿no?

Fals Borda: sí, porque fue formativo para un montón de gente, jóvenes.

¿El CJP fue iniciativa de Richard Shaull?

Fals Borda: no, mía; yo la llevé, porque es que yo había sido presidente de la sociedad de jóvenes antes de ir a Estados Unidos. Entonces yo ya tenía mis amigos ahí, y también del coro. Estaba muy vinculado a la iglesia, muy vinculado, tanto que uno de esos misioneros que venían me invitó, que por qué no me hacía pastor; pero mis actividades eran mucho más que religiosas, desbordaban la religión, lo que me atraía de la iglesia no eran ni los dogmas, ni los versículos de la Biblia, era la música que se cantaba allí. A través del CJP logré que la Iglesia Presbiteriana hiciera una proyección sobre la sociedad barranquillera y costeña y allí es donde encajan todas estas actividades no religiosas, entonces es una especie de iglesia laica muy abierta, muy tolerante y ecuménica, iban algunas religiosas. Con Shaull siguió una amistad muy grande, cuando lo pasaron aquí a la Iglesia Presbiteriana de Bogotá, de pastor.

Dio la casualidad de que yo también me vine; dejé Barranquilla y me vine para acá y tuve la osadía de presentarme aquí en Bogotá como sociólogo.

¿Eso fue en el año 51-52?

Fals Borda: eso fue en el 49 después de la muerte de Gaitán y después del mensaje que le había compuesto. Entonces acá Shaull me nombró director del coro de la iglesia de la calle

24. ¡Ah! Eso fue una experiencia extraordinaria, porque no había muchos coros en Bogotá, coros de cuatro voces. Shaull apoyando todas estas cosas, fijate como él pensaba, no solamente en la Biblia, sino en la cultura, en otras actividades, en la sociedad, en el bienestar, en la felicidad de los jóvenes, porque todos los que estábamos con él eran jóvenes, yo no tendría más que 25-26 años, por ahí 24.

A Shaull lo volví a encontrar ya como un teólogo de la liberación en Europa, ya después que me había salido de la universidad y estaba en las Naciones Unidas en Ginebra. Me invitaron a dar una conferencia sobre problemas latinoamericanos, una serie en la que Shaull ya había participado, yo tenía unos textos de él y escogí un tema que fue premonitorio: “Subversión y desarrollo en América Latina”, era un intento de enfocar el concepto de subversión desde el punto de vista positivo y no negativo como aparece en los diccionarios.

¿Cómo es que llega a Bogotá y se presenta como sociólogo?

Fals Borda: había venido con la excusa de enseñar inglés en el Colegio Americano; eso me aburrió rápidamente y entonces recordé algunas de las cositas que me había enseñado aquel sociólogo; entonces decido presentármele al Ministro de Educación, Fabio Lozano, le dije soy sociólogo, acabo de venir de Estados Unidos, y coincidió que se estaba desarrollando con su auspicio un proyecto de Naciones Unidas, creo que se llamaba el Municipio Piloto para asuntos administrativos, y como proyecto piloto estaba el Municipio de Vianí, Cundinamarca, yo dije, sí, me interesa mucho, el Ministro dijo, lo vamos a nombrar encargado de los archivos, porque hay mucho papel desordenado ahí en esa oficina en Vianí, tiene que ir y vivir allá. Ese fue el

problema, porque me dice, vaya y organice el archivo, pero por ninguna razón establezca ningún contacto con la gente del pueblo.

Me empleó como un técnico, no como sociólogo; claro, yo llegué al pueblo y lo primero que hice fue hacerme amigo del cura y le ofrecí que yo era su organista en la misa. Entonces el trabajo en el archivo lo organicé en 10 días y por ahí como a los ocho días llegó Ospina, mi jefe, vio el archivo organizado; pero lo primero que le dijeron era que yo había estado muy metido con el cura y con el alcalde y que iba a las tiendas a tomar cerveza. Usted no ha obedecido las reglas, por lo tanto, lo voy a destituir, presente su renuncia si no quiere que lo destituya. Me echaron del primer puesto de sociólogo a los 20 días porque había establecido contacto con la gente, fue el comienzo realmente de mi carrera sociológica.

Allí no sé cómo descubrí un librito publicado por dos abogados del Ministerio de Economía que habían trabajado con un gringo, que ese sí era sociólogo, era un estudio de Tabio, Cundinamarca, que resultó ser el primer estudio sociológico moderno hecho en este país en el año 48, yo no tenía ni idea de quiénes eran, ni Lynn Smith, él era profesor en Minnesota de Sociología. Ese fue el primer libro que se escribió en este país de sociología rural. Y el profesor Smith tuvo la buena idea de incluir como apéndice de ese estudio de Tabio los formularios de la encuesta, donde sacó la información que luego cuantificó para el análisis de Tabio. Ahí aprendí cómo era una herramienta de investigación sociológica, la más sencilla, la encuesta. Me interesó mucho ese folleto, todavía lo tengo; ese fue el que me iluminó en relación con el trabajo que iba a seguir toda mi vida.

Desempleado, dije, voy a ver cómo utilizo lo poco que sé. Una de las cosas que sé es el inglés, entonces salió un aviso de una compañía americana, Winston Brothers Company, estaba construyendo represas por cuenta del gobierno nacional, una en Sisga y la otra en Neusa. Necesitaban un secretario bilingüe español-inglés, yo fui y me presenté. Y me nombraron secretario personal del director de la represa. Me tocó ir al campamento de Sisga, eso era en pleno campo y estaban empleando, llamando a obreros de la región para el trabajo de construcción de la represa, campesinos puros. Poco a poco me fui dando a conocer y llegué a ser jefe del

campamento, pero como estaban empleando obreros conocí a algunos de una vereda entre Sisga y Chocontá; los camiones de la empresa iban todos los días, recogían a estos obreros, los llevaban al campamento y al trabajo por la mañana y, por la tarde, los volvían a llevar a sus casas. Todos estaban arraigados en su casa de campo, eran campesinos, campesinos.

Me hice amigo de ellos, de dos o tres, me invitaron a sus casas, adquirí la costumbre de quedarme con ellos en sus casas cada fin de semana, hasta cuando una familia me adoptó de hijo y me mudé a vivir allá; una casa totalmente humilde, sobre tierra, techo de paja, sin puertas prácticamente, una familia típica, el papá y la mamá, y ambos ya más o menos viejos; dos hermanos, el obrero que estaba en Sisga y un nieto y yo. Esa llegó a ser mi familia. Aprendí de todo lo que es la vida, me enseñaron desde cómo sacar la papa hasta cómo guiar los bueyes, el uso de la hoz... Me convertí en un campesino con ruana y con sombrero, igualito como un campesino de allí, ¡empecé a hablar como ellos y a bailar! Aprendí a bailar torbellino y bambuco, a tocar tiple y a cantar con ellos.

Allí empecé a acumular los datos, la vereda se llama Saucío. Muchos años después los campesinos me contaron que había unos debates en las tiendas y en las casas conjeturando quién era yo, que, si era un comunista que había llegado a sacar datos, que cómo era tanta preguntadera, qué cuántos hijos tenía, que cuántas mujeres. Ellos recordaron una cosa que yo hice, ignorante de las costumbres y creencias de la gente, como había leído eso de la antropología física y las medidas del cuerpo humano, etc., me presenté un día con una balanza para pesarlos, después me dijeron las resistencias a pisar esa balanza, porque si se pesaban eran para pesar sus pecados y entonces no iban a entrar al cielo, que si lo pesaban en esta vida en la otra no los iban a pesar. ¡Pues qué tal yo invitándolos a pesarse ahí y caer al infierno! Eso era antropología física, la medida; como se suponía que las ciencias sociales debían ser como la física, exactas, medibles.

Bueno, pero al fin hubo algunos valientes que se dejaron pesar y como no les pasó nada y estaban felices, común y corriente. Logré unos datos antropológicos muy interesantes. En realidad, yo si no sé cómo encajé porque con mi origen ciudadano,

costeño y trabajando en una represa sin ninguna vinculación con nadie ahí, fui a setenta familias en esa vereda, y sí, hubo peligro de que me cerraran las puertas como comunista, porque se corría mucho esa bola, este es un comunista que viene quién sabe a qué, nos van a aumentar los impuestos.

De pronto... Decidí agarrar el toro por los cuernos, me fui a hablar con el cura párroco y le expliqué lo que estaba haciendo. Resultó un párroco sumamente simpático, abierto, creo que él habló con alguien de la empresa, con mi jefe seguramente, pero los informes que tuvo parece que fueron positivos porque al siguiente domingo desde el púlpito me dio la bendición. ¡A partir de ese momento se fue Satanás! A partir de entonces hubo una amistad muy grande con este cura y por supuesto con su familia, porque resultó que la hermana del cura se había casado con el hijo del principal hacendado de Saucío. Me había quedado solamente con los campesinos, nunca me había metido con el hacendado hasta cuando el cura me presentó. Entré a la hacienda a conocer.

Completé el equilibrio, digamos, geopolítico de la región, pero esta vez con la bendición del cura y los dueños de la hacienda fueron apoyos hasta el punto de que abrieron sus archivos y me mostraron todas sus escrituras, los orígenes de la hacienda, había sido formada en el resguardo indígena chibcha original.

¿Cuánto tiempo estuvo en esa empresa vinculado a la región?

Fals Borda: en el año 51 yo seguía de jefe de campamento. Por ese tiempo se publicaba una revista en inglés de la Empresa Winston Brothers. Me pidieron un día que escribiera unas reflexiones sobre la región, una introducción a Colombia, o algo por el estilo; y se lo mandé a la compañía, a la oficina principal que era en Mineápolis, Minnessota, allá estaba la gerencia general. Ese artículo gustó mucho. Cuando vino el gerente general de Mineápolis, a revisar los trabajos en la Represa del Sisga, me preguntó, ¿usted no quiere ir a Minnessota? Necesitamos allá también uno que hable español, y como usted ya conoce todo por aquí se nos ocurre que usted podría ser el que coordine los trabajos de Colombia; yo le dije al gerente mire, estoy muy agradecido, yo voy a considerarlo, pero pongo una condición y es que

me den permiso de presentar mis estudios de sociología en la Universidad de Minnesota y sacar mi master y el viejo aceptó, y me pagó el viaje y me pagó todo pero que tenía que cumplir con mis obligaciones en la oficina.

Ese sí fue el período más duro de mi vida por el peso del trabajo, porque tenía que hacer todo el trabajo más tiempo completo de estudiante, dos tiempos completos. Por fortuna el sueldo era muy bueno, tanto que tuve para comprar carro y tenía casa..., ¡muy buen sueldo! Y mis antiguos jefes eran ahora mis subordinados. Allí tengo el problema de cómo presentar los textos, ya había completado mis estudios, con base en esa encuesta del profesor Smith. Yo me presento donde el profesor Nelson, se llamaba, y entré pues al programa de máster. Él había hecho un libro sobre Cuba de sociología rural, me dice, presénteme los materiales que ha recogido en Saucío; tenía retratos, mapas, los análisis de las encuestas, toda la información. ¿Sabe lo que hizo el profesor? Llamó por teléfono al profesor Smith, que estaba enseñando en Florida, como vio que era resultado del estudio de Tabio que estaba conectado con él, y le dice, ¡aquí tengo un estudiante tuyo!

Esa preocupación metodológica, ético-política, de vincular al otro a la producción de conocimiento aún no pesaba mucho...

Fals Borda: eso no había nacido, pero después ocurrió cuando empecé a escribir, mi tesis de máster sobre la vereda de Saucío, desarrollada luego en mi libro *Campesinos de los Andes*. En un año cumplí todos los requisitos del máster, ¡pero quedé molido! Yo estaba en la Wiston Brothers todo el tiempo, eso me favoreció, pues yo recibí el grado de máster y entonces el profesor Smith, el de Florida, empezó a intrigar para que yo me fuera a donde él a trabajar el doctorado en sociología, hasta que lo consiguió, gracias a la Fundación Guggenheim de Nueva York, donde él era asesor, que me otorgó dos premios para financiar el doctorado. En La Florida hice el doctorado con la tesis sobre *El hombre y la tierra en Boyacá*; esa es mi tesis de doctorado que salió publicada en un libro, primero que *Campesinos de los Andes*.

¿Durante el tiempo del doctorado venía a Colombia?

Fals Borda: yo sí vine acá cuatro meses para trabajar en la tesis del doctorado en Boyacá, por el problema del minifundio, la pobreza en Boyacá que nos llamó la atención, tanto al profesor Smith como a mí. El luego escribió un libro sobre Colombia con el Ministerio de Economía, una monografía sobre Tabio. Fue el nacimiento de la sociología rural en Colombia. Ese libro me sirvió de biblia en los primeros años.

Había que destacar la pobreza y el problema del campo como elementos esenciales para explicar la situación de atraso de Colombia y de la violencia actual. La violencia en Colombia como fenómeno político se inició en el campo, fue un enfrentamiento entre campesinos inducido desde arriba, impulsado por los políticos, por el propio Presidente Ospina Pérez, o el ministro de gobierno José Antonio Montalvo, luego el Presidente Laureano Gómez, horribles figuras de la historia colombiana, porque a ellos se les debe mucho de lo ocurrido después, porque la consigna que sembró Montalvo desde el Congreso era combatir “a sangre y fuego”, esa fue la orden que le dio a los conservadores para combatir a los liberales.

Menciono lo de Boyacá en el sentido de que el libro que luego saqué con mi tesis tenía como subtítulo “Bases para una reforma agraria” y que - todavía está pendiente ese problema - va al fondo de la cuestión nacional. El subtítulo me llevó al Ministerio de Agricultura. Una vez que salió el libro con propuestas sobre cómo hacer una reforma agraria en Colombia, primera vez que se planteaba el problema agrario en esa forma, aunque antes había los intentos de los socialistas como Gerardo Molina, Antonio García, Jorge Eliécer Gaitán, pero eran políticos. Realmente el libro de Boyacá para algunos es el mejor que yo he escrito. Al salir el libro, inesperadamente, me llama Augusto Espinoza Valderrama, el ministro de Agricultura del gobierno de Alberto Lleras, y me dice, bueno, leí su libro, me gusta mucho, venga para acá a ponerlo en práctica. La praxis, yo de bobo caí por la praxis (eso fue en el 58-59). Ahí está precisamente una de mis debilidades, el sesgo hacia la práctica, que no solamente la teoría académica sino, bueno, que lo que uno aprende y descubre, pues que tenga cierta resonancia o reconocimiento con el fin de transformar lo que uno encuentra defectuoso en la sociedad, que es mucho, pero esa

fue la función, digamos, formal, histórica, tradicional de la sociología desde cuando se fundó por Comte.

¿En este contexto es cuando conoces a Camilo Torres?

Fals Borda: ya conocía a Camilo antes de regresar a Florida. Nos conocimos aquí en Bogotá. Él vino a Bogotá por un corto tiempo desde Lovaina y me parece, si mal no recuerdo, que iba de Lovaina a Minnessota. Él estaba haciendo unos cursos precisamente sobre sociología económica, nos descubrimos mutuamente y vimos que nuestros intereses eran muy similares, y eso abrió después otras puertas.

¿Ahí surgió la idea de la Facultad de Sociología?

Orlando Fals: sí y no. Es que miren las cosas, me llama Augusto Espinosa Valderrama, el ministro de Agricultura, a mediados del 58, cuando vine a trabajar en Boyacá. En ese período el Rector de la Universidad Nacional era Mario Laserna, que tenía como su Decano de la Facultad Economía al mejor científico social que yo he conocido, un economista, pero un economista con corazón, humano, no como los inhumanos que hoy están en Planeación Nacional, era el Doctor Luis Ospina Vásquez, gran historiador, se metía de cabeza en los archivos y no le tenía miedo como hoy los economistas, que si no tienen un computador delante no estudian. Este se metía en los archivos y escribió ese famoso libro “Industria y protección en Colombia”; él y yo nos hicimos muy buenos amigos y llegó él a la Facultad de Economía e hizo campaña para que se abriera un Departamento de Sociología en la Facultad de Economía y convenció a Laserna que era el Rector. Resulta, entonces, que a finales del año 58 quedó aprobado el Departamento de Sociología, pero yo no tenía ni idea de todo esto.

Me llamó Augusto Espinosa y me convenció. Yo le dije sí cómo no, puede nombrarme. A los cinco días me llamó Laserna para contarme que se había aprobado el Departamento de Sociología y que yo debía ser el primer director. ¿Qué hago yo? Había pasado por esa experiencia de dos cargos en Minnessota; pero yo

siento que hay que pensarlo muy bien y casi me niego a asumir las dos cosas, porque yo iba a entrar al Ministerio como viceministro, como encargado de la continuidad técnica. ¡Decidí aceptar las dos cosas y fue genial! Acepté las dos cosas, pues no era ilegal, pero sí muy pesado.

Fue positivo porque en realidad lo que conseguí con esa decisión fue dos apoyos, el gubernamental y el académico, los logré combinar. Por ejemplo, cuando en la Universidad empezamos a pensar en publicar cosas e iniciar la serie de monografías sociológicas, que llegó a tener 30 o 40 títulos, y la Universidad Nacional no tenía dinero para publicar, ni tampoco para investigar, el único que estaba insistiendo en esas cosas era el Departamento de Sociología. Como no había dinero en la Universidad, hacía imprimir en el Ministerio de Agricultura y salía a nombre del Departamento de Sociología – Universidad Nacional, y nadie sabía de dónde salía; yo no sé si era peculado o qué, pero todo en aras de la ciencia. La primera monografía fue de François Hautart, aproveché su visita a Bogotá para dar una conferencia sobre problemas de la mentalidad religiosa en las ciudades y le pedí el texto, lo traduje al español, y fue el número 1 de la serie de monografías. Eso sirvió para varios frentes de relaciones públicas y de defensa del nuevo Departamento de Sociología.

¿Cómo fue la experiencia de constitución de un grupo de investigación?

Fals Borda: una vez que ya se decidió la aprobación del Departamento, aparece Camilo Torres, me visita en el Ministerio de Agricultura, y con él vimos cómo iniciar ese año de estudios. Estaba próximo el comienzo del semestre, el 15 o 20 de enero, y los estudiantes estaban inscritos en otras carreras. El problema era cómo iniciar ese Departamento en ese mismo semestre para aprovechar el entusiasmo de las autoridades universitarias. Entonces ambos hicimos un folletico explicando lo que era sociología y lo que había que hacer, qué se esperaba con eso. Como las filas estaban largas inscribiéndose en todas las facultades, Camilo y yo distribuimos el folleto y lo repartimos personalmente en esas filas. De ahí salieron los primeros 21 estudiantes.

¿Usted y Camilo eran las únicas personas con formación académica en sociología?

Fals Borda: éramos los únicos. La otra persona que después llegó, pero que entonces (me lo echa en cara cada vez que puede) tuvo que irse a la Universidad Javeriana, porque ya en la Nacional no había manera, fue María Cristina Salazar. Ella había estudiado en la Universidad Católica de Washington, tenía su PHD, llegó un año después; los dos primeros fuimos Camilo y yo. Camilo toma todo lo de metodologías y yo tomo las teorías e iniciamos ahí mismo.

Me conseguí unos profesores que no eran sociológicos ni profesionales, pero que me parecían bien orientados y leales. Uno un profesor de Ciencias Sociales de un colegio en Corozal, Sucre; lo escogí por allá y le dije, ¿quiere ir a enseñar sociología en Bogotá? Y me aceptó y se vino con toda la familia, es Carlos Escalante. Era un profesor de colegio, no era universitario y me lo traje y siguió siendo profesor de sociología hasta hoy. Y la otra adquisición fue el secretario del Departamento, otro costeño, fueron 2-3 costeños, Carlos es costeño, este secretario fue costeño, de Magdalena, y yo.

Al año y medio de haber sido conformado el Departamento, se fue el doctor Luis Ospina Vásquez de la Decanatura y entró otro que empezó a interferir el crecimiento del Departamento de Sociología, que en ese momento dependía de Economía, celos de que creciera este Departamento. Nosotros funcionábamos apenas en un salón que nos dieron en la Facultad, creo que era de enfermería, ahí nos metieron con un escritorio y un estante vacíos y un día que nos molestaron mucho los economistas, descubrimos que a la entrada de la Universidad por la calle 26 había una estructura de una casa que había sido incendiada, por descuido supongo, era donde vivían familias de los profesores, abandonada totalmente, entonces con el secretario dijimos, nos vamos de esta oficina, aquí no hay nada, nos vamos a ocupar esa casa por más incendiada que esté.

Entonces en un atardecer, con los 21 estudiantes, cargamos los dos muebles entre todos, hicimos caravana por tres cuadras que nos separaban del edificio y nos tomamos la casa. Nos quedamos allí, pero a los diez días que se dieron cuenta los de Economía dijeron, no, tienen que salirse de ahí. Nos iban a meter la policía, que éramos invasores, les demostramos que ya habíamos arreglado la casa, la

limpiamos, la pintamos. Con base en esa estructura conseguí en el Ministerio de Agricultura una partida suficiente para convertirla en el edificio que hoy es: en la Facultad de Sociología.

Las ventajas de estar en el Ministerio...

Fals Borda: las ventajas vinieron después. Duré dos años en esa aventura, dos años dirigiendo el Ministerio y dos años dirigiendo el Departamento.

¿La oficina del INCORA tenía relación con el Departamento?

Fals Borda: claro, el primer contrato que hizo INCORA (Instituto Colombiano para la Reforma Agraria) para investigar el problema agrario fue con la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. Además, yo era el presidente del Comité Técnico de INCORA, con Camilo, quien estaba en la Junta Directiva del INCORA y yo estaba presidiendo el Comité Técnico.

¿Por qué se va María Cristina a la Universidad Javeriana?

Fals Borda: la Universidad Javeriana abre la Facultad de Sociología con María Cristina, pero cuando se dieron cuenta que era amiga de nosotros, los de la Nacional, la destituyeron, la expulsaron y cerraron ahí mismo la Facultad. Fue algo muy triste, muy abusivo de parte del rector de la Javeriana. Ella había iniciado allí la enseñanza de la sociología moderna, en la misma vertiente que nosotros dos años antes. Ella llegó al momento de decidir cómo mejorar la docencia y la investigación en su Departamento de Sociología en la Javeriana. Como era amiga de Camilo Torres, hizo un Comité de Consulta con él, Andrew Pearse (profesor de la UNESCO) y yo. Cuando los jesuitas supieron de las reuniones que estaba teniendo María Cristina con ese grupo “subversivo”, la despidieron.

¿Cómo llega a la investigación sobre la violencia, estaba en el Ministerio o se encontraba fuera de él?

Fals Borda: a los dos años me nombraron decano. Era el año 61, cuando se creó la Facultad. El trabajo se hizo más duro y pedí la renuncia al Ministerio. Ya pude

dedicarme de tiempo completo a la Universidad. Se abrieron algunas cosas nuevas en realidad con la presencia de Sociología en la Universidad, fue como un viento nuevo. Para empezar lo de investigación, porque es increíble que la Universidad Nacional no investigara nada, excepto en el Instituto de Ciencias Naturales. En Ciencias Sociales no había nada, es que no había Ciencias Sociales. En teoría sociológica existía un curso que enseñaba Bernal Jiménez en la Facultad de Derecho. Derecho era quien tenía Sociología, la enseñanza de la sociología estaba en manos de los abogados.

Con la Facultad de Sociología comenzamos a movernos. Como yo tenía contactos gubernamentales se convirtieron en internacionales. Fue cuando empecé a traer los mejores sociólogos de América Latina y se creó lo que se llamó el Programa Latinoamericano de Estudios del Desarrollo PLEDES. Vinieron igualmente lo mejor de la sociología de Estados Unidos y de España. La Facultad adquiere prestigio. Cuando ya no cupimos en ese pequeño edificio, que habíamos reconstruido con nuestras propias manos y con la ayuda del Ministerio, el gobierno pidió un crédito internacional de la AID de Estados Unidos para construir un edificio nuevo, muy completo, lindo, donde está hoy. Ese edificio fue estrenado en el año 61 con un Congreso Latinoamericano de Sociología.

¿En lo que fue haciendo y trabajando, qué pudo haber dado cauce a la IAP?

Fals Borda: sí, la semilla está ahí con la presencia de Camilo. Su aporte es el compromiso; compromiso con las luchas populares, con la necesidad de la transformación social. Pero, ¿cómo se descubre eso en la Facultad? Se descubre por una autocrítica de los marcos de referencia que nos habían enseñado en Europa y en Estados Unidos, tanto a Camilo como a mí; porque ese marco de referencia tenía que ser la última palabra en la profesionalización de las Ciencias Sociales que era condicionada por la escuela positivista y funcionalista, es decir, cartesiana. Era obligatorio que uno tenía que ser exacto, muy objetivo, muy neutro, a imitación de los físicos que para nosotros se nos presentaba como el ideal del científico. Era el marco de referencia que yo tenía. Se hablaba del hecho social, de problema social, hechos, ya cuando se habla de hechos es poco confiable, limitado, un hecho puede

ser positivo, negativo, como sea, un hecho se analiza y se mide, se trata de entender y listo.

Pero llegó el momento en que la aplicación de ese marco que proviene de un análisis funcionalista de una sociedad más o menos estable como la norteamericana, un modelo de equilibrio social, de orden en la sociedad, no de desorden, el conflicto queda por fuera como algo perjudicial, algo marginal, inconveniente o disfuncional, como se decía entonces, no era funcional para la sociedad. Si se aplica a esta sociedad conflictiva, en plena violencia, un modelo que se diseñó para entender el equilibrio social, no el cambio social, y el conflicto menos; entonces había allí una clara falla, un desajuste de la explicación y del análisis. Por supuesto Camilo ya lo había sentido, y entonces había empezado a hablar del nuevo tipo de sociología latinoamericana; ahí fue cuando él presentó ese punto de vista en Buenos Aires, creo que en el 61.

Junto con Camilo descubrimos la existencia del fondo de documentación de la Comisión Oficial de Estudio de las causas de la violencia, que había nombrado el presidente Alberto Lleras. El secretario de esa comisión era Monseñor Germán Guzmán Campos, que tuvo la buena disposición de conservar esa documentación. Camilo me convenció de que fuéramos a visitar a Monseñor Germán Guzmán, que era entonces párroco del Líbano, Tolima, e hicimos la expedición él y yo, también nos acompañó Roberto Pineda Giraldo, el marido de Virginia Gutiérrez, ambos antropólogos, que habían estado huérfanos cuando Laureano Gómez cerró la Escuela Normal Superior. Encontraron una mamá en el Departamento de Sociología y todos vinieron en masa, todos se juntaron, una gran cosa. Los tres hicimos esa expedición al Líbano a convencer a Mons. Germán. Allí vimos el archivo y lo convencimos de que se viniera a trabajar a la Facultad de Sociología. El hizo los trámites para salirse de la parroquia y nos llegó con todas las cosas y trabajamos juntos escribiendo el primer tomo sobre la violencia. Lo hicimos en secreto, nadie sabía que lo estábamos haciendo porque era muy delicado. Habíamos decidido decir las cosas con nombre propio, fechas y sitios. Teníamos toda la documentación necesaria a la mano. Al analizar ese trabajo, su intensidad, la naturaleza del

conflicto, pues rompió en mi cabeza todo el esquema que había llevado del funcionalismo; no se puede explicar con el marco de referencia aprendido en las aulas de mis maestros.

Escribí como conclusión de ese tomo mi primera expresión de alejamiento de ese modelo funcionalista, nosotros teníamos que asumir una posición mucho más clara, comprometida con las soluciones, y por eso el libro de la violencia termina con 27 o 30 recomendaciones al gobierno, a la sociedad colombiana, a la iglesia, y a la universidad, a todo el mundo, de cómo resolver el problema de la violencia. Son recomendaciones que si uno las lee todavía hoy eran muy lógicas, obvias, muy posibles; pero nunca fueron atendidas, fueron inspiradas precisamente en la sensación que teníamos de comprometernos con algo que sirviera a la sociedad. Una sociología comprometida con la transformación social.

¿Hay una lectura del marxismo para llegar a esta sociología comprometida?

Fals Borda: mientras tanto ya habían salido varias monografías desde la colección de la Facultad, todas las cuales fueron realmente terminadas con recomendaciones. Era sociología aplicada, se inspiró mucho en el quehacer, en la praxis. Para sorpresa de ustedes, a mí nunca me dieron clases de marxismo en Estados Unidos, en ninguna universidad; no había leído a Marx ni siquiera cuando escribí ese capítulo final del segundo tomo sobre la violencia. En ese capítulo no llegó sino a la etapa de la teoría del conflicto social. Pero la actitud y la intención de nosotros como sociólogos, encaminando ese fenómeno, demostró que había necesidad de una transformación interna, de sentimiento, de la actitud, eso lo llamamos compromiso; y Camilo lo asume y lo transmite para su propia interpretación y luego su vida, su entrega. La idea de compromiso con los problemas de la sociedad para resolverlos, primero entenderlos y luego resolverlos es una de las raíces de la investigación participativa.

¿En esa búsqueda por resolver los problemas sociales aparece la mediación política?

Fals Borda: sí, porque entonces era obvio, como se dice en el libro de la violencia, la violencia se inicia por los conflictos políticos que existen, a los que se añaden

luego los problemas económicos y más tarde los problemas religiosos, los problemas culturales y de toda índole, hasta llegar al narcotráfico. Es decir, fue creciendo la violencia en un fenómeno de muchas cabezas, en una hidra que ya no se podía cortar sino desde abajo, desde el cuello, y es lo que nunca quiso hacer ningún gobierno. Las recomendaciones iban directamente a ese cuello de la hidra. Cortarlo todo. Ese era el compromiso, de hacer las cosas a fondo y bien; sin embargo, ese fue una de las raíces de la IAP. Y eso se lo debemos a Camilo Torres Restrepo.

En buena medida la categoría de compromiso tiene una raigambre ética, en la tradición previa de ciencias sociales no había nadie que la hubiera utilizado...

Fals Borda: sin embargo, vean que Sartre lo usó después. Yo creo que Marx sí hablaba algo de compromisos con la clase trabajadora. Sí creo que había más conciencia de la necesidad del cambio en el siglo XIX que en el XX. Precisamente por ese afán tecnicista o científicista de parte de los científicos sociales, de mis maestros, que había que ser científico según el modelo de las ciencias naturales y se olvidaron de que los físicos, que tanto adoraban, ya estaban dando ese salto a lo que llamamos después el principio andrónico y luego el principio de los físicos cuánticos, el principio de la indeterminación. Entonces si los físicos empiezan a hablar de indeterminación ¿dónde queda esa objetividad? ¿Dónde queda esa exactitud y medición de los fenómenos que observan? En cero. Ellos fueron mucho más sinceros, mucho más claros científicamente hablando que los sociólogos, que habían debido reconocer ese hecho obvio, que lo observable no es absoluto y que tiene interpretación y reinterpretación. Ahora hasta los matemáticos están buscando interpretación.

¿Las primeras experiencias de investigación con los campesinos es posterior a la salida de la Universidad Nacional?

Fals Borda: no, fue anterior. Por ejemplo, la Acción Comunal nace con la Escuela de Saucío. Eso fue hijo de la investigación que yo había hecho de Campesinos de los Andes. Se hace esa experiencia como en el año 58.

¿Cómo surge la Acción Comunal?

Fals Borda: en parte, de noticias que algo así se estaba haciendo en las Filipinas a través del Centro Interamericano de Vivienda CINVA, del cual yo era consultor. Allí se intuyó que la acción de la comunidad organizada podía resolver muchos problemas empleando lo que se llamó entonces la mano de obra local. En el CINVA, se había hecho el invento de una máquina para hacer ladrillos que era un adobe mejorado y que bajaba el costo de las construcciones. Realmente es un invento para hacer la vivienda social de la que tanto se habla. Todos aprendimos a hacer ladrillos. Con el CINVA se hicieron dos ensayos, uno en Tabio y otro en Saucío. Lo de Tabio no resultó, lo de Saucío sí ¿por qué? Yo creo que fue por la relación de amor que tuve con la gente, por el vínculo.

Hay dos obras que he escrito con amor: una, *Campesinos de los Andes* y la otra, *Historia doble de la Costa*. La escuela en Saucío se hizo en un récord de tres meses con esa maquinita que el CINVA había traído de Filipinas y con el ingeniero, que también lo puso el CINVA. Era un arquitecto magnífico que hizo los planos de la escuela, que todavía está allí, es monumento nacional.

Ahí nació la Acción Comunal, la primera Junta de Acción Comunal fue la de esa escuela de Saucío en Colombia, ¿qué pasa entonces? Esa experiencia quedó allí, y cuando yo ya estaba en el Ministerio llevé allá a varios ministros para que aprendieran. Al de agricultura, Augusto Espinosa, lo llevé; a los sucesores de él y también al de Educación, Abel Naranjo Villegas, él fue el primero que dio vía libre para la Acción Comunal. ¿Qué fue lo que hizo? Abel Naranjo Villegas, ministro de educación del gobierno de Lleras Camargo, descubrió el asunto de la importancia de la acción comunal y aprendió de la experiencia que se estaba haciendo allí. Y entonces nos pidió a Camilo Torres y a mí que hiciéramos el primer borrador del decreto, donde se hizo la primera reglamentación oficial de la Acción Comunal.

¿Cómo se da la continuidad de la investigación con campesinos desde la Facultad de Sociología?

Fals Borda: cuando entré a la Universidad Nacional, ya venía desde el 50 la experiencia campesina de Saucío, y, por supuesto, yo planteé en la Facultad de Sociología la práctica de salir al terreno a investigar la realidad social, económica, política y cultural. En lo que fuimos muy distintos a todas las Facultades existentes, siempre hubo grandes resistencias por lo que eran muy puristas en la tradición científica europea, clásica, discusión de ideas más que todo en transmisión rutinaria de las ideas, del saber y esa insistencia de Sociología de salir al terreno, pues, poco a poco, fue rompiendo esas resistencias, ese eurocentrismo, digamos, cartesiano, hasta el punto que ya hubo relaciones muy directas entre la Universidad Nacional y el gobierno en relación con políticas de desarrollo social, con la Reforma Agraria.

Esa fue una cosa muy importante porque esta política del INCORA (Instituto Colombiano de la Reforma Agraria) tuvo como primer apoyo investigativo e institucional a la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. El primer contrato que se hizo fue para investigar el problema de la tierra en Cunday, Tolima, pues allá fuimos a caballo con los estudiantes, y fue una expedición, un contrato formal, se vio allí una participación directa de la Universidad en la búsqueda de soluciones a problemas concretos. Fue el comienzo de ese nuevo concepto que ya tomó mucha fuerza ahora, que es el de la universidad participativa, un movimiento mundial que articula la universidad con la sociedad.

El tema de la reforma agraria se afirma como preocupación en su campo de investigación de ahí en adelante....

Fals Borda: sí, yo nunca dejé de ser sociólogo rural, eso me confirmó mi profesión ya con más seguridad. Después, al entrar al conocimiento de la realidad con Camilo y con otros profesores, empezamos a sentir las tensiones de lo que habíamos aprendido y lo que veíamos en el terreno, hay una tensión que se resolvió a favor de modelos nuevos, de paradigmas alternativos y ese paradigma alternativo, que ya no era cartesiano, fue lo que poco a poco se consolidó en la IAP –Investigación Acción Participativa-. Al principio, yo me opuse a que se considerara como un paradigma alternativo, para no asustar más a los intelectuales y a los académicos rutinarios; porque ¿qué tal con otro paradigma, otra forma de entender la realidad? Y decir que

Descartes no tenía razón, que Hegel estaba equivocado, etc. No... Eso era atrevido. Y yo pensé, pues, que la IAP era ante todo un método de investigación, no era todo un complejo de conocimientos; fue método, fue trabajo en el terreno y con resultados muy distintos a lo que habría sido con una aplicación de positivismo funcional. Y esa doctrina o esa forma se llevó, entonces, al Congreso Mundial en el 77, el de Cartagena.

¿Se venía gestando en esa relación universidad-realidad?

Fals Borda: ya en el 68, después de la muerte de Camilo y la crisis universitaria, las huelgas, etc., pues, me retiré de la Universidad; renuncié totalmente y durante 18 años no volví. Eso fue en el año 70, en protesta por la rutina académica y la falta de apoyo a aquello que pensábamos nosotros debía ser investigado y transformado, porque lo interesante allí fue el énfasis en la acción, investigar para transformar, ese fue nuestro esquema: investigar para qué, bueno, para transformar. ¿Por qué? porque hay injusticia, hay explotación y el mundo tiene que ser más satisfactorio, y especialmente la parte colombiana del mundo. Y esa fue una crisis en la Facultad. Estuve 18 años por fuera construyendo la IAP.

¿Fue una búsqueda fuera de la academia?

Fals Borda: sí, totalmente. Nació esa idea ni siquiera en Bogotá, eso fue en Ginebra, Suiza, con un grupo de colombianos que nos encontramos allá en mi oficina cuando yo era director de investigaciones del Instituto de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social con sede en Ginebra; ya me había ido desde el año 68, un poquito después de la muerte de Camilo; ese fue el mismo año en que me casé con María Cristina. En Ginebra logramos entonces entre estos colombianos que eran antropólogos, sociólogos y economistas —éramos 5— conformar la Fundación La Rosca de Investigación y Acción Social, con la idea de regresar a Colombia a ponerlo en práctica. Y así se hizo, yo completé mis dos años en Ginebra y me vine.

¿Cómo estaba conformado el grupo?

Fals Borda: el único sociólogo formal era yo; antropólogo estaba Víctor Daniel

Bonilla, estaba Jorge Ucrós, estaba Gonzalo Castillo, teólogo; interesante, dos de estos compañeros eran exministros evangélicos presbiterianos ambos y yo también; lo más interesante que la mitad de este grupo de seis científicos sociales éramos presbiterianos. El otro era Augusto Libreros, economista, fue profesor de la Universidad del Valle. Era un reto intelectual muy fuerte que nos obligó hasta estudiar el marxismo y a ponerlo en práctica; ese fue nuestro paradigma alternativo, el marxismo.

¿Y Freire andaba también allá en Ginebra?

Fals Borda: también, todo esto convergió en Ginebra, fue un momento ecuménico muy importante. Pero una vez que desarrollamos eso, digamos la intencionalidad, entonces decidimos venir a Colombia a ponerla en práctica. Regresamos a finales del 69 con una expectativa, se formalizó La Rosca de Investigaciones Sociales aquí en Bogotá. Con esa decisión empezamos juntos a poner en práctica en Colombia y la metodología se fue desarrollando por esa decisión de salir otra vez al terreno y ya sin los lastres de la institución académica, sin la talanquera de la academia, éramos totalmente autónomos. Pero, ¿cómo conseguimos eso? Con el apoyo de la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos y del gobierno holandés. Fue la primera vez que un gobierno europeo apoyó a una ONG directamente. Los campesinos colombianos y La Rosca de Investigación Social se responsabilizaron éticamente del manejo de los recursos. El Ministerio de Desarrollo Económico de Holanda ha seguido apoyándonos, hasta el punto de financiarnos los pasajes aéreos para el Segundo Congreso en Cartagena en el 97.

Por otro lado, tuvimos el apoyo de las Iglesias, por el contacto con los tres presbiterianos eso fue definitivo, era el momento que se constituyó en Estados Unidos un Comité muy especial que se llamaba Autodesarrollo de los Pueblos de la Iglesia Presbiteriana; que también rompía su tradición de apoyo a los misioneros norteamericanos. Y ese fue el gran problema, porque los misioneros gringos en Colombia que antes recibían dineros directamente de la Iglesia Presbiteriana, nos acusaron de comunistas y que, por lo tanto, la Iglesia debía dejar de apoyarnos. Eran principalmente los que estaban en Córdoba, donde me encontraba trabajando con los

campesinos. Nos habíamos dividido el país, yo en la Costa Atlántica, Augusto en el Pacífico, Gonzalo en Tolima, Víctor Daniel en el Valle y en el sur, ahí comenzamos y después entramos a otros campos bastante arriesgados como la Revista Alternativa, con Gabriel García Márquez.

En este momento la academia... haber roto con la academia para arriesgarse a construir algo distinto...

Fals Borda: lo extraordinario fue que se consiguieron los recursos suficientes, tanto de una Iglesia como de un gobierno..., dos columnas; y luego también lo de la Revista Alternativa con el apoyo de García Márquez y de otros intelectuales, estaban los mejores periodistas colombianos, fue una escuela, una escuela con nuevo enfoque, nueva forma de presentación e interpretación de las noticias... Para mí como académico era todo un reto... me rechazaron los primeros artículos por pesados... Mi columna se llamaba “Historia prohibida”, La nueva historia de Colombia porque era más atrevida que la de Jaime Jaramillo Uribe, y muchos prefirieron este enfoque más crítico, pero por supuesto eran convergentes. Fue toda una cascada de eventos que fueron cambiando el sentido de la vida de muchos.

En el trabajo con los campesinos de la Costa, cuya pretensión mayor estaba en lo metodológico, ¿cuál fue el mayor hallazgo o la mayor confirmación que posteriormente ustedes recogieron para la propuesta investigativa?

Fals Borda: la insistencia en que teoría y práctica debían ser juntas, no separadas como etapas o dos momentos separados, distintos, sino que se hiciera un ritmo interpretativo, pero de un proceso común, un proceso único. Que ese ritmo fue lo que llamamos ritmo de reflexión y acción. Fue como un semillero que después se desarrolló en la práctica y en los efectos concretos, en la aplicación del conocimiento. Fue la diferencia radical con la academia. Porque la pregunta básica era: ¿para qué el conocimiento y para quiénes va el conocimiento? Y esas preguntas no se las hacía la academia.

¿De dónde viene la idea de organizar el Congreso del 77?

Fals Borda: yo creo que fue virtud de las relaciones internacionales que fueron desarrollándose a partir del año 70 con La Rosca; mis viajes al exterior descubriendo personas e instituciones que resultaron ser muy convenientes con esto, personalidades como, por ejemplo, Mohammad Anisar Rahman, que es coautor del libro de *Acción y Conocimiento* de Bangladesh, economista exilado de su país, era el director de los programas de participación de la OIT, era participación limitada, participación dirigida, participación manipulada, tutelada. El contacto con Rahman fue derivando hacia una participación auténtica. Fuimos escuchando que había intentos semejantes en diversos países; lo interesante era que estos países eran todos del sur, del Tercer Mundo: en la India, en México, en Egipto, en Brasil...

Fue como una cantera...

Fals Borda: sí, porque estaba hasta Stavenhagen, fue cuando él escribió su gran artículo sobre “descolonizar las ciencias sociales” para los antropólogos norteamericanos e ingleses y que fue publicado en la revista oficial de ellos, ¡fue un escándalo! Y ahí cita ya en ese artículo a La Rosca y a mi trabajo y el énfasis en la acción y la práctica. Entonces él estaba en México y en Brasil estaba Paulo Freire, aunque se encontrara en Ginebra...

Aunque no hubo un contacto muy permanente con Freire, sin embargo, estaba la mutua influencia; de uno y otro...

Fals Borda: sí claro, y luego la práctica misma nos obligó a vernos, como cuando apoyamos a la Revolución Sandinista en Nicaragua, fuimos juntos. Luego en África también apareció otra corriente, la finlandesa, con Marja Liisa Swantz, todos en los mismos años, del 69 en adelante; hubo una especie de “telepatía internacional”, coincidencia, Marja Liisa había partido de Finlandia a Tanzania. Ella es socióloga y hoy sigue enseñando en la Universidad de Helsinki. En Tanzania también puso las semillas, es una de las grandes pioneras de la IAP en el mundo. Asia con Rajesh Tandon en la India, México con Stavenhagen y otros, había muchos más en Brasil, en Chile, en Colombia.

Volvamos al Congreso Mundial de Cartagena en el 77...

Fals Borda: una vez descubiertos estos cinco grupos de diversos países, convencimos a la UNESCO de que nos financiara el Congreso, con el Banco de la República de Colombia, ellos dos financiaron el Congreso. Yo tenía una propuesta, mi informe sobre la praxis, capítulo que después pasó al libro *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla*, que luego se tradujo a varios idiomas y enseguida lo reprodujeron en Europa. En Cartagena participó un suizo que se llama Heinz Moser, él después creó un grupo de trabajo en Alemania y Austria para traducir al alemán nuestros trabajos.

De Cartagena salió una discusión sobre investigación militante que llegó a Nicaragua...

Fals Borda: sí, eso de la investigación militante se discutió en Cartagena, fue por iniciativa de los venezolanos, de Roberto Briceño, que todavía está allí en la Universidad Central de Venezuela, es director de investigaciones. La militancia que él tenía en mente era más que todo gramscianismo, pero se interpretó como militancia política, de partido comunista principalmente; lo que produjo resistencia. Entonces se fue bajando el tono hasta llegar a la participación popular, participación ciudadana.

Del Congreso para acá, ¿cuáles han sido los momentos claves de la propuesta de investigación que consideras relevante?

Fals Borda: después de la experiencia de La Rosca está la Revista Alternativa, están los libros que se publicaron en Punta de Lanza. Sí, sacamos buenos libros: *La historia de la cuestión agraria en Colombia*; *La subversión en Colombia*; saqué nuevas ediciones del *Hombre y la tierra en Boyacá* y de *Campesinos de los Andes*, fue un tiempo de escribir, reflexionar y sistematizar. Después vino la Revolución de Nicaragua y los vínculos con el CEAAL (Consejo de Educación de Adultos de América Latina), al mismo tiempo con Freire. En Cartagena hubo mucho educador popular. De ahí en adelante se dio una aproximación entre educación popular,

investigación y ciencias sociales. Eso se expresó en la asamblea mundial de educación de adultos del CEAAL en Buenos Aires en 1985. Allí hubo una discusión muy interesante sobre la participación popular y la investigación. Esa discusión con Rodrigues Brandão de Brasil fue publicada en un libro del Instituto del Hombre, en Uruguay, qué maravilloso ese folleto porque sí resumió el estado de la cuestión hasta ese momento.

¿Y el trabajo de la Historia Doble?

Fals Borda: sí, el último volumen fue en el 86. Ya había vuelto al terreno, estaba en eso, fueron 12 años de trabajo de la Costa. Me mudaba a Mompo, a Sincelejo y a Montería. Fue la época también cuando nos pusieron presos por la persecución al M-19. Yo estaba en Mompo trabajando en la historia local y María Cristina estaba aquí, ella siguió aquí en la Universidad, en el Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Humanas. María Cristina estuvo presa 14 meses y a mí me soltaron a las dos semanas por la presión internacional sobre el presidente Turbay Ayala. Era una montaña de telegramas de todas partes del mundo protestando por mi prisión, entonces Turbay dio la orden de que me soltaran rápido. Pero fue muy maquiavélico, porque me soltó y mantuvo a María Cristina, porque era una forma de castigo.

La década de los 80 para mí fue un poco más de investigación sobre el terreno, pero también de reflexión y de sistematización de la metodología, que da como resultado *La Historia doble de la Costa*, esa sí fue mi *magnum opus*... Fue trabajar en el terreno todo lo que teníamos conceptual y metodológicamente. Eso lo logré poner en el canal b de la *Historia doble*, pero al mismo tiempo nació el movimiento territorial, el ordenamiento territorial. Eso nació con Mompo. En el año 86 se hizo una serie de encuentros regionales, encuentros locales. Estando en Mompo me di cuenta de lo absurdo de las fronteras internas administrativas colombianas, del mapa político. Mompo estaba en el puerto de un río perteneciente a Bolívar y al otro lado del río era el Departamento del Magdalena y las nueve poblaciones del otro lado del río o del lado del Magdalena no pertenecían a Bolívar y eran sucedáneas de Mompo. Sus hijos iban a estudiar a los colegios de Mompo, el mercado principal era en

Mompox, pasaban el río todos los días de ida y vuelta, en fin... Era un espacio al que yo pertenecía social, económica, cultural, educativa y, religiosamente.

Yo decía, este país está muy mal distribuido en sus divisiones territoriales, y empezamos a proponer con los intelectuales locales, los maestros, los profesores de los colegios de Mompox que se constituyera un departamento independiente: departamento del Río, separando secciones de Magdalena, Bolívar y Cesar. Este fue el comienzo del movimiento, con los maestros. Los maestros siguieron siendo mi principal fuente de apoyo político. Por ejemplo, para la votación por mi nombre en la lista del M-19 para la Asamblea Constituyente, el 90% de los maestros de la Provincia de Mompox votaron por mí, ¡el 90%! Entonces allí se levanta una voz de protesta, desde la provincia: ¡queremos un departamento nuevo con provincias autónomas! Se empiezan a hacer una serie de reuniones con los maestros, principalmente en toda la depresión momposina; la primera fue en Mompox, la segunda en Magangué, la tercera en San Marcos y la cuarta en El Banco. Y se levanta una voz poderosísima de los maestros y de los políticos que empezaron a sumarse a este movimiento de independencia, de autonomía de las provincias y se articula un gran encuentro que se hizo en El Banco reuniendo a representantes de todos estos pueblos y de ahí sale, entonces, la consigna de *La Insurgencia de las Provincias*, como título de un libro que yo llevé a la Universidad cuando me restituí en 1988. Fue mi primer libro en el IEPRI (Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional), y la segunda publicación del IEPRI. Ese libro lo señalo porque fue como la chispa que incendió la pradera pidiendo nuevo ordenamiento territorial en Colombia, es la voz de la provincia.

Eso fue lo que lo llevó a la Asamblea Nacional Constituyente, dos años después...

Fals Borda: es que las ideas tienen una dinámica propia, uno las siembra, pero también es lo malo, es lo que estoy viendo en estos momentos con la IAP, porque uno la sembró con la idea de que fuera radical, para cambios radicales de la sociedad, transformación a fondo de las cosas; pero una vez que se establece, se institucionaliza en las universidades, adoptándolas casi en todas partes como parte de la cátedra, entonces como que se castra la idea y ya uno no está como tan

satisfecho.

Vuelto tema de clase se mata el dinamismo que tenía...

Fals Borda: por eso yo he insistido en que la IAP no se debe enseñar en una clase, sino salir al terreno y dándole continuidad en el tiempo, no estar sujeta a las reglas formales de la academia porque eso contradice toda su filosofía. Si la universidad se compromete con los profesores a mantener la continuidad del trabajo en terreno, está bien; y esa es la primera regla que yo he puesto para lo que ahora se llama universidad participativa, que es distinto a la extensión universitaria. Ese es el sentido de la discusión que acabo de plantear a Palacios, el rector de la Universidad, en la carta que yo le mandé. El habla de extensión universitaria como una cosa ahí, de universidad que sale a ver qué pasa, pero sin ningún compromiso. La idea de universidad participativa implica una IAP fiel a las intuiciones del inicio.

¿Qué otros desarrollos han tenido la IAP?

Fals Borda: en realidad se ha ido enriqueciendo la idea desde muchos ángulos. En el ángulo filosófico, está la escuela inglesa con Peter Reason y Hillary Blackbourne, que hablan de la visión participante del mundo, ellos han elaborado esa idea que es bastante comprensiva y que por supuesto orienta. Es una escuela filosófica que va más allá de la escuela fenomenológica de Husserl, de la cual partimos. Ya con la filosofía de la cosmovisión participante nos afirma más todavía en lo que queremos hacer filosóficamente.

Por el otro lado, por la parte práctica, surge la escuela de la investigación acción, la escuela de Sussex en Inglaterra con Robert Chambers, es la aplicación rápida, fácil, facilista de la investigación acción, para resolver problemas concretos, de corto plazo, lo que llaman el Diagnóstico Rápido Participativo – DRP, eso son acciones puntuales. Chambers estuvo en Cartagena en el 97 explicando, no es divergente, es convergente, pero da un aspecto más práctico, incluso fue el puente para que la IAP llegara al Banco Mundial, y el Banco Mundial tuvo que crear un grupo de trabajo interno de participación, para imponer sus reglas de participación popular a los

convenios y contratos que hacía con los gobiernos.

Hoy no hay ningún convenio del Banco Mundial que no tenga la cláusula que tiene que aplicar la IAP o el diagnóstico rápido, empiezan con el diagnóstico y luego siguen con la IAP, si quieren ser consistentes. Y por ese lado se añadió la maravillosa experiencia de los educadores australianos con los aborígenes, que eso fue también una cosa extraordinaria, porque el problema aborígen en Australia era peor que los indios en Colombia, estaban acabando con ese pueblo, esa cultura, hasta cuando estos educadores, Stephen Kemmis y Robin McTaggart, descubren la IAP. ¿Cómo la descubren? Por el libro de “*Por la praxis*”, el artículo mío del libro traducido al inglés, lo traducen a los idiomas aborígenes y llega entonces a la idea de la escuela viva con los profesores aborígenes para transformar la situación existente en el norte de Australia.

Es la investigación acción en la escuela...

Fals Borda: para mí, una rama de eso está en Australia. Además, Kemmis tiene un contacto muy intenso con España. A él lo invitaban cada rato a dictar conferencias sobre este tipo de educación participativa y emancipatoria. Otra consecuencia fue lo que se llamó gestión de procesos, que fue el acercamiento a las empresas y a los economistas, tiene su principal expresión en Noruega. Fue del grupo que llegó a Cartagena desde Escandinavia encabezado por Stephen Toulmin y Bjorn Gustavsen. Ellos acababan de publicar el libro *Más allá de la teoría (Beyond Theory)*, precisamente para llevarlo al congreso del 97.

Los congresos han sido como impulsores de la idea, ahí se plantean elementos innovadores...

Fals Borda: así es. El primero de esa serie fue en Canadá, en Calgary (1984), ahí fue donde yo descubrí lo que estaban haciendo con la IAP en Australia. ¡Llegó una delegación de los aborígenes y salen que ya conocían todo lo nuestro! Eso fue una cosa impresionante. Luego me invitaron a Australia, ¡ahí fue cuando me recibieron los aborígenes y me hicieron hijo del clan, lindo! Me hicieron la ceremonia. Estuve

una semana y me llevaron a pescar con ellos, descendemos conjuntamente de los cocodrilos, me dieron un nombre bellissimo, Gamba, que significa encuentro de aguas, el agua del mar con el agua dulce de los esteros.

Como todas las cosas generan críticas, algunas positivas que llevan a revisar, otras quizás no...

Fals Borda: Sí, una vez que la universidad adoptó la IAP, la primera de ellas fue Calgary en Canadá, empezaron a cooptar la idea, eso corrió con mucha rapidez en Europa y en Estados Unidos.

En esa cooptación de la propuesta por la academia, ¿qué ha pasado?

Fals Borda: sale ganando la empresa, sale ganando la universidad, sale ganando la institución y pierde fuerza la IAP, pero ya es algo que yo no puedo evitar; porque es que uno siembra la semilla y ella toma su propia dinámica, cae en buena tierra, cae en mala tierra, cae en tierra infértil, crece o no crece según esas circunstancias o según los contextos y eso va más allá de las fuerzas de cualquier persona. Cada universidad o cada grupo intelectual tiene todo el derecho de adaptar esa idea a las circunstancias de su propio trabajo, sus necesidades implicativas, transformativas... En estos momentos yo creo que sí hay nuevos desarrollos, que están por esos lados de aplicación; por ejemplo, el Congreso último en Pretoria, ya fue mucho más enfático en gestión de procesos que en la participación popular, distinta a la del Congreso anterior en Australia que enfatizó la participación popular.

Cada Congreso enfatiza algo...

Fals Borda: en Pretoria se enfatiza gestión de procesos, es también una tendencia australiana, en inglés eso se llama *Process Manager*, manejo de procesos o gestión de procesos que es lo administrativo en las instituciones, en las empresas, en los gobiernos, cómo se pone en práctica todas estas ideas en el contexto administrativo, práctico e institucional tradicional.

¿Cuáles serían en este momento los ejes de debate, los puntos claves en los cuales

debería detenerse la investigación?

Fals Borda: bueno, yo en Australia insistí en que uno de los problemas centrales en este momento para los congresos sucesivos era el de la cooptación. ¿Qué significa la cooptación?

¿Qué consecuencias tiene en la teoría y en la práctica? Ese es uno de los focos de debate. Otro sería el de la universidad participante. Porque ya es el reto interno, es decir, la universidad misma transformándose en otra cosa distinta al modelo academicista, alemán, cristiano, del siglo XIX. El impacto de la IAP debe llevar a eliminar las facultades y los departamentos en las universidades. La educación debe hacerse no pensando en la academia sino en el mundo, en la vida, en el contexto. Es educar en los problemas reales. Obliga a transformar las facultades y los departamentos y a hacer estructuras con base en problemas sociales y contextos culturales y no con base en problemas formales de la institución.

Hay un nivel de investigación que tiene que ver con la academia y desde ahí habría que plantearlo...

Fals Borda: pero transformando la academia, lo cual viene a ser una aplicación de la IAP, una autoaplicación interna.

¿Qué otro tema de debate?

Fals Borda: lo tercero sería estudiar realmente si estamos ante un nuevo paradigma o no; yo creo que ya es el momento. En el 77 yo me opuse por razones, digamos, más que todo de prudencia, de modestia, por no hacerle competencia justa a Hegel, a Kant, a Habermas. En Cartagena, en el 77, sí se insistió. Hubo un suizo, Heinz Moser, que habló abiertamente, estamos ante un nuevo paradigma en las ciencias sociales y tenemos que trabajar. Lo dice claramente, pero nunca tuvo repercusión, ahora sí creo que es el momento.

Un paradigma que también tiene que irse revitalizando...

Fals Borda: la idea de la cosmovisión participante de Reason es un paso hacia allá,

hacia ese paradigma alternativo, ya se están dando los pasos, yo lo veo así, y eso va a ser una revolución muy importante en la concepción científica de todas las ciencias, que ya se ve, hasta en la Universidad Nacional. Por ejemplo, los matemáticos; uno diría, bueno, las matemáticas qué tienen que ver con la IAP, pues bastante, hasta el punto de que han propuesto una nueva disciplina: etnomatemáticas. ¿Cuál es el problema de ellos? Cómo enseñar para no asustar, y segundo, cómo comunicar lo que los matemáticos descubren sin la jerga que les aparta del resto de la humanidad. Entonces recibieron algunas indicaciones de que la IAP tenía respuestas a esas preocupaciones y es verdad. El problema de la comunicación y el problema de la enseñanza vital, de la enseñanza comprometida con la realidad.

Lo que Stenhouse llama aprendizaje significativo...

Fals Borda: claro, es que educar es investigar. Ya hay seis grupos en el mundo de etnomatemáticos, entre ellos uno en Colombia, en la Facultad de Matemáticas de la Universidad Nacional. La profesora Myriam Acevedo mandó a sus estudiantes a que pensarán sobre la enseñanza de las matemáticas para los indígenas del Amazonas. Escribieron una tesis magnífica más de antropología que de matemáticas, era para el Magíster en la Facultad de Ciencias, eso fue hace cuatro meses. Me nombraron jurado de la tesis con los matemáticos ¡qué tal eso! Pues aprobaron la tesis y la laurearon. Esto abre una nueva perspectiva y vamos a entrar por ahí, como yo insistí en la continuidad, ya nombraron otro grupo de matemáticos jóvenes para otra tesis en el Amazonas.

La Universidad si quiere aproximarse a la realidad tiene que abrirse a otros ritmos y tiempos...

Fals Borda: miré los síntomas tan positivos en la Universidad Nacional, donde tuve que salirme porque no había ambiente, pero después del 88 cuando regresé se hizo el PRIAC (Programa de Relación de la Universidad Nacional con la Comunidad), que empezó principalmente con trabajadoras sociales y sociólogos. Se montaron a este tren los agrónomos, la medicina, la enfermería, la odontología.

La posibilidad de potenciar la universidad se dio haciendo trabajos al margen de ella, no dentro sino desde fuera.

Fals Borda: ese fue el secreto del asunto, creo que estuvo bien así. Ahora después de viejo, lo veo con calma. Lo más satisfactorio fue el año pasado cuando el decano de la Facultad de Ciencias Humanas me invitó a dar la clase inaugural. Hizo reunir a toda la Facultad de Ciencias Humanas, a todas las disciplinas bajo un mismo techo, a escuchar un profesor. Fue cuando hablé de los nuevos paradigmas, ahí entonces me saqué el clavo y está publicado, porque hicieron un folleto que se agota cada vez que lo sacan y es un capítulo del libro de la “*Crisis colombiana*”, eso me satisfizo mucho. Después vinieron las celebraciones de los 40 años del Departamento de Sociología. Entonces ahí sí los profesores que estaban allí hablaron de la IAP.

La propuesta está ahora en manos de otra gente que la seguirá enriqueciendo...

Fals Borda: aunque yo creo que esa evolución en Ciencias Humanas se debió más a la presión de los estudiantes que a la de los profesores, más de abajo para arriba. Son profesores nuevos, no eran de mi generación, son profesores excelentes, muy preocupados por las cosas como Gabriel Restrepo. Él ha sido de los grandes profesores de la evolución interna en la Facultad de Sociología.

ORLANDO FALS BORDA

Sociólogo, investigador e historiador colombiano. Uno de los creadores de la Investigación Acción Participativa como paradigma alternativo de las ciencias sociales en América Latina. Fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia junto con Camilo Torres Restrepo. Fue el segundo presidente del Consejo de Educación de Adultos de América Latina – CEAAL, después de Paulo Freire.

Entre sus principales obras están:

Campeños de los Andes (1955)

Revolución inconclusa en América Latina (1970)

Ciencia propia y colonialismo intelectual (1970)

Conocimiento y poder popular (1985)

Historia doble de la Costa (1979-1986)

Por la praxis: cómo investigar la realidad para transformarla (1994)

Cómo investigar la realidad para transformarla	Título
Fals-Borda, Orlando - Autor/a;	Autor(es)
Una sociología sentipensante para América Latina	En:
Bogotá	Lugar
Siglo del Hombre Editores CLACSO	Editorial/Editor
2009	Fecha
Acción política; Saber popular; Empirismo; Conocimiento científico; Investigación; Proletariado; Sujeto; América Latina;	Temas
Capitulo de Libro	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20160308051848/09como.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) Conselho

Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO) Latin American

Council of Social Sciences (CLACSO) www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



CÓMO INVESTIGAR LA REALIDAD PARA TRANSFORMARLA¹

Son relativamente pocas las ocasiones de confrontar directamente, en el curso de la vida, procesos fundamentales de transformación social. Es nuestro privilegio, como generación, la de vivir este proceso hoy día, y hacerlo con las ventajas y desventajas que ofrece el desarrollo contemporáneo. Es también nuestra responsabilidad, como pertenecientes a una comunidad de científicos, saber interpretar esta transformación y derivar datos adecuados para entenderla con el objeto de ayudar a construir el futuro.

Cómo combinar precisamente lo vivencial con lo racional en estos procesos de cambio radical, constituye la esencia del problema que tenemos entre manos. Y éste, en el fondo, es un problema ontológico y de concepciones generales del que no podemos excusarnos. En especial, ¿qué exigencias nos ha hecho y nos hace la realidad del cambio en cuanto a nuestro papel como científicos y en cuanto a nuestra concepción y utilización de la ciencia? Porque, al vivir, no lo hacemos sólo como hombres, sino como seres preparados para el estudio y la crítica de la sociedad y el mundo. Nuestras herramientas especiales de trabajo han sido y son mayormente los marcos de referencia y las técnicas con las que sucesivas generaciones de científicos han intentado interpretar la realidad. Pero bien sabemos que estas herramientas de trabajo no tienen vida propia, sino que toman el sentido que les demos, con sus respectivos efectos en

¹ Texto extraído de “Introducción” al libro *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla*, Bogotá, Tercer Mundo, 1979, pp. 11-57 (2ª edición, 1983; 3ª edición, 1986).

variados campos de la vida y del conocimiento. De allí que no podamos desconocer el impacto social, político y económico de nuestros trabajos, y que, en consecuencia, debamos saber escoger, para nuestros fines, aquello que sea armónico con nuestra visión de la responsabilidad social. Así mismo se satisface también nuestra vivencia.

Estos problemas filosóficos, de concepción del trabajo y de articulación teórica, se han sentido de manera constante y, a veces, angustiada, en la experiencia colombiana que un número de investigadores sociales hemos vivido y tratado de racionalizar en los últimos años (1970-1976). El que sólo ahora se pueda articularlos con alguna especificidad es, en sí mismo, parte del proceso vivencial-racional que hemos recorrido. Ello no es demostración alguna de que hayan quedado resueltos o superados los problemas descritos; pero, consecuentes con nuestras ideas, queremos compartir estas preliminares reflexiones —que son también un balance de nuestra experiencia— en aras de una discusión que se nos sigue haciendo necesaria e inevitable. Es ya una discusión a escala mundial, porque las preocupaciones aquí esbozadas sobre el caso colombiano se multiplican casi dondequiera que se ha intentado, desde hace varias décadas, promoviendo conscientemente cambios revolucionarios, para verlos luego frustrados o tomando direcciones inesperadas o contrarias. Se trata, pues, de un problema teórico-práctico de suma gravedad y urgencia. No es indispensable detallar la naturaleza de la experiencia colombiana de “investigación-acción” (“estudio-acción”), que es tema de la parte específica de este trabajo, ya que ha sido motivo de varias publicaciones y amplia controversia nacional e

internacional². Para fines del presente estudio, baste con señalar, a grandes rasgos, las siguientes características pertinentes:

El esfuerzo de investigación-acción se dirigió a comprender la situación histórica y social de grupos obreros, campesinos e indígenas colombianos, sujetos al impacto de la expansión capitalista, es decir, al sector más explotado y atrasado de nuestra sociedad.

1. Este trabajo implicó adelantar experimentos muy preliminares, o sondeos, sobre cómo vincular la comprensión histórico- social y los estudios resultantes, a la práctica de organizaciones locales y nacionales conscientes (gremiales y/o políticas) dentro del contexto de la lucha de clases del país.
2. Tales experimentos o sondeos se realizaron en Colombia en cinco regiones rurales y costaneras, y en dos ciudades, con personas que incluían tanto profesionales o intelectuales comprometidos en esta línea de estudio-acción como

² Varias instituciones colombianas realizaron experiencias de investigación-acción desde 1970, pero la más conocida, por diversas razones, fue la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social (1970-1976), a la cual perteneció el presente autor. Entre sus publicaciones más influyentes o difundidas: Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, Ciencia popular, causa popular, Bogotá, 1972; Cuestiones de metodología aplicada a las ciencias sociales, Bogotá, 1974; La verdad es revolucionaria, Bogotá, 1974 y “La Rosca de investigación se retira de Alternativa del Pueblo”, en Alternativa del Pueblo, N° 28, 17 de marzo-30 de abril, Bogotá, 1975. Debe distinguirse la “investigación-acción” de la “investigación militante”, que es aquella realizada por cuadros científicos dentro de marcos partidistas y sujetos a las pautas y necesidades de su respectiva organización.

cuadros del ámbito local, especialmente de gremios.

3. Desde su iniciación, el trabajo fue independiente de cualquier partido o grupo político, aunque durante el curso de este se realizaron diversas formas de contacto e intercambio con aquellos organismos políticos que compartían el interés por la metodología ensayada.

Además, con esta experiencia se trató de responder, en la práctica, a la inquietud que el autor había hecho en años anteriores (desde 1967) sobre el “compromiso” de los científicos colombianos (y de los intelectuales en general) ante las exigencias de la realidad del cambio social.

Aunque estos ensayos de investigación-acción no fueron siempre coherentes y padecieron de inevitables errores, destacaron pautas que merecen recogerse y analizarse. Generaron fracasos y altibajos, incomprensiones y persecuciones, estímulos y polémicas. Por lo mismo conviene evaluar la experiencia resultante para medir lo que representa dentro del proceso de transformación radical, que es el sino de nuestra generación y también de las que siguen. Porque tratar de vincular el conocimiento y la acción —la teoría y la práctica—, como en el castigo de Sísifo, es un esfuerzo permanente e inacabado de comprensión, revisión y superación sobre una cuesta sin fin, difícil y llena de tropiezos.

Es la cuesta que el hombre ha venido transitando desde que el mundo es mundo.

Para evitar discusiones innecesarias, conviene establecer desde el principio las bases gnoseológicas del presente trabajo, que pueden resumirse de la siguiente manera:

1. El problema de la relación entre el pensar y el ser —la sensación y lo físico— se resuelve por la observación de lo material que es externo a nosotros e independiente de nuestra conciencia; y lo material incluye no sólo lo constatable de la naturaleza sino también las condiciones fundamentales, primarias, de la existencia humana.
2. El problema de la formación y reducción del conocimiento no se resuelve diferenciando los fenómenos de las cosas-en-sí, sino planteando la diferencia entre lo que es conocido y lo que todavía no se conoce. Todo conocimiento es inacabado y variable y queda sujeto, por lo mismo, al razonamiento dialéctico; nace de la ignorancia, en un esfuerzo por reducirla y llegar a ser más completo y exacto.
3. El problema de la relación entre el pensar y el actuar se resuelve reconociendo una actividad real de las cosas a la cual sólo se adviene por la práctica que, en este sentido, es anterior a la reflexión; allí se demuestra la verdad objetiva, que es la materia en movimiento.
4. El problema de la relación entre forma y contenido se resuelve planteando la posibilidad de superar su indiferencia por la práctica y no sólo por el comportamiento intuitivo o contemplativo; toda cosa se da como un

complejo inextricable de forma y contenido; de allí que la teoría no pueda separarse de la práctica, ni el sujeto del objeto.

CIENCIA Y REALIDAD

Aunque fue en 1970 cuando se concibieron formalmente los trabajos de campo entre obreros, campesinos e indígenas colombianos en la modalidad de la investigación-acción, ya desde antes se venían experimentando dificultades teóricas y metodológicas: no satisfacían los marcos de referencia ni las categorías vigentes en los paradigmas normales de la sociología que se habían recibido de Europa y Estados Unidos. Muchos los hallábamos en buena parte inaplicables a la realidad existente, viciados ideológicamente por defender los intereses de la burguesía dominante, y demasiado especializados o parcelados para entender la globalidad de los fenómenos que se encontraban a diario³.

Sin entrar a discutir las razones de este rechazo —que son motivo de otros ensayos y que, en general, se conocen ya bastante en la literatura científica reciente—⁴ la experiencia acumulada en los

³ Véase O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Bogotá, 1976. Sobre los paradigmas de la ciencia hemos seguido las teorías de T. Kuhn (*The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, 1970, pp. 23, 187-281), especialmente en cuanto tienen que ver con la formación del conocimiento y la instauración de nuevos paradigmas (“ciencia extraordinaria”).

⁴ A. Solari, R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, 1976; R. Cortés, *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, 1970; A. Quijano, “Alternativas de las

últimos años indica que había causas profundas del mismo relacionadas con los conceptos de *ciencia* y *realidad* que se estaban manejando y que, en ese momento inicial, no se alcanzaban a ver todavía en toda su magnitud y trascendencia. Estudiaremos ahora algunas de estas implicaciones.

SOBRE LA CAUSALIDAD

Recordemos una vez más cómo se había insistido en los textos y en las aulas que la sociología podría ser ciencia natural positiva, pautada al estilo de las ciencias exactas, en la que se debían cumplir las reglas generales del método científico de investigación. Estas reglas son las que en su día le había transferido Durkheim de las ciencias experimentales, y que había popularizado Pearson (y más recientemente Popper) dentro de esquemas fijos de acumulación científica, validez, confiabilidad, inducción y deducción⁵. En esencia, se creía que el mismo concepto de causalidad podría aplicarse así en las ciencias naturales como en las sociales, es decir, que había causas reales análogas tanto en una como en otras y que éstas podían descubrirse de manera independiente por observadores idóneos, aun de manera experimental o controlada.

ciencias sociales en América Latina”, en *Desarrollo Indoamericano*, año 6, N° 21, octubre de 1973, pp. 45-48; J. Graciarena, *Observers or participants?*, IX Congreso Mundial de Sociología, Toronto, 1974, y T. Bottomore, *Crisis and Contention in Sociology*, Londres, 1975.

⁵ E. Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, Burdeos, 1895; K. Pearson, *The Grammar of Science*, Londres, 1892 y K. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, 1959.

El trabajo de campo realizado en las regiones escogidas, especialmente en la primera etapa, reflejó esta orientación positivista, que se expresó de manera consciente —en cuanto a la aplicación de algunas técnicas formales— y también inconscientemente, porque los procedimientos salían desde su origen condicionados por el paradigma positivista sin caer en cuenta de sus posibles consecuencias deformantes para el análisis⁶.

Las principales perplejidades que fueron rompiendo el paradigma normal conocido surgieron del estudio de los movimientos sociales. Éstos, según los cánones positivistas, pueden ser respuestas a impulsos aplicados en determinados sectores del sistema social; o son efecto de situaciones patológicas susceptibles de mejoramiento en sus fuentes, que pueden ser individuales o grupales. Así se justificaban teóricamente campañas de reforma social propiciadas por la burguesía dominante, como la acción comunal, la defensa civil, la beneficencia y el reparto de tierras en granjas familiares, todo dentro del contexto político-social existente.

Pero el estudio más profundo e independiente de los problemas económicos y sociales dejaba traslucir una red de causas y efectos sólo explicable a través de análisis estructurales que se

⁶ En efecto, como señala Lukács, había desde la fuente cierto acondicionamiento producido por el ideal cognoscitivo de las ciencias naturales que, al aplicarse al desarrollo social, se convertía en un arma ideológica de la burguesía. Véase G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, 1975.

salían de las pautas mecanicistas y organicistas acostumbradas, esto es, del paradigma vigente. No podían aplicarse allí los mismos principios causales de las ciencias naturales, evidentemente, porque la materia prima que se manejaba pertenece a una categoría ontológica distinta, que tiene cualidades propias⁷. Se confrontaban hechos y procesos de concatenación circular o espiral, en sistemas abiertos que iban alimentando su propio desenvolvimiento y su propia dinámica, muchas veces como profecías que imponían mecanismos para su propia confirmación, en formas de causación no encontradas en la naturaleza, donde predominan sistemas cerrados y donde el principio de la acción y reacción es más simple y directo⁸. En todo caso, se vislumbraba un universo de acción vinculado a las causas que el paradigma vigente no anticipaba de modo conveniente, o que, más correctamente, dejaba en la penumbra del conocimiento.

⁷ Un principio tan obvio como fácil de olvidar, a pesar de las razones claras y elementales expuestas por epistemólogos como Rickert, cuando habla de una “oposición material (real)” entre naturaleza y cultura, para explicar la vieja distinción entre “ciencia de la naturaleza” y “ciencia del espíritu”, lo cual le llevó a reconocer una “oposición formal” entre el método naturalista y el método histórico que él consideraba propio de la ciencia cultural (H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, 1943, pp. 46-47). Véanse las reservas que hace al respecto L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, Bogotá, 1976, pp. 37-38.

⁸ Esta tesis se había venido enfatizando ya en algunas escuelas, y desde Marx, para el estudio de la sociedad humana y de la cultura; recuérdese cómo Karl Marx, en el “Prefacio” a la primera edición de *El Capital*, al compararse con los físicos, subraya que la sociedad no es un “cristal fijo” sino una entidad que hay que ir “entendiendo continuamente en el proceso de transformación”. Véase también su Carta a Mikhailovsky sobre el método histórico de investigación (1877).

Esta penumbra era, precisamente, lo más interesante para el trabajo, y exigía que se le dirigiera la atención. Al hacerse así, lo que pareció dibujarse en ella fue un reflejo del principio hegeliano: “El viviente no deja que la causa alcance su efecto”⁹. De modo que, a las anteriores dimensiones conocidas de multicausalidad, circularidad y autoconfirmación en lo social se añadía, entonces, otro elemento de volición que llevaba a tomar en cuenta lo fortuito o lo aleatorio en el hombre, especialmente en situaciones de coyuntura como las que se experimentaban en las regiones escogidas para la experimentación activa.

No se trata aquí de un azar ciego y mecánico sujeto a reglas matemáticas en un universo homogéneo, como se aplica en las ciencias exactas; sino de un elemento aleatorio humano condicionado por tendencias anteriores o limitado a cierta viabilidad dentro de opciones de acción. Como en lo social el antecedente inmediato de la acción es volitivo, la acción no va determinada en sentido único, sino que tiene una determinación múltiple dentro del proceso o marco en el cual adquiere sentido¹⁰. La determinación múltiple, con ese abanico de opciones dentro de una coyuntura (posibilidades que se cierran al abrirse otras), explicaría por qué la historia no se repite, por qué sus procesos no son inevitables, excepto quizás en formas

⁹ F. Hegel, 1974, II, pp. 497-498.

¹⁰ Tal es el “principio del impulso” A-B adaptado por Lenin al discutir las tesis de J. Petzoldt, para explicar las diferentes opciones D.C.F., que pueden tomarse en la realidad, lo que se explicaría distinguiendo entre “lo fortuito y lo necesario” en la acción social: V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Madrid, 1974, pp. 152-164. (Agradezco a René Zavaleta haber llamado mi atención sobre este aspecto del planteamiento leninista).

muy largas y lentas. Dentro de una tendencia histórica o proceso de mediano o corto plazo, todo es posible: la determinación múltiple y la volición hacen que ocurran vaivenes, como los avances, saltos y retrocesos que se observaban en la realidad de las regiones. De allí la incidencia de protagonistas concretos y los giros singulares que éstos imponían en las campañas de los grupos regionales de base. Así se entendía también la naturaleza última de la relación entre lo táctico y lo estratégico —la construcción consciente de la historia hacia el futuro—, problema que surgía en el trabajo de campo de manera cotidiana, pero sin poderlo entender bien, y mucho menos manejar, en todas sus implicaciones. Toda esta problemática de la causalidad fue llevando a cuestionar la orientación del trabajo regional y las herramientas analíticas disponibles. Hasta allí se había procedido de manera rutinaria. La experiencia fue indicando que la validación de los efectos del trabajo sólo podía hacerse, de manera definitiva, mediante el criterio de la acción concreta, esto es, que la causa última tenía una dimensión teórico-práctica. Lo aleatorio de la acción social que se veía día a día quedaba al fin y al cabo sujeto al marco de la praxis, como explicaremos más adelante.

SOBRE LA CONSTATACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Otro resquebrajamiento del paradigma normal se produjo con la transferencia de la noción sobre constatación científica de las ciencias naturales a las sociales.

Un primer aspecto fue el de la observación experimental. A diferencia del observador naturalista, se sabe que en las disciplinas sociales el observador forma parte del universo por observar. Esta condición especial había sido oscurecida por los cánones positivistas sobre la “objetividad” y la “neutralidad” en la ciencia, con la consecuencia de que algunas técnicas de campo como la “observación participante” y la “observación por experimentación” (muy conocida entre antropólogos) tendían a conservar las diferencias entre el observador y lo observado. Además, tales técnicas “neutrales” dejaban a las comunidades estudiadas como víctimas de la explotación científica¹¹.

Como una posible alternativa, desde antes se había propuesto la “inserción en el proceso social”. En este caso se exigía del investigador su plena identificación con los grupos con los cuales entraba en contacto, no sólo para obtener información fidedigna, sino para contribuir al logro de las metas de cambio de esos grupos. Se diferenciaba así esta técnica de las anteriores en que se reconocía a las masas populares un papel protagonista, con la consiguiente disminución del papel del intelectual-observador como monopolizador o contralor de la información científica¹². En segundo lugar, aunque el propósito del trabajo investigativo era obtener y

¹¹ En esta misma categoría situamos los intentos de la “antropología de la acción” propuesta en la década de 1960 por Sol Tax, y, en parte, los ensayos de “etnometodología” realizados por H. Garfinkel, aunque de éste son dignas de recogerse las premisas prácticas que retan o condicionan la “ciencia normal” de su época. Véase el interesante artículo de P. Freund y M. Abrams, *Ethnomethodology and Marxism Theory and Society*, vol. 3, N° 3, 1976, pp. 377-393.

¹² Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, 1968, tomo III, p. 119.

entender mejor la ciencia y el conocimiento a través del contacto primario con los grupos populares de base, como fuente promisoría, los resultados de esta variación en el paradigma resultaron decepcionantes. La inserción del investigador en el proceso social implicó la subordinación de aquél a la práctica política condicionada por intereses inmediatos, y el conocimiento alcanzado fue más de perfeccionamiento y confirmación de éste que de innovación o descubrimiento. Aunque, como veremos más adelante, el sentido común o saber popular es valioso y necesario como fundamento de la acción social, no se vio cómo podía articularse éste al conocimiento científico verificable que se buscaba, para orientar las campañas de defensa de los propios intereses populares.

Finalmente se advirtió que el conocimiento científico verificable resultaba más bien de las abstracciones que se hacían en seminarios cerrados y de las discusiones que se sostenían entre colegas del mismo nivel intelectual, así como del propio estudio de la literatura crítica. En esto no se descubrió nada nuevo, aunque las expectativas iniciales sobre las posibilidades de derivar conocimiento científico directamente del contacto con las bases habían sido grandes. Volveremos a este tema cuando tratemos las “categorías mediadoras específicas” y el papel de los grupos populares de referencia

SOBRE EL EMPIRISMO

La práctica permitió constatar también que el investigador consecuente puede ser al mismo tiempo sujeto y objeto de su

propia investigación y experimentar directamente el efecto de sus trabajos (véase la parte final de este estudio); pero tiene que enfatizar uno u otro papel dentro del proceso, en una secuencia de ritmos en el tiempo y el espacio que incluyen acercarse y distanciarse por turnos de las bases, acción y reflexión¹³. Al buscar la realidad en el terreno, lo que le salva de quedar por fuera del proceso es su compromiso con las masas organizadas, es decir, su inserción personal. Las masas, como sujetos activos, son entonces las que justifican la presencia del investigador y su contribución a las tareas concretas, así en la etapa activa como en la reflexiva.

No podía, pues, haber lugar en este trabajo a la experimentación social tradicional para hacer ciencia e interpretar la realidad, en tales condiciones, sino al involucramiento personal y la inserción por ritmos. Las técnicas quedaban subordinadas a las lealtades a los grupos actuantes y a las necesidades del proceso: resultó importante tener conciencia de “para quién” se trabajaba. Así, no se rechazaron técnicas empíricas de investigación usualmente cobijadas por la escuela clásica, como la encuesta, el cuestionario o la entrevista, por ser positivistas (sólo los grupos extremistas confundieron erróneamente el empirismo con el positivismo); sino que recibieron un nuevo sentido dentro del contexto de la inserción con los grupos actuantes. Por ejemplo, no podía haber lugar a la

¹³ “Practicar, conocer, practicar otra vez y conocer de nuevo. Esta forma se repite en infinitos ciclos y, con cada ciclo, el contenido de la práctica y del conocimiento se eleva a un nivel más alto. Ésta es la teoría materialista dialéctica del conocimiento [...] y de la unidad sobre el saber y el hacer” (Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, op. cit., tomo I, p. 331).

distinción tajante entre entrevistador y entrevistado que dictaminan los textos ortodoxos de metodología: había que transformar la entrevista en una experiencia de participación y consenso entre el dador y el receptor de la información, en la cual ambos se identificaran en cuanto a la necesidad y fines compartidos de esa experiencia. Por eso, en el texto mimeografiado que se preparó en 1974 (“Cuestiones de metodología...”, ya citado), se dedica un capítulo a las técnicas empíricas de medición estadística, conteo, análisis y organización del material, que se juzgaron necesarias para comprender la realidad en los ámbitos local y regional.

Este esfuerzo de participación en el estudio puede denominarse *empírico* en el buen sentido, esto es, busca ajustar herramientas analíticas a las necesidades reales de las bases y no a las de los investigadores¹⁴. Así, obviamente las técnicas desarrolladas por las ciencias sociales tradicionales no todas resultan de rechazar (como algunos pretendieron), sino que pueden utilizarse, perfeccionarse y convertirse en armas de politización y educación de las masas. Que esto es posible, la experiencia colombiana en inserción (y en “autoinvestigación”, como veremos más adelante) también tiende a demostrarlo. Pero hay que poner en su contexto conformista, y reconocer sus limitaciones, a aquellas técnicas

¹⁴ No hay que dejarse confundir en cuanto al “empirismo” ciego. Este problema fue aclarado por el mismo Marx en 1880, con su “Encuesta obrera”. Por ejemplo, los cuestionarios adecuados pueden ser, al mismo tiempo, elementos de politización y de creación de conciencia de clase, como pudo hacerlo Marx en el fraseo de sus preguntas. Véase T. Bottomore y M. Rubel, *Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Londres, 1968, pp. 210-218.

empíricas derivadas del paradigma normal que cosifican la relación social, creando un perfecto divorcio entre sujeto y objeto de investigación, es decir, manteniendo la asimetría en las relaciones entre entrevistador y entrevistado (como en las encuestas de opinión). Más aún: se admite ya que deben rechazarse tales técnicas, cuando estos ejercicios se convierten en armas ideológicas a favor de las clases dominantes, y en formas de represión y control de las clases pobres y explotadas, como sigue ocurriendo con frecuencia.

SOBRE LA REALIDAD OBJETIVA

Las pautas positivistas habían exigido “cortes seccionales” como aproximaciones a la realidad, de nuevo en ilógica imitación de las técnicas de muestreo muy desarrolladas en las ciencias exactas. Así se derivaban “hechos” mensurables con los cuales se reconstruía mentalmente, pedazo a pedazo, el mosaico de la sociedad. Sin negar la importancia de la mensura en lo social cuando ésta se justifica, en el terreno pudo verse cómo estos “hechos” quedaban amputados de su dimensión temporal y procesal. Pero esta dimensión temporal era parte fundamental de la propia realidad de los “hechos” observados. Era su porción dinámica, viva, la que precisamente debía comandar el mayor interés, porque corría ante los ojos de los investigadores la realidad objetiva de materia y movimiento que buscan los científicos como causa final de las cosas¹⁵.

¹⁵ Éste es un postulado tan antiguo como el mismo conocimiento humano,

La realidad objetiva aparecía como “cosas en sí” que se movían en la dimensión espacio-tiempo y que venían de un pasado histórico condicionante. Se convertían en “cosas para nosotros” al llegar al nivel del entendimiento de los grupos concretos, tales como los de la base en las regiones. Así ocurrió con conceptos generales conocidos, como *explotación*, *organización* e *imperialismo*, por ejemplo, que, entendidos empíricamente o como sensaciones individuales por campesinos e indígenas, pasaban a ser reconocidos racionalmente y articulados ideológica y científicamente, por primera vez por ellos, en su contexto estructural real. Uno de los dirigentes campesinos que plasmaron formalmente su ideología, logró explicar en términos de “lucha inconsciente de clase” determinadas pautas tradicionales de la conducta de los terrajeros, clase a la que pertenecía. Y el recuerdo de la organización campesina que se había dado en una región hacía casi medio siglo resurgió como “cosa para nosotros” una vez que se tradujo al contexto de las confrontaciones actuales y los viejos luchadores fueron resituados en el proceso histórico vivo.

Esta transformación de “cosas en sí” en “cosas para nosotros”,

primero articulado por la filosofía griega y revivido por Descartes. Hoy lo confirman muchos pensadores y científicos naturales. La misma tesis fue replanteada por Engels como la “ley del movimiento”, cuya ciencia es la dialéctica en el desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento (véase F. Engels, *Anti-Dühring*, Chicago, 1935, pp. 144-145; V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., pp. 166-166, 251). Estos principios derivan más de Aristóteles que de Newton, pero no son por ello menos vigentes o actuales.

según Lenin, “es precisamente el conocimiento”¹⁶. El nivel de conocimiento de la realidad objetiva en las regiones donde se trabajó subió algo, gracias a esta transformación. No subió más porque este esfuerzo de búsqueda y creación de conocimiento quedó frustrado, en parte, por la utilización consciente o inconsciente del aparato conceptual del paradigma vigente. De allí que todo el sentido de la implicación de aquella transformación de “cosas en sí” en “cosas para nosotros” para entender la realidad objetiva, sólo vino a esclarecerse cuando se cuestionaron así mismo las ideas tradicionales que había sobre la vigencia de leyes, la función de conceptos y el uso de definiciones en la ciencia. Aquel principio de aleatoriedad condicionada con el cual reexaminamos los procesos causales no fue poco para transformar ideas fijas sobre lo heurístico y el armazón conceptual de la ciencia social, como veremos en seguida.

SOBRE LOS CONCEPTOS

Con frecuencia tendemos a absolutizar las leyes y los conceptos, y a convertir las definiciones en dogmas, esto es, a hacer de la teoría un “fetiche” como objeto de culto supersticioso y excesivo. Así ocurrió en las experiencias descritas, con el resultado de que se oscurecía o deformaba la realidad. No fueron pocos los casos en

¹⁶ V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., pp. 110, 111, 179. Lukács recuerda que estas categorías kantianas, al ser tomadas por Hegel, no se contraponen, sino que son “correlatos necesarios”; en lo que coloca en su propio contexto lo que, basado en Engels, sostiene Lenin. Véase G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 179; F. Hegel, *II*, pp. 464, 479, sobre la realidad.

los cuales los investigadores, por falta de claridad en los marcos de referencia y rigidez conceptual y de métodos, querían ver en el terreno, como con vida propia, leyes tales como la de la “reproducción ampliada en la expansión capitalista” y la de la “correspondencia entre estructura y superestructura”, o aplicar fácilmente conceptos complejos como *autogestión* y *colonialismo*, o confirmar definiciones amplias como las de *sector medio*, *latifundio* y *dependencia*, para hallar que, naturalmente, salieron mediatizadas, incompletas, deformes y, a veces, contradichas en la práctica. En el caso de las definiciones, muchas resultaron tautológicas, es decir, imposibles de concebir sin sus componentes reales dados, con lo cual poco se ganó en poder de análisis¹⁷. Esta mala situación teórica se empeoró por el efecto obsesivo de los eslóganes y las doctrinas prefabricadas, con su propio juego de leyes, conceptos y definiciones absolutas, que como fetiches saltaban también en los movimientos populares y políticos en las regiones estudiadas. Resultaba demasiado fácil adoptar interpretaciones de otras épocas, formaciones sociales y coyunturas políticas distintas a las que en realidad se encontraban. Y esto a la larga no podía ser positivo para ganar conocimiento ni para una acción política eficaz,

¹⁷ Es posible que éste sea un defecto intrínseco de toda definición, que la hace incorregible cuando cambian los marcos de referencia; en este caso, todo debe caer junto con las definiciones. Véase lo ocurrido en las ciencias físicas (T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions, op. cit.*, pp. 183-184). Hegel había señalado cómo la definición “reduce la riqueza de las múltiples determinaciones de la existencia intuida a los momentos más simples”, así como otros limitantes que con frecuencia se olvidan (F. Hegel, II, pp. 700-701).

lo cual es ampliamente aceptado¹⁸.

Pero no estamos constatando aquí nada nuevo: en efecto, los conceptos, las definiciones y las leyes, aunque necesarios para ligar la realidad observada con la articulación intelectual, es decir, para fundamentar las representaciones de la realidad, tienen un valor limitado y circunscrito a contextos determinados para explicar eventos y procesos. Decía Rickert: “De los conceptos no podemos recoger y sacar más que lo que hemos puesto en ellos”¹⁹y, con ellos, “no podemos hacer otra cosa que echar puentes sobre el río caudaloso de la realidad, por diminutos que sean los ojos de esos puentes”²⁰. Marx ya había sugerido que cada período histórico puede tener sus propias leyes²¹, y Lenin había escrito que “la ley no es más que una verdad aproximada” constituida por verdades

¹⁸ Véase el análisis convergente que de este problema de la falta de coincidencia entre agrupaciones políticas radicales y la visión científica global del desarrollo presenta C. Moura en *Sociología de la praxis*, México, 1976. La feticchización es evidente cuando los grupos o partidos políticos empiezan a buscar a todo trance el “Palacio de Invierno” en los contextos locales, sacrificándolos a fines meramente tácticos, etc.

¹⁹ H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, 1943, pp. 69, 200;

F. Hegel, II, pp. 516, 700.

²⁰ T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., p. 149, muestra el peso del aparato conceptual y del vocabulario en la reformulación de relaciones dentro de nuevos paradigmas, con su consecuente aplicación a la realidad. Y otro autor crítico nos recuerda que “los conceptos, al igual que las percepciones, son ambiguos y dependen de las anteriores experiencias de la persona, de su educación, de las condiciones generales del medio”, así como del vocabulario y del “idioma observacional” (P. Feyerabend, *Contra el método*, Barcelona, 1974, pp. 66, 619, 125-126).

²¹ Karl Marx, palabras finales a la segunda edición alemana de *El Capital*, 1973; y “Prefacio” a la primera edición alemana de *El Capital*, parte final, 1867. Hay que subrayar que el propósito de Marx era “descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad moderna”, en sus propias palabras, y no una ley general o eterna.

relativas²². La dogmatización debía quedar así proscrita de sus obras y de las de sus seguidores más consecuentes.

Así como no resultó conveniente esperar a trabajar con conceptos estables o permanentes que dieran siempre una descripción “correcta, completa y objetiva” de los hechos, hubo de buscarse soluciones teóricas alternas que permitiesen aproximarse mejor a la realidad para entenderla y transformarla. La respuesta más adecuada la ofreció el método dialéctico aplicado en pasos alternos y complementarios, así: a) propiciando un intercambio entre conceptos conocidos, o preconceptos, y los hechos (o sus percepciones) con observaciones adecuadas en el medio social; b) siguiendo con la acción a nivel de base para constatar en la realidad del medio lo que se quería conceptualizar; c) retornando a reflexionar sobre este conjunto experimental para deducir conceptos más adecuados u obtener mejores luces sobre viejos conceptos o teorías que así se adaptaron al contexto real; y d) volviendo a comenzar el ciclo de investigación para culminarlo en la acción.

Estos pasos y ritmos podían ejecutarse *ad infinitum*, como lo veremos otra vez en la sección dedicada a la praxis y el

²² “Cada fase del desarrollo de la ciencia añade nuevos granos a esta suma de verdad absoluta; pero los límites de la verdad de cada tesis científica son relativos, tan pronto ampliados como restringidos por el progreso ulterior de los conocimientos” (V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, *op. cit.*, pp. 126-127). Sin embargo, Lenin (inspirado en Engels) no dejó de sostener la existencia de “leyes objetivas” en la naturaleza, como la de las estaciones, pero éstas son más bien procesos causales o necesidades naturales. Las tesis sobre la verdad absoluta y relativa fueron también adoptadas por Mao Tse-tung en *Sobre la práctica*, Pekín, 1968, p. 330.

conocimiento²³.

Se sabe que esta forma de trabajar dialécticamente puede evitar que las categorías nuevas se vayan acomodando a formas viejas de pensamiento, lo cual es indispensable en la creación de nuevos paradigmas²⁴. Es lo que ocurre hasta en las ciencias naturales, pues allí también los datos van surgiendo condicionados al medio social en que se forman. Se apela entonces a planteamientos *ad hoc* que tratan de explicar las áreas no cubiertas por los paradigmas existentes o que dirigen la atención a las porciones oscuras de las explicaciones teóricas vigentes, que en muchos casos pueden ser extensas y significativas²⁵. En los casos colombianos, muchos de estos planteamientos *ad hoc* se derivaron de un análisis preliminar del materialismo histórico —como veremos en seguida—, pero tratando de no dejarse esclavizar por sus conceptos más específicos o por sus definiciones más corrientes, aunque hubo el peligro de que algunos vieran allí un fatal “revisionismo”.

SOBRE LA CIENCIA SOCIAL CRÍTICA

En este limitado esfuerzo por adquirir conocimiento válido y útil a la vez, surgió finalmente otro factor que no era nuevo, sino reiterativo: la dimensión del “hecho” como proceso histórico, que la realidad es un “complejo de procesos”. Reconfirmamos por enésima vez

²³ F. Hegel, I, p. 50.

²⁴ P. Feyerabend, *Contra el método*, *op. cit.*, pp. 38-40.

²⁵ T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, *op. cit.*, pp. 13, 83, 152, 153, 172; J. Bernal, *Historia social de la ciencia*, Barcelona, 1976: I, 415, 417, 424, 427).

que, en lo social, no puede haber realidad sin historia: los “hechos” deben completarse con “tendencias”, aunque éstas sean categorías distintas en la lógica²⁶.

Como era de esperarse, las tendencias o procesos aparecían simplemente como actos sucesivos válidos para contextos inmediatos, que podían eslabonarse unos a otros para dar dirección a un cambio y sentido a una transformación social de mayor alcance. Había tendencia en las tomas de tierras, por ejemplo, hacia un desafío a fondo de la estructura latifundista tradicional; y este desafío podía llevar, a su vez, a trastocar los basamentos del poder político local y regional. Siendo que estas tendencias venían del pasado (aunque, evidentemente, otras se iniciaron en estos años de experiencia), su comprensión no era posible sin adentrarse en la historia, y mucho menos se sentía nadie capacitado para proyectarlas al futuro sin entender lo que venía del ayer mediato e inmediato.

La adición definitiva de la historia en este esquema para comprender la realidad objetiva (una convicción que, en verdad, venía de mucho antes, desde los primeros estudios de Saucío en 1955 y Boyacá en 1957), terminó por romper el paradigma normal y la vigencia de la sociología positivista y académica. Ya no

²⁶ Plantear los “hechos” puros o simplemente empíricos es cosificar la realidad y abandonar el método dialéctico, sostiene G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 236-239. Lo correcto es tratarlos como lo hace Rosa Luxemburgo en *¿Reforma social o revolución?*, donde las tendencias se convierten en hechos, pues éstos en sí mismos “constan de procesos” (K. Marx, *El Capital; Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, 1971, III, I, p. 316).

parecía posible transformar esta sociología académica, desde su interior, en instrumento revolucionario. La conocida en Colombia se había concebido en términos de los intereses conservadores de clase y de poder social y político de la burguesía dominante: ésta no podía suicidarse intelectualmente con su propio instrumento. En las regiones estudiadas se sentía la necesidad de contar con una sociología que fuese ante todo una ciencia social inspirada en los intereses de las clases trabajadoras y explotadas; se necesitaba de una “ciencia popular”, como se definió al comienzo del trabajo, que fuera de mayor utilidad en el análisis de las luchas de clases que se advertían en el terreno, así como en la acción política y proyección futura de las clases trabajadoras como actores en la historia (más adelante volveremos a este punto fundamental).

En esta nueva ciencia social del pueblo y para el pueblo trabajador había necesidad de integrar diversas disciplinas: no era con la sociología sola, ni ésta como fundamento general. Era el materialismo histórico, como filosofía de la historia, el que brindaba el punto culminante de la unificación, como se había demostrado en otras épocas y latitudes, por muchos estudiosos competentes²⁷. Con el materialismo histórico, como decía

²⁷ Siguiendo a Rickert y otros, no consideramos al materialismo histórico como ciencia al mismo nivel de las otras, sino como filosofía de la historia, en lo cual creemos que somos fieles a los propósitos de Marx, quien, como se sabe, sólo habló de los “fundamentos materialistas” de su método de investigación (en realidad la designación no es de Marx sino de Engels), (F. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, op. cit.). Véase también T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, op. cit., pp. 35-36.

Lukács, se estaba ya en capacidad de “revelar la esencia del orden social capitalista y atravesar con los fríos rayos de la ciencia los velos puestos por la burguesía para encubrir la situación de la lucha de clases, la situación real”: podía ser al mismo tiempo guía científica e instrumento de lucha²⁸.

Las otras disciplinas que en este plano podían integrarse a la sociología y a la historia, eran la economía, la geografía, la psicología, la antropología, la ciencia política y el derecho, hasta llegar a redondear algo que se acerca a lo que se denominaba *economía política* en el siglo XIX; pero con los elementos de “teoría crítica” que Marx y Engels, como figuras cumbres, les añadieron en sus obras y en su propia acción política, elementos que retomaron otros científicos sociales, entre ellos algunos miembros de la Escuela de Frankfurt en las décadas de 1950 y 1960, así como marxistas de diversas nacionalidades desde hacía varias décadas. Se esbozaba así una “ciencia social crítica” que no era nueva, pero cuya necesidad actual llevaba a aplicarla con mayor intensidad y dedicación²⁹.

No se logró en un primer momento, por los limitados grupos comprometidos en estos experimentos, articular coherentemente el

²⁸ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 91.

²⁹ Véase A. Solari, R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, op. cit., pp. 66-67. Los autores señalan con justeza la “pobreza de la discusión epistemológica en América Latina” y la poca atención que prestamos a los aportes de la Escuela de Frankfurt, especialmente en los años que tuvimos la polémica sobre ciencia, crisis y compromiso (1968-1970). En efecto, sólo se leía a Marcuse, mientras que otras obras pertinentes, como las de Horkheimer y Habermas, sólo se conocieron en inglés o español después de 1970.

paradigma alternativo de la ciencia social crítica; pero pudieron barruntar aproximadamente por dónde podía andar el nuevo esfuerzo investigativo regional, basándose en experiencias e informaciones anteriores pertinentes de Colombia y otros países. A medida que se avanzaba, se vio que el reto para tales grupos era francamente epistemológico, puesto que habían de entenderse a fondo las implicaciones teórico-prácticas y filosóficas de lo que se había llamado, con cierto entusiasmo ingenuo, investigación-acción. Estas implicaciones y sus consecuencias son objeto de análisis en las secciones que siguen.

LA PRAXIS Y EL CONOCIMIENTO

El rechazo del positivismo y de las técnicas “objetivas” de investigación inspiradas en el modelo conocido de la integración y el equilibrio social no podía dejar la orientación de los nuevos trabajos regionales en el vacío; esto hubiera equivalido a rechazar la ciencia misma. Había, pues, que sustituir la estructura científica inicial de los trabajos por otra más adecuada a las necesidades reales y a la naturaleza de las tareas investigativas concretas en esas regiones.

En la sección anterior se dieron indicaciones de cómo se fue formando un paradigma científico alternativo en el campo de la metodología y en la concepción de la realidad. La adopción del materialismo histórico como guía científica e instrumento de lucha fue un paso en esta dirección.

Pero la idea central alrededor de la cual cristalizó lo que pudiera considerarse como base del paradigma alterno fue la posibilidad de crear y poseer conocimiento científico en la propia acción de las masas trabajadoras: que la investigación social y la acción política, con ella, pueden sintetizarse e influirse mutuamente para aumentar tanto el nivel de eficacia de la acción como el entendimiento de la realidad³⁰. Tomando en cuenta que “el criterio de la corrección del pensamiento es, por supuesto, la realidad”, el último criterio de validez del conocimiento científico venía a ser, entonces, la praxis, entendida como una unidad dialéctica formada por la teoría y la práctica, en la cual la práctica es cíclicamente determinante³¹.

El descubrimiento de la praxis como elemento definitorio de la validez del trabajo regional no era, de ninguna manera, la base de un nuevo paradigma general en las ciencias sociales nacionales, puesto que ese descubrimiento, como ya se dijo, venía de muy atrás y, en efecto, se había aplicado en diversos contextos, dentro y fuera del país. El “nuevo” paradigma era viejo según otros criterios; lo que faltaba en este caso era conocerlo mejor y abrirle

³⁰ O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, op. cit., pp. 55, 58, 66, 67, 73, 74; Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*, op. cit., pp. 44-50; R. Stavenhagen, “Decolonializing Applied Social Sciences”, en *Human Organization*, vol. 30, N° 4, 1971, p. 339; H. Moser, *Anspruch und Selbstverstaendnis der Aktionsforechung: Zeitschrift für Paedagogik*, vol. 22, N° 3, 1976, pp. 357-368. Véase también la discusión sobre los títulos que puede tener la investigación-acción como nuevo paradigma, presentada por Moser.

³¹ El punto de vista de la vida, de la práctica, debe ser el punto de vista primero y fundamental de la teoría del conocimiento” (V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, op. cit., p. 133). La cita sobre la realidad proviene de G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 261.

posibilidades adicionales de aplicación en medios y organizaciones sociales y políticas diversas, donde indudablemente se justificaba su adopción³². El punto de partida de esta discusión no fue la primigenia definición aristotélica de *praxis* como acción o ejercicio para alcanzar la bondad y la justicia en la formación del carácter, sino la que la define como acción política para cambiar estructuralmente la sociedad. Su fuente es el descubrimiento que hizo Hegel de que la actividad como trabajo es la forma original de la *praxis* humana —que el hombre es resultado de su propio trabajo—, descubrimiento que luego elaboró Marx como “acción instrumental”, es decir, como la actividad productiva que regula el intercambio material de la especie humana con su medio ambiente natural³³. El principio de la *praxis* original, llevado al campo del conocimiento como relaciones entre teoría y práctica,

³² Dentro de las izquierdas colombianas, sólo el Partido Comunista ha tenido una política fija de investigación socioeconómica relacionada parcialmente con sus trabajos; publica estudios marxistas con textos de sus investigadores-militantes. Agrupaciones socialistas empiezan a hacer lo mismo. Y ha habido estudios pertinentes anteriores de marxistas, como Luis E. Nieto Arteta, Ignacio Torres Giraldo y otros.

En este sentido, se ha olvidado con frecuencia que las vinculaciones entre la teoría y la práctica son evidentes para quienes han desarrollado la ciencia y la técnica modernas como bagaje de la burguesía dominante o para la defensa del statu quo. Su gama corre desde la izquierda hasta la derecha política: véase H. Moser, *Anspruch und Selbstvertraendnis der Aktionsforechung: Zeitschrift für Paedagogik*, op. cit., p. 366 y sus referencias (P. A. Clark, *Action Research and Organizational Change*, Londres, 1972). Norman Birnbaum recuerda el “Moynihan Report” sobre desarrollismo como un caso de “investigación activa” de este tipo (N. Birnbaum, *Hacia una sociología crítica*, Barcelona, 1974, p. 209).

³³ F. Hegel II, pp. 622, 667-663, 614-680, establece la relación entre la teleología del hombre y la autofinalidad de la naturaleza que el hombre utiliza en su trabajo. Véase E. Mandel, *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, París, 1972, p. 1947.

cristaliza en ocho de las once *Tesis sobre Feuerbach* (1888), especialmente en la segunda y la undécima. Estas *Tesis* de Marx pueden considerarse, a nivel filosófico, como la primera articulación formal del paradigma de la ciencia social crítica: la comprometida con la acción para transformar el mundo, en contraposición al paradigma positivista que interpreta la praxis como simple manipulación tecnológica y control racional de los procesos naturales y sociales³⁴. En el contexto concreto del trabajo regional aquí examinado, lo que se llamó *teoría* envolvía preconceptos, ideas preliminares o informaciones externas (exógenas) relacionadas a “cosas en sí”, procesos, hechos o tendencias que se observaban en la realidad, como viene explicado; y *práctica* quería decir la aplicación de principios o de información derivada de la observación, aplicación realizada primordialmente por los grupos de base, como actores y controladores del proceso, con quienes los investigadores compartían la información y hacían el trabajo de campo. Estos pasos

³⁴ También, “human engineering” a la Kurt Lewin, o la “ciencia aplicada”, como se ha entendido normalmente. Véase J. Habermas, *Theory and Practice*, Boston, 1974, pp. 263-267, sobre “el aislamiento positivista de la razón y de la decisión”.

Una de las primeras discusiones sobre las Tesis como clave de la obra de Marx, y su traducción a una “filosofía de la práctica” (praxis), es la de Gentile (1899), citado por T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, op. cit. Cabe señalar aquí que existe, efectivamente, una “filosofía de la praxis” relativamente desarrollada por Lenin, Gramsci, Lukács y otros, pero que no ha avanzado mucho más allá de las Tesis sobre Feuerbach como criterio de orientación o validación; mientras que no hay como tal una “metodología de la praxis”, a menos que ésta se traduzca, como intentamos hacerlo aquí, a elementos de la investigación activa con la orientación del materialismo histórico. Es decir, no alcanzamos a advertir en la idea de praxis ningún elemento que permita convertirla, en sí misma, en una categoría analítica.

se podían dar en forma simultánea, o siguiendo el ritmo reflexión-acción con acercamientos y distanciamientos de la base, como quedó explicado en la sección anterior. La idea era propiciar un intercambio entre conceptos y hechos, observaciones adecuadas, acción concreta o práctica pertinente para determinar la validez de lo observado, vuelta a la reflexión según los resultados de la práctica, y producción de preconcepciones o planteamientos *ad hoc* a un nuevo nivel, con lo cual podía reiniciarse indefinidamente el ciclo rítmico de la investigación-acción.

Aunque no pudieron aplicarse estos principios en toda su extensión por razones diversas (véase más adelante), esta modalidad experimental de trabajo produjo buenos avances tanto en la acumulación del conocimiento científico de la realidad regional como en la acción política y organizativa (coyuntural) de los grupos de base interesados. Se afianzó así la certeza del principio de la praxis para determinar la validez de los trabajos locales, y las posibilidades de desarrollar allí el paradigma alterno de la ciencia social crítica. Varios ejemplos podrán ilustrar este aserto.

1. La hipótesis del “arma cultural” como elemento movilizador de masas había sido expuesta y aplicada por las organizaciones revolucionarias vietnamitas (entre otras)³⁵. En Colombia, esta hipótesis no había sido ensayada en firme ni en grande, en parte por considerar —erróneamente, en nuestra opinión— que el “frente cultural”, con sus expresiones

³⁵ W. Burchett, *El triunfo del Vietnam*, Buenos Aires, 1969.

costumbristas, artísticas e intelectuales, debía tener una baja prioridad en la lucha contra el imperialismo y la burguesía. Con la información preliminar sobre la experiencia vietnamita se decidió estimular el “frente cultural” en una región donde la música popular tiene grande arraigo. A raíz de estos ensayos se obtuvo la formación de conjuntos que cambiaron la música romántica tradicional para darle un contenido de protesta revolucionaria, lo cual sirvió para la movilización y politización de masas campesinas en esa región. Al mismo tiempo, en el campo del conocimiento, se logró un mayor entendimiento del origen, sentido e historia real de esa música como la concibe el pueblo que la canta e interpreta, y no la burguesía que la baila; y se rompieron algunos esquemas clásicos de la historia cultural nacional sostenidos por intelectuales y artistas de la burguesía.

2. La hipótesis de la “recuperación crítica de la historia” lleva a examinar el desarrollo de las luchas de clase del pasado para rescatar de ellas, con fines actuales, aquellos elementos que hubieran sido útiles para la clase trabajadora en sus confrontaciones con la clase dominante. El período crítico de 1918 a 1929, cuando surgieron los primeros sindicatos en Colombia, era casi un misterio para los historiadores colombianos, así como para las organizaciones políticas. Este misterio no empezó a revelarse sino cuando uno de los principales dirigentes de esa época, Juana Julia Guzmán, ya octogenaria, constató el resurgimiento de la lucha campesina en 1972 y se reincorporó a ella. Antes se había resistido a dar ninguna información a los historiadores burgueses y liberales que se le habían aproximado con ese fin. Con la incorporación de

Juana Julia al movimiento campesino se obtuvieron los primeros datos fidedignos sobre el papel del anarcosindicalismo en los primeros sindicatos colombianos y el origen del Partido Socialista del país, datos que fueron publicados en un folleto ilustrado que, por un tiempo, era la única fuente citable sobre este importante desarrollo político en Colombia. Simultáneamente, la recuperación de ese período de luchas y de uno de sus viejos dirigentes dio continuidad histórica y mayor impulso ideológico y organizativo al movimiento regional de “usuarios campesinos” entre 1972 y 1974, para llevarlo a una posición de avanzada que le fue reconocida en todo el país.

3. La teoría de la “lucha y violencia de clases” como una constante histórica, ampliamente conocida, se confrontó en una región colombiana con similares resultados pedagógicos y políticos. Con ella en mente se descubrió que, a principios del siglo XX, una diócesis había usurpado las tierras de un resguardo indígena para hacer allí un seminario. La investigación histórica de archivo y notaría sobre este tema —como la local en el terreno— llevó no sólo a confirmar la teoría y enriquecer el conocimiento de la región y su historia desde el punto de vista de la lucha de clases, sino a proveer al movimiento indígena de las armas formales y del conocimiento ideológico y político necesarios para enfrentarse al obispo y recuperar a la fuerza la tierra, en una gran victoria popular.

En cada uno de estos casos se determinó la validez del conocimiento por los resultados objetivos de la práctica social y

política, y no mediante apreciaciones subjetivas³⁶. Así lo aleatorio quedó circunscrito por la acción concreta y el conocimiento pertinente, es decir, hubo cierto control de desemboque de coyunturas que no hubiera sido posible de otra forma. Estos casos tenían referentes teóricos anteriores o exógenos, algunos de ellos basados en experiencias y reflexiones específicas de otras partes, lo cual no invalida la posibilidad de crear conocimiento absolutamente original, de esta misma forma. De todos modos, es demostrable que en esos casos se obtuvo, y se creó, conocimiento científico en la propia acción de masas, pasando éste a ser patrimonio general de los grupos de base y particular de la ciencia social crítica. Al mismo tiempo, se alimentó la lucha popular con ese mismo conocimiento, y recibió así un impulso importante dentro de las opciones ofrecidas por las coyunturas. De allí que pueda sostenerse otra vez que la praxis tiene fuerza definitoria, y que vincular en nuestro medio la teoría a la práctica en el ámbito del cambio radical o revolucionario no es ni tan difícil ni tan complejo como parece³⁷.

³⁶ Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, op. cit., p. 319.

³⁷ No parece necesario elaborar más este punto. Para el efecto consúltense las observaciones convergentes que al respecto hacen T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, op. cit., pp. 52, 141 y 147 (la distinción artificial entre hecho y teoría), 33-34 (la acción simultánea de la experimentación y la formación de la teoría); J. Habermas, *Theory and Practice*, op. cit., pp. 78-79 (la filosofía de la historia como guía de la praxis y el sentido político de ésta); G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 21-22 (punto de partida de la práctica), 263, 347 (de teoría de la práctica a teoría práctica); J. G. Fichte, *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, Madrid, 1913, I, p. 79 (sobre la práctica y la reflexión); A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de Cuadernos de la cárcel), Bogotá, s.f., pp. 72-74 (sobre el nexo entre teoría y práctica, sus relaciones con el sentido común y el papel de la comunidad científica); L. Althusser, *Réponse à John Lewis*, París, 1973, p.

Queda, sin embargo, un interrogante por resolver a este respecto: el del papel de la organización de base en la obtención y utilización del conocimiento y en la ejecución de la praxis. Sin esa organización no se habría ido tan lejos, ni se habrían obtenido los datos con la profundización necesaria, ni éstos habrían tenido la trascendencia y utilidad política que alcanzaron. Pero esto también dependía del tipo de organización y de la naturaleza de las relaciones establecidas entre los investigadores y las bases, lo cual es el tema de la sección que sigue.

SABER POPULAR Y ACCIÓN POLÍTICA

Si se admite que la praxis de validación, como la concebimos aquí, es ante todo política, la problemática de la investigación-acción lleva necesariamente a calificar las relaciones entre los investigadores y las bases populares o sus organismos con los cuales se desarrolla la labor política. Éste es un aspecto fundamental del método de investigación, porque, como queda dicho, el propósito de éste es producir conocimiento que tenga relevancia para la práctica social y política: no se estudia nada porque sí. Siendo que la acción concreta se realiza a nivel de base, es necesario entender las formas como aquella se nutre de la investigación, y los mecanismos mediante los cuales el estudio a su vez se perfecciona y profundiza por el contacto con la base.

En la investigación-acción es fundamental conocer y apreciar el papel que juega la sabiduría popular, el sentido común y la cultura del

36 (prioridad de la práctica sobre la teoría y del ser sobre el pensar); y otros.

pueblo, para obtener y crear conocimientos científicos, por una parte; y reconocer el papel de los partidos y otros organismos políticos o gremiales, como contralores y receptores del trabajo investigativo y como protagonistas históricos, por otra. A estos aspectos fundamentales se dedica, necesariamente, el resto del trabajo, más aun tomando en cuenta que son tópicos relativamente poco tratados en la literatura crítica. Pueden analizarse ordenadamente de la siguiente manera:

1. Estudiando las relaciones recíprocas entre sentido común, ciencia, comunicación y acción política.
2. Examinando la interpretación de la realidad desde el punto de vista proletario, según “categorías mediadoras específicas”.
3. Estudiando cómo se combinan sujeto y objeto en la práctica de la investigación, reconociendo las consecuencias políticas de esta combinación.

Analizaremos cada uno de estos tres problemas, en lo que toca a la experiencia colombiana objeto del presente estudio.

SOBRE EL SENTIDO COMÚN

Algunas de las investigaciones regionales emprendidas se inspiraron inicialmente en una concepción casi romántica de “pueblo”, hasta el

punto de inclinarse a ver en las opiniones y actitudes de éste toda la verdad revolucionaria. Esta tendencia obviamente errónea, de creer que “las masas nunca se equivocan”, provenía de escuelas políticas en que se había enfatizado la identificación personal del estudiantado y de los intelectuales con las masas, demandando demostraciones palpables del compromiso, tales como callos en las manos, y una forma de vida franciscana a tono con la pobreza de los tugurios y caseríos rurales en que se hacía el trabajo. En la práctica este “masoquismo populista” no llevó a ninguna parte: no era ésta la mejor forma de vincularse con las masas trabajadoras, por no ser intelectual ni humanamente honesta, y por pecar de un objetivismo extremo que, en el fondo, corresponde a la intelectualidad pequeño burguesa³⁸.

Pero, evidentemente, como reacción al intelectualismo académico del que venían muchos investigadores, se quiso probar la potencialidad científica de la vinculación con las bases, creando grupos de referencia constituidos por campesinos, obreros e indígenas³⁹. La meta era reducir la distancia entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, para que los obreros, campesinos e indígenas no siguieran subyugados espiritualmente a los intelectuales. Se quería estimular sus cuadros más avanzados para que asumieran por lo menos algunas tareas investigativas y analíticas que se

³⁸ E. Mandel, *La formación de la pensée économique de Karl Marx*, op. cit., pp. 51-61.

³⁹ O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, op. cit., pp. 58-61;
A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), op. cit., p. 81.

consideraban monopolio de los técnicos y de los burócratas. Como no había plena claridad en cuanto a la orientación ideológica de los trabajos —excepto una idea muy general y algo ingenua de compartir la búsqueda de la conciencia proletaria con las bases—, pronto surgió el celo partidista para hacer ver que este tipo de trabajo de “intelectuales independientes” era “voluntarista”, por relegar a segundo plano a los activistas y a los cuadros políticos organizados (investigadores-militantes). Estas dificultades políticas impidieron la realización plena de aquellos principios metodológicos, en estos casos.

La primera inspiración de este tipo de trabajo —quizás no muy bien interpretada— iba en otra dirección que no era la de hacer competencia a los partidos o a sus cuadros: era la de la experiencia pedagógico-política directa con las clases trabajadoras. Su origen era Gramsci y su tesis de que es necesario “destruir el prejuicio de que la filosofía es algo sumamente difícil por tratarse de una actividad propia de determinada categoría especializada de letrados”⁴⁰. Por el contrario, se creía, con él, que existe una “filosofía espontánea” contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias o folklore que, aunque incoherente y dispersa, tiene valor para articular la praxis a nivel popular. Gramsci señalaba como una debilidad mayor de las izquierdas el “no haber sabido crear la unidad ideológica entre los de arriba y

⁴⁰ “Todos los hombres son filósofos” (A. Gramsci, La formación de los intelectuales —de *Cuadernos de la cárcel*—, op. cit., p. 61).

los de abajo (como se había hecho en la Iglesia católica), entre los sencillos y los intelectuales”, punto de vista de gran importancia para romper con la tradición académica e implementar el compromiso de los intelectuales. Además, para el mismo autor, “toda filosofía tiende a convertirse en el sentido común de un ambiente así mismo restringido (el de todos los intelectuales)”, lo cual vino a relativizar el problema y a reforzar la decisión de aquellos grupos de investigadores de vincularse a las bases en las regiones⁴¹.

Por supuesto, ni Gramsci ni los investigadores aludidos trataban de introducir una ciencia nueva en la vida individual de las masas. Querían dar utilidad crítica a la actividad ya existente, haciendo que la “filosofía de los intelectuales” tomara en cuenta con mayor fidelidad las realidades encontradas y fuera como la culminación del progreso del sentido común; porque como lo sostiene el mismo Gramsci, el sentido común implica un principio de causalidad serio, que se desarrolla quizás de una manera más exacta e inmediata que la ofrecida por juicios filosóficos profundos o por observaciones técnicas sofisticadas. En esto se registran casos anteriores importantes, basados en la transformación de experiencias cotidianas en conocimiento filosófico o científico: el de Kant, por ejemplo, cuyas interpretaciones newtonianas en su *Crítica de la razón pura* van selladas por una racionalidad que no era otra cosa que

⁴¹ Véase A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), op. cit., pp. 69-70. En cambio, para Fichte la “filosofía popular” está llena de errores porque no logra “presentar la prueba de las cosas como hechos” y no puede “llegar a comunicarla” (J. G. Fichte, *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, II, op. cit., p. 46).

el sentido común de su época⁴²; o el de Galileo, cuya “teoría del ímpetu” expresada en sus primeros escritos sobre la mecánica (*De motu*) era la expresión de la opinión común sobre el movimiento, a partir del siglo XV⁴³.

Veamos cómo se tradujo el principio del sentido común a la realidad del trabajo de campo regional en Colombia, recordando nuevamente la naturaleza experimental y preliminar de esas labores. Primeramente, había que tomar en cuenta el saber y la opinión experimentada de los cuadros y de otras personas informadas de las regiones y localidades. Esto se refería ante todo a los problemas socio-económicos regionales y sus prioridades, en lo cual la confianza de los investigadores fue retribuida con creces. La riqueza factual de la experiencia campesina se reflejó en la organización de acciones concretas, como las tomas de tierras; en la interpretación de la agricultura como técnica y como forma de vida; sobre la adopción de costumbres y prácticas nuevas en el medio tradicional; y sobre la utilización de la botánica, la herbología, la música y el drama en el contexto regional específico. En estas actividades, como en otras, se registraron muchos más éxitos que fracasos, lo cual confirmó la secular convicción sobre las

⁴² C. Wright Mills, *De hombres sociales y movimientos políticos*, México, 1969, p. 111.

⁴³ P. Feyerabend, *Contra el método*, *op. cit.*, pp. 63, 189. Al político norteamericano Adlai Stevenson se le atribuye el siguiente pensamiento: “En la gente sencilla hay visión y propósito. Muchas cosas se revelan a los humildes que se esconden a los grandes. Espero recordar las grandes verdades que son tan obvias (entre los sencillos) cuanto que en otras partes se oscurecen” (*Time*, 24 de enero de 1977, p. 17).

posibilidades intelectuales y creadoras del pueblo.

Luego, había que llegar con ideas e informaciones a las bases e ilustrar o modificar el sentido común para convertirlo en “buen sentido” (Gramsci). Este problema enfocaba la tesis más general del destino del conocimiento.

Por lo que viene explicado, la investigación activa no se contenta con acumular datos como ejercicio epistemológico, que lleve como tal a descubrir leyes o principios de una ciencia pura, ni hacer tesis o disertaciones doctorales, porque sí. Ni tampoco investiga para propiciar reformas, por más necesarias que parezcan, o para el mantenimiento del *statu quo*. En la investigación activa se trabaja para armar ideológica e intelectualmente a las clases explotadas de la sociedad, para que asuman conscientemente su papel como actores de la historia. Éste es el destino final del conocimiento, el que valida la praxis y cumple el compromiso revolucionario.

Como mucha de la información se originaba en el terreno, con las bases, el asunto planteaba la devolución de ese conocimiento a las bases. Esta devolución no podía darse de cualquier manera: debía ser sistemática y ordenada, aunque sin arrogancia. En esto se trató de seguir el conocido principio maoísta, “de las masas, a las masas”. También se prestó atención a la experiencia vietnamita sobre la utilización de la cultura popular para fines revolucionarios⁴⁴.

⁴⁴ Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, 1968, III, p. 119.

El principio de la “devolución sistemática” fue uno de los que más energías desató y más polémicas suscitó, quizás por tocar con elementos obvios que muchas organizaciones gremiales y políticas habían relegado a segundo plano, no obstante, su importancia. Porque asegurar la comprensión de lo que uno hace, dice o escribe, puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso en un movimiento político o social. Hasta un filósofo ilustrado como Fichte se preocupó por la comunicación de sus ideas, y no tuvo reparos en “traducir” algunos de sus complicados tratados, para “obligar a comprender al lector”, como él mismo dijo, con una “exposición clara como la luz del sol, al alcance del gran público” (1801).

El esfuerzo de comunicarse implica, por lo menos, reconocer las posibilidades de comprensión de nuevas ideas por las bases. Si no todos los hombres son filósofos formales, por lo menos los espontáneos abundan, decía Gramsci. En los casos colombianos, el problema radicaba en cómo llegar a las bases, no con simple información periodística o educacional (con lo que podían ya estar suficientemente bombardeadas) sino con conocimiento científico de la realidad que les creara conciencia de clase revolucionaria y disolviera la alienación que les impedía entender la realidad y articular su lucha y defensa colectiva⁴⁵.

Se ensayaron, en consecuencia, actividades diseñadas a romper,

⁴⁵ Véase E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, México, 1974, pp. 61-69. Este conocimiento científico, evidentemente, es el producido por los investigadores activos y los militantes comprometidos con las bases, según principios metodológicos expuestos en este estudio.

aunque fuera parcialmente, la barrera cultural con las bases campesinas, obreras e indígenas. Se trató de ajustar aquellos principios y técnicas de comunicación a la situación colombiana, reconociendo que el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base era bastante deficiente. Se aplicó, pues, la regla ya señalada, de comenzar trabajos a nivel de la conciencia política de las bases, para llevarlas sucesivamente al “buen sentido” y a la conciencia revolucionaria de clase. Esta ingente tarea hubo de quedar inconclusa en los ámbitos nacional y regional por diferentes causas, algunas de las cuales se especifican más adelante, la más importante de las cuales fue el hecho de que los investigadores activos, como tales, no podían asumir ningún papel como vanguardia política, aunque hubiese, en efecto, un vacío en este campo.

No obstante, la experiencia pedagógico-política pudo desarrollarse en algunos aspectos:

- En primer lugar, ante el creciente reconocimiento de la importancia de hacer estudios para racionalizar y hacer más eficaz la acción de los organismos gremiales y políticos, se impulsaron estudios históricos y socioeconómicos regionales (costa atlántica, litoral pacífico, Cauca, Antioquia, Valle del Cauca). Así se cubrieron temas como el origen del latifundio, la formación de las clases campesinas, historias de comunidades, historias de movimientos populares, la situación actual de la educación primaria, factores de represión y violencia estatal, etc.

- Estos estudios se plantearon en consulta con las bases (sus cuadros más avanzados, ante todo), tomando en cuenta lo ya dicho sobre la experiencia popular, la determinación de prioridades y metas de los grupos de base, y el control de la información. Así se publicaron, con el acuerdo de las bases y buscando simplicidad de expresión, libros como la *Historia de la cuestión agraria en Colombia* (1975); *Modos de producción y formaciones sociales en la costa atlántica* (1974); *La cuestión indígena en Colombia*, por Ignacio Torres Giraldo (1975); *María Cano, mujer rebelde*, por Ignacio Torres Giraldo (1973); *En defensa de mi raza*, por Manuel Quintín Lame (1972); *Por ahí es la cosa* (1972), y otros similares.
- En segundo lugar, con ayuda de los cuadros más avanzados del ámbito local, se prepararon y publicaron textos ilustrados, también de fácil comprensión y lectura, derivados del mismo trabajo de campo (*Lomagrande, Tinajones, Felicita Campos, El Boche*, etc.). Así, las bases eran prácticamente las primeras en conocer los resultados de las investigaciones emprendidas. Para mantener este impulso, se fueron transmitiendo al personal de cuadros, mediante manuales y cursillos, las técnicas y el conocimiento necesarios. A los impresos se añadieron luego materiales audiovisuales, películas de cortometraje (*Marypueblo, La horadel hachero*, etc.), filminas, transparencias y, por último, grabaciones

educativas y el empleo de conjuntos musicales y dramáticos de las propias localidades.

- En tercer lugar, se creó en 1974 una revista nacional de crítica política y oposición, *Alternativa*, para ampliar el contacto con las bases e incluir en éstas a porciones de la pequeña burguesía y clase media colombiana. El fenomenal éxito de esta revista, que llegó a ser, en cinco meses, la segunda en circulación del país, con 52.000 ejemplares, indicó que se iba por buen camino, por lo menos en la tarea de politizar a los sectores medios. En este intento colaboraron importantes agrupaciones de izquierda. Pero el afán de enfatizar el contacto con los grupos de base campesinos, obreros e indígenas a expensas de los medios, llevó a una sonada crisis pública nacional que no fue nada positiva para las causas que los diversos grupos participantes apoyaban, con la división sucesiva de la revista y su temporal suspensión⁴⁶. Así, la comunicación con las bases en el campo periodístico ayudó poco a superar la alienación y la ignorancia de nadie para llegar al “buen sentido” y la conciencia revolucionaria de clase, debido al

⁴⁶ El presente autor fue de opinión de organizar dos revistas, una como venía y otra para las bases, en lo que contó con el acuerdo del escritor García Márquez, vocero de la contraparte; pero este arreglo fue rechazado por el nuevo grupo editorial de Bogotá, que había asumido, equivocadamente, una actitud triunfalista. La fórmula intermedia de *Alternativa del Pueblo* falló muy pronto, a los seis meses. La otra *Alternativa* (del grupo García Márquez), suspendió temporalmente en diciembre de 1976, luego de un recorrido meritorio como crítico de la sociedad y del Estado colombiano. Reanudó la publicación en abril de 1977.

“canibalismo” desatado y a la confusión sobre los fines de la revista con relación a los intereses de los grupos responsables.

- En cuarto lugar, mediante cursillos especiales y el texto vulgarizado *Cuestiones de metodología* (1974), se fueron dando a los cuadros más aptos, técnicas simples de investigación social y económica, puestas a su alcance, para permitirles realizar y continuar indefinidamente sus propios estudios con un mínimo de sistematización y análisis, sin tener que acudir a asesoría o ayuda externa: esto es, se quiso estimular la “autoinvestigación” de la comunidad y resolver, en parte, el problema del control de los trabajos y el “para quién” de la investigación.
- Finalmente, como ya se sugirió, para todos los proyectos y niveles se trató de adoptar un lenguaje directo, claro y sencillo para la comunicación de resultados. Esto obligó a revisar conceptos y definiciones, como quedó también explicado, y a combatir el estiramiento científico-académico y la verborragia especializada, lo cual llevó a diseñar formas nuevas de publicación y producción intelectual más abiertas y menos esotéricas y “descrestadoras”.

En cuanto a los grupos de referencia populares que al principio se habían postulado como alternativas de los académicos e intelectuales, éstos se conformaron por cuadros dirigentes

experimentados y de cierta capacidad analítica. Pero su influencia resultó ser más práctica que teórica, más política que científica. Aunque fueron bastante útiles, la discusión estrictamente científica hubo de seguirse realizando entre profesionales identificados con el trabajo investigativo que se estaba adelantando, a quienes se llevaban las impresiones —el sentido común— de las bases. A pesar de las grandes dificultades encontradas, estas actividades tuvieron a veces desarrollos que, en algunos aspectos, fueron asombrosos. Las dificultades e incomprendiones en su realización fueron ante todo de naturaleza política, y podían haberse previsto al recordar los cargos hechos antes sobre “voluntarismo”. Pero la principal dificultad en el manejo e interpretación de estos elementos de educación, comunicación y politización parece que estribó en olvidar parcialmente el proceso dialéctico que la praxis implica, para llevar a las bases populares principios ideológicos y conocimientos ordenadores de su propia experiencia que les permitieran avanzar en la transformación de su mundo⁴⁷.

En otras palabras, las bases envueltas en estos trabajos avanzaron ideológicamente, pero no suficientemente, porque la filosofía y el conocimiento resultantes de la investigación activa no se tradujeron, a ese nivel, en un sentido común más ilustrado, ordenado y coherente,

⁴⁷ De aquí el conocido debate sobre la “inyección ideológica” desde fuera de las bases populares, que resolvió Lenin adoptando la política de intelectuales y cuadros de partido, siguiendo los lineamientos de Marx y Engels sobre la teoría de las clases sociales; V. I. Lenin, *Obras escogidas*, México, 1944, I, p. 121. Véase C. Moura, *Sociología de la praxis*, op. cit., pp. 106-108. Esta política, no obstante, puede enriquecerse con el “diálogo” que sobrepasa las diferencias entre sujeto y objeto e impide la imposición unilateral, de arriba abajo, del nuevo conocimiento o de la nueva ideología.

en un “buen sentido”, que llevara a un nivel de acción política superior al existente. Se logró información para las bases, se obtuvieron datos científicos, se hicieron publicaciones y se impulsaron movimientos; pero el trabajo no cristalizó en organismos superiores o en tareas más ambiciosas de transformación social. Esta tarea superior fue imposible hacerla a los grupos que ejecutaron la investigación-acción, porque implicaba recursos de organización política y permanencia institucional que no tenían: desde el principio habían quedado sueltos, como cuadros espontáneos. Tampoco fue posible articular firmemente esta tarea con partidos revolucionarios existentes, aunque hubo varios intentos positivos, a causa de desconfianzas mutuas que luego se demostraron irracionales.

Aun así, lo poco que se hizo en este campo pedagógico-político resaltó la importancia de entrar al aparato de convicciones de las bases y de sus dirigentes para disponerlos a actuar, y actuar con eficacia: parecía ser una manera pertinente de convertir la “psicología de clase” que se encontraba, en conciencia de clase; ayudar a transmutar la “clase en sí” en “clase para sí”⁴⁸. Que sepamos, no se ha advertido aún otra forma mejor de convertir el sentido común en conocimiento científico, ni darle los elementos dinámicos necesarios para su propia superación política. En este campo, el reto continúa; pero este reto es, mucho más, para los partidos revolucionarios de izquierda como tales que para los

⁴⁸ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 55, 83, 223, 225; P. Feyerabend, *Contra el método*, op. cit., p. 82.

intelectuales comprometidos⁴⁹.

SOBRE LA CIENCIA DEL PROLETARIADO

Cuando se iniciaron los experimentos de investigación-acción, en 1970 (como dijimos en la primera sección de este estudio), al rechazar la tradición sociológica positivista y académica se empezó a distinguir entre “ciencia burguesa” y “ciencia del proletariado” a la manera crítica acostumbrada por los intelectuales de izquierda. Era evidente que la interpretación dominante de la realidad y del mundo en Colombia —con su propia ciencia e ideología— era y sigue siendo la de la burguesía, dominio que, desde finales del siglo XVIII, viene combinando con el triunfo de los movimientos políticos liberales que la revolución industrial hizo posible. Esta observación elemental había enseñado objetivamente que tales interpretaciones de la realidad y del mundo vienen condicionadas por procesos impulsados por intereses de clase, esto es, por fuerzas históricas motoras que impulsan los acontecimientos en la realidad. Así como la burguesía hizo su revolución —incluyendo su ciencia como elemento coadyuvante—, podía deducirse que es posible configurar una contrasociedad en la cual la clase social determinante sea aquella opuesta a la dominante, en este caso, y por definición, el proletariado. Es, entonces, fácil concluir que el proletariado como clase también puede desarrollar e imponer su propio

⁴⁹ Una posibilidad es estudiar a fondo la interpretación fisiocrática del sentido común como “opinión pública”, formada ésta por una reflexión colectiva guiada por filósofos idóneos, y como una aplicación concreta de la praxis (control político y acción social); véase J. Habermas, *Theory and Practice*, op. cit., pp. 74-81.

sistema de interpretación de la realidad, es decir, su propia ciencia.

Por las experiencias revolucionarias exitosas (la cubana, la china, la soviética, la vietnamita y otras) se sabía que esta ciencia ha de ser concebida para entender las contradicciones del capitalismo y actuar sobre ellas, con elementos ideológicos capacitados para superar a éste. No se conoce hasta hoy otra concepción adecuada para estos fines que la propuesta con base en el materialismo histórico, cuyo desarrollo consecuente, sostenemos, ha sido y es la ciencia crítica. Porque el materialismo histórico, como filosofía de la historia, permite combinar el conocimiento con la acción: él mismo es acción. Al actual proletariado le corresponde, por lo tanto, adelantar la lucha en la cual coinciden la teoría y la práctica, tesis que ya aceptamos como válida cuando estudiamos el concepto de praxis⁵⁰.

Cómo definir y determinar este proletariado como actor de la historia, incluyendo en él a los propios intelectuales que hubiesen adoptado la ideología proletaria, fue problema constante en el trabajo. Pero no se logró resolverlo. Había grupos en el campo y en la ciudad que eran, evidentemente, proletarios objetivos, y con ellos se estableció un contacto muy íntimo. De ellos se quiso reconocer y respetar su sabiduría popular y sentido común, para ver si, por allí, se podía

⁵⁰ Lukács ha definido las funciones ideológicas del materialismo histórico como arma del proletariado: juzgar el orden social capitalista y revelar su esencia, como señalamos antes. En estas circunstancias, “el conocimiento lleva sin transición a la acción” (G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., pp. 90-91).

desarrollar su propia ciencia; pero esto no dio resultados palpables. Había, evidentemente, una interpretación campesina y obrera de la historia y de la sociedad, como ésta salía de la propia entraña del pueblo trabajador, del recuerdo de sus ancianos informantes, de su tradición oral y de sus propios baúles-archivos: era una interpretación distinta de la burguesa consignada en los textos conocidos de historia. Hubo casos estimulantes en que se logró que diversos cuadros campesinos plasmaran por escrito sus concepciones ideológicas nuevas; estos escritos tuvieron un efecto positivo en la politización y creación de conciencia proletaria en otros compañeros, y sirvieron para delinear una “ciencia popular”, como se postuló en 1972. Pero, en general, la voz de las bases tuvo acentos muy tradicionales que reflejaban el peso de la alienación a que los tenía sujetos el sistema capitalista: eran necesariamente personas educadas en, y corrompidas por, la sociedad capitalista. Hasta los cuadros considerados avanzados muchas veces demostraron no tener conciencia clara de su acción en la historia, mucho menos capacidad para articular una interpretación científica de su propia realidad ni proyectarla hacia el futuro.

Así, con característica impaciencia, fueron los investigadores activos y sus aliados intelectuales quienes hubieron de definir lo que querían como “ciencia popular” en contraposición a la burguesa, e inyectar su propia definición intelectual en el contexto de la realidad. Era como buscar un fantasma: a falta de uno, sintieron la necesidad de crearlo. Y el resultado fue una aplicación especial del concepto de inserción en el proceso social, para “colocar el conocimiento al

servicio de los intereses populares”, como se dijo, y no ante todo derivarlo de las condiciones objetivas del proletariado, como hubiera sido teóricamente más correcto⁵¹. No obstante, se llegó a proponer y aplicar pautas cooperativas de investigación con los grupos proletarios del campo, en que éstos tomaron un papel activo, en la solución de este problema. En todo caso, ante la dureza de este problema real, los fundamentos de la orientación y validación del trabajo de campo y de la búsqueda científica siguieron siendo los del materialismo histórico y la praxis que éste implica. Como el materialismo histórico era patrimonio casi exclusivo de los investigadores activos e intelectuales comprometidos, éstos no tuvieron otro camino que compartirlo y difundirlo en la base como ideología, lo cual llevó a adoptar como “categorías mediadoras específicas” las que de manera clásica se exponen como postulados generales del marxismo. En esta forma, lo que se llamó “ciencia popular” tuvo que ser un calco ideológico de algunas tesis generales del materialismo histórico como se han desarrollado en diversos contextos y en diferentes formaciones sociales, es decir, se cayó en la más grande forma histórica del dogmatismo, que es la mimesis⁵².

Esta transferencia de conceptos y categorías dadas resultó acertada

⁵¹ “A medida que la lucha del proletariado toma forma con mayor claridad, [los teóricos] no tienen más necesidad de encontrar una ciencia en sus propias mentes; sólo tienen que observar lo que ocurre ante sus ojos y hacerse sus vehículos de expresión”, para llegar a ser “ciencia revolucionaria” (K. Marx, *ffl capital; Miseria de la filosofía, op. cit.*, pp. 109, 191).

⁵² Según lo concebido por Platón; véase G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 261. “Sobre categorías mediadoras específicas”, véase *ibid.*, p. 201.

en algunos aspectos y desacertada en otros. En la práctica no se sintió que se hubiera enriquecido ninguna “ciencia del proletariado”, porque lo que se anticipó como “ciencia popular” no alcanzó, por aquel dogmatismo, a reflejar fielmente las realidades objetivas encontradas y, a veces, las distorsionó u oscureció, como ocurrió en las discusiones sostenidas entre los investigadores y con otros, sobre el papel y funciones de la vanguardia revolucionaria, el dogma de los cinco modos de producción, la supervivencia del feudalismo en Colombia y su relación con la formación social, el determinismo económico y la caracterización de la sociedad, que más que todo parecieron ser diálogos de sordos. Un resultado ambiguo como éste podía haberse previsto: la condición histórica y social de las masas colombianas parece que no da aún para formar y enriquecer el complejo científico y cultural propio de los intereses de las clases trabajadoras (frente a los de la burguesía) como acto de un sujeto histórico capaz de producir el futuro anticipando el resultado, es decir, capaz de ver y entender la realidad concreta del presente y construir así, conscientemente, su propia historia. No había que hacerse ilusiones sobre el material humano real con el que se contaba (aunque se tendía a idealizarlo), y las opciones de lo aleatorio quedaban demasiado condicionadas por el sistema tradicional: la revolución, en efecto, no es cosa de un día, y las fallas humanas de las bases y sus cuadros no dejaron de hacer su costosa irrupción⁵³.

⁵³ Éste es tema para otro estudio. El presente autor trabajó bajo el supuesto de que puede crearse una conciencia y una moral revolucionarias que determinen el uso del dinero y otros recursos materiales necesarios para las

Así, la experiencia de búsqueda de una “ciencia del proletariado” quedó inconclusa y sin respuesta, en espera de que sucesivos intercambios, contactos y esfuerzos educativos disminuyeran el efecto de la ignorancia y la alienación tanto en el proletariado como en los intelectuales, para permitirles dar el salto cualitativo que les capacitara a todos para construir ese futuro y esa ciencia, y para liberarlos políticamente⁵⁴. De allí la renovada responsabilidad de aclaración y crítica que les compete a los cuadros revolucionarios contemporáneos en la praxis porque, como lo señala Hobsbawm, si los intelectuales no son necesariamente decisivos, tampoco sin ellos podrán las clases trabajadoras hacer la revolución, mucho menos hacerla contra ellos⁵⁵.

tareas. Mucho de la crítica que se hizo al efecto corruptor del dinero, la ayuda externa, etc., tuvo visos de moral pequeño burguesa con elementos de falsa o mala conciencia, como se hizo ver, inútilmente, en repetidas ocasiones (Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, “La rosca de investigación se retira de *Alternativa del Pueblo*”, *op. cit.*, pp. 39-45). Estos experimentos en investigación-acción fueron apoyados económicamente por una gran diversidad de instituciones que iban desde las cívicas de países neutrales o socialistas (como el SIDA de Suecia) hasta la campaña Solidaridad de Holanda y el Comité Nacional de Auto-Desarrollo de los Pueblos, de Estados Unidos. Ninguna de estas instituciones impuso condiciones al uso de los fondos recibidos.

⁵⁴ Es posible desarrollar dirigentes marxistas de base, si seguimos la experiencia de Gramsci, que estipula “trabajar para promover elites de intelectuales de nuevo tipo surgidos directamente de las masas, que permanezcan en contacto con ellas para convertirse en el núcleo básico de expresión” (A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* —de *Cuadernos de la cárcel*—, *op. cit.*, p. 81). E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, *op. cit.*, pp. 63-67, y su tesis sobre los “obreros avanzados”; O. Fals Borda, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, México, 1975, p. 46.

⁵⁵ E. Hobsbawm, *Revolutionaries*, Londres, 1973, pp. 264, 266. Es cuestionable si en otros países, aun en algunos desarrollados, la situación ideológica del proletariado sea mejor que en Colombia. El desempeño histórico del proletariado en los países capitalistas avanzados, como se

SOBRE EL SUJETO Y OBJETO DEL CONOCIMIENTO

Como hemos visto, el paradigma de la ciencia social crítica estipula que la diferencia entre sujeto y objeto puede reducirse en la práctica de la investigación. La experiencia colombiana de investigación-acción tiende a comprobar esta tesis que, en verdad, no es nueva: ya Hegel había explicado cómo, en la idea de la vida, el dualismo de sujeto y objeto queda superado por el conocimiento, en una síntesis que se logra al reducir el segundo al primero⁵⁶. En consecuencia, el trabajo de campo en las regiones colombianas estudiadas no se concibió como mera observación experimental, o como simple observación con empleo de las herramientas usuales (cuestionarios, etc.), sino también como “diálogo” entre personas intervinientes que participarán conjuntamente de la experiencia investigativa vista como experiencia vital, utilizarán de manera compartida la información obtenida, y prepararán y autorizarán la publicación de los resultados en forma táctica y útil para las metas de los movimientos involucrados⁵⁷.

sabe, es una de las paradojas más agudas del marxismo actual, aun tomando en cuenta que en Europa aparecieron obreros-filósofos de categoría, como Joseph Dietzgen, a quien alabó Marx y de cuyos escritos tomó Lenin algunas de sus principales concepciones ideológicas. El marxismo ha sido allí más bien un movimiento de la alta intelectualidad, desde finales del siglo XIX, cuando empezó a imponerse en los medios académicos y científicos; véase T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, op. cit., pp. 44-63; L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, op. cit., p. 54 (sobre la transformación de Lukács de ideólogo revolucionario en profesor universitario).

⁵⁶ F. Hegel, II, pp. 671-674.

⁵⁷ El concepto de *diálogo* tiene dimensiones revolucionarias en este tipo de contacto, como lo expone Paulo Freire en *Pedagogía del oprimido*, Nueva York, 1970, pp. 83-84. Supone descubrir la realidad objetiva y crear conciencia sobre la situación para

Este entendimiento entre personas de distinto origen, entrenamiento y, muchas veces, clase social, tuvo lugar cuando aquella que se consideraba mejor preparada modificó la concepción de su papel —sea como cuadro o como investigador— y adoptó una actitud de aprendizaje y de respeto por la experiencia, el saber y la necesidad de la otra, alistándose al mismo tiempo para dejarse “expropiar” su técnica y conocimiento. Esta actitud comprensiva tuvo consecuencias políticas positivas, como se constató en el terreno. En efecto, cuando quiera que se tomó en cuenta el nivel real de conciencia de la situación encontrada (que tenían los miembros de las comunidades de base) como punto de partida para la acción, y no el nivel del cuadro mismo, cuya conciencia podía estar mucho más adelantada que la de las bases, se evitaron errores políticos por exceso de activismo o por ignorancia⁵⁸. Además, se trató de evitar también (no siempre con éxito) decisiones unilaterales o verticales que podían oler a paternalismo y que, de pronto, habrían podido ser

eliminar la opresión; véase también la opinión de A. Gramsci, *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), *op. cit.*, pp. 89-91; sobre la relación pedagógica. Experiencias pertinentes en educación de adultos son hoy materia de reflexión, como el *participatory research: Convergence*, vol. 8, N° 2, Toronto, 1975, pp. 24-78.

⁵⁸ De esta forma podría interpretarse la organización de lo que se llamó “baluartes de autogestión campesina” en Colombia, como parte de la organización de Usuarios Campesinos; véase O. Fals Borda, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, *op. cit.*, pp. 143-144. Recuérdese también el consejo de Mao Tse-tung a sus “trabajadores de la cultura”: “En todo trabajo que se realice para las masas, se requiere partir de sus necesidades y no del buen deseo de un individuo [...] He aquí dos principios: uno, las necesidades reales de las masas, y no necesidades imaginadas por nosotros, y el otro, los deseos de las masas y las decisiones que toman ellas mismas, y no las que tomamos nosotros en su lugar” (Mao Tse-tung, *El frente único en el trabajo cultural*, Pekín, 1968, III, pp. 186-187).

formas nuevas de explotación intelectual y política de las masas, formas que se querían combatir a todo trance.

La investigación así concebida —que era, en parte, “autoinvestigación”—, llevó a una división del trabajo intelectual y político que tomó en cuenta los niveles de preparación, tratando de evitar discriminación o arrogancia en los cuadros. Por ejemplo, el análisis cuantitativo lo ejecutaba un cuadro avanzado, mientras que la entrevista directa, la grabación con ancianos, la búsqueda de documentos y retratos antiguos en los baúles familiares, o la fotografía, podían realizarlas otros menos entrenados. Lo principal en estos casos fue la plena participación de los interesados en el trabajo, y el conocimiento y control de la investigación y sus fines por parte de todos, especialmente por la organización gremial, en estos casos. Así se procedió en el terreno, con resultados que sobrepasaron toda expectativa. En muchas situaciones motivadas por la naturaleza de las luchas que se vivían, no habría sido posible adelantar estudios ni ganar conocimiento sino de esta forma “dialógica”, en la que se disminuían las diferencias entre el sujeto y el objeto de la investigación.

Como los estudios que se realizaron de esta forma no eran simples ejercicios intelectuales, sino que iban condicionados a la práctica política mediata o inmediata, no podían verse sólo como producto de una síntesis entre sujeto y objeto. Había que verlos como un entendimiento entre sujetos y objetos activos que compartían la experiencia dentro de un mismo proceso histórico, en el fondo, actuando como un solo sujeto. Por lo tanto, había que plantearse el

problema del sentido de la inserción que se realizaba en el proceso histórico, como efecto político sobre las masas y sobre sus propios organismos.

En general, la experiencia colombiana dejó entrever que es posible que este tipo de estudio-acción sea realizado por investigadores aislados cuando van en función de intereses objetivos de las bases o de sus gremios; pero que, obviamente, su efecto político cae en el vacío cuando el trabajo no es convergente con los de partidos u organizaciones políticas, o cuando no está directamente auspiciado e impulsado por éstas con sus investigadores militantes. En vista del peligro que esta indefinición podía representar cuando quiera que los investigadores activos se apartaron de esta regla, hubo acusaciones de “espontaneísmo”, y el celo partidista con frecuencia agudizó situaciones o autorizó la persecución, la macartización y el “canibalismo” a los cuadros e investigadores que se consideraban responsables.

Este choque producido por el sectarismo partidista, por una parte, y por el afán espontáneo e individual de participar en el proceso revolucionario, por otra, creó presiones para responder al *impasse* políticamente, es decir, para que los investigadores se constituyeran a su vez en grupo político. Pero, aunque se dieron algunos pasos en este sentido, a la larga no fue posible hacerlo por diversas razones: a) las diferencias sobre el enfoque de aparatos de comunicación (especialmente la revista *Alternativa*), llevaron a una dramática escisión en tales grupos, con efectos públicos adversos; b) las bases campesinas y obreras se afectaron también por una división interna

que agudizó contradicciones relacionadas con interpretaciones tendenciosas y personalistas sobre el trabajo regional y el origen económico de los aportes; c) en el momento de la decisión, algunos optamos por inclinar la balanza y guardar la distancia enfatizando el papel del científico comprometido dentro del proceso y no el papel del político pragmático y calculador que podían exigir las circunstancias. De cualquier manera, tales dilemas y tentaciones simplemente confirmaron la importancia básica, también ya aceptada, de que en estas actividades teórico-prácticas tiene la organización, para desarrollar toda la potencialidad revolucionaria.

Sabido es que, desde el punto de vista de los principios ortodoxos del marxismo-leninismo, “la organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica”⁵⁹. Por lo tanto, la organización es la que debería disponer, en últimas, cómo ejecutar la investigación, cuándo y con quiénes, pues es la que controla opciones en lo táctico y juega con lo aleatorio del cambio en las coyunturas. Tal tesis es válida para aquellas organizaciones no fetichistas que conceden importancia a la investigación, porque aplican correctamente el principio leninista de que “sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria”, y el maoísta de que “quien no ha investigado no tiene derecho a opinar”⁶⁰. Sin embargo, en el caso colombiano, se sentía muchas veces que no

⁵⁹ G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, op. cit., p. 312; A. Gramsci, *La formación de los intelectuales (de Cuadernos de la cárcel)*, op. cit., p. 76; E. Mandel, *La teoría leninista de la organización*, op. cit., p. 61.

⁶⁰ Mao Tse-tung, *El frente único en el trabajo cultural*, op. cit., p. 9; L. Colletti, *Hacia un marxismo vivo*, op. cit., parte II.

había mucho más que un reconocimiento ritual de tales principios, y que casi todas las energías y los recursos organizativos se dedicaban a la acción directa. Semejante solución, aunque respetable desde muchos puntos de vista, no parecía conveniente para el proceso revolucionario en general, especialmente en sus aspectos estratégicos de formación de una contrasociedad fuerte y convencida. Pero el proceso fue enseñando: los sucesivos golpes de un enemigo de clase mejor informado por el estudio y la investigación científica llevaron a algunos de aquellos grupos activistas y partidos a reconsiderar su posición. En estos casos, la experiencia en el proceso condujo en Colombia a formas más maduras de mediación entre la teoría y la práctica, que ya no pueden ignorar los principios metodológicos de la investigación-acción y la ciencia social crítica, como aquí se han esbozado.

El hecho de adentrarse en el saber popular y el intercambio con la experiencia de base sobresalen, así como necesidades tácticas. El sentido común y la formación de una opinión pública basada en la conciencia de clase y consciente de su verdadera historia, son elementos que deben considerarse seriamente, por las posibilidades que ofrecen de crear y enriquecer una eventual ciencia del proletariado. La comprensión dialéctica de sujeto- objeto en la praxis va al corazón de este problema, por cuanto toma en cuenta el desarrollo social y político de las masas.

Como ya se sabe, sin las bases organizadas no es posible el cambio revolucionario y la construcción del futuro; ni tampoco sin ellas es posible la adquisición del conocimiento científico necesario

para tareas tan vitales. Pero este conocimiento sigue siendo, mal que bien, la responsabilidad de los científicos. Evidentemente, serán científicos más consecuentes, eficaces y productivos, si mantienen el equilibrio, el ritmo y la dialéctica de esta oposición, y si la organización política los estimula, acoge y respeta como tales.

BIBLIOGRAFÍA

Althusser, L., *Réponse á John Lewis*, París, Maspero, 1973.

Bernal, J., *Historia social de la ciencia*, Barcelona, Península, 1976.
Birnbaum, N., *Hacia una sociología crítica*, Barcelona, Península,
1974.

Bottomore, T., *Crisis and Contention in Sociology*, Londres, Sage Books, 1975.

Bottomore, T. y M. Rubel, *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Londres, Penguin Books, 1968.

Burchett, W., *El triunfo de Vietnam*, México, Era, 1969.

Clark, P. A., *Action Research and Organizational Change*, Londres, Sage Books, 1972.

Colletti, L., *Hacia un marxismo vivo*, Bogotá, Punta de Lanza, 1976.

Convergence, vol. 8 N° 2, Toronto, 1975.

Cortés, R., *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.

Durkheim, E., *Les règles de la méthode sociologique*, Burdeos, s.e., 1895.

Engels, F., *Anti-Dühring*, Chicago, Kerr, 1935.

Fals Borda, O., *Revoluciones inconclusas en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

_____, *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1975.

_____, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Bogotá, Punta de Lanza, 1976.

Feyerabend, P., *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1974.

Fichte, J. G., *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*, Madrid, El Liberal, 1913.

Freire, P., *Pedagogía del oprimido*, Nueva York, Tierra Nueva, 1970.

Freund, P. y M. Abrams, *Ethnomethodology and Marxism Theory and Society*, vol. 3, N° 3, 1976.

Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1972.

_____, *Cuestiones de metodología aplicada a las ciencias sociales*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1974.

_____, *La verdad es revolucionaria*, Bogotá, Publicaciones de La Rosca, 1974.

_____, "La Rosca de investigación se retira de *Alternativa del Pueblo*", en *Alternativa del Pueblo*, N° 28, 17 de marzo-30 de abril, Bogotá, 1975.

Gentile, G., *La filosofía de Marx*, Pisa, Spoeirri, 1899.

Graciarena, J., *Observers or participants?*, IX Congreso Mundial de Sociología, Toronto, 1974.

Gramsci, A., *La formación de los intelectuales* (de *Cuadernos de la cárcel*), Bogotá, s.e., s.f.

Habermas, J., *Theory and Practice*, Boston, s.e., 1974.

Hegel, F. *Fenomenología del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Hobsbawm, E., *Revolutionaries*, Londres, Phoenix, 1973.

Kuhn, T., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.

Labriola, A., *Essays on the Materialistic Conception of History*, Londres, Verso, 1948.

Lenin, V. I., *Obras escogidas*, México, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1944.

_____, *Materialismo y empiriocriticismo*, Madrid, Zero, 1974.

Lukács, G., *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1975.

Luxemburgo, R., *Reforma social o revolución*, México, Grijalbo, 1967.

Mandel, E., *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, París, Maspero, 1972.

_____, *La teoría leninista de la organización*, México, Era, 1974.

Mansilla, H. C. F., *Introducción a la teoría crítica de la sociedad*, Barcelona, Seix Barral, 1970.

Mao Tse-tung, *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.

_____, *Sobre la práctica*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.

_____, *El frente único en el trabajo cultural*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.

_____, *Prefacio a investigaciones rurales*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.

Marx, K., *El capital; Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Ediciones Nuevas, 1971.

Moser, H., *Anspruch und Selbstverstaendnis der Aktionsforechung. Zeitschrift für Paedagogik*, vol. 22, N° 3, 1976.

Moura, C., *Sociología de la praxis*, México, Siglo XXI, 1976.
Pearson, K., *The Grammar of Science*, Londres, Scott, 1892.

Popper, K., *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, Basic Books, 1959.

Quijano, A., “Alternativas de las ciencias sociales en América Latina”, en *Desarrollo Indoamericano*, año 6, N° 21, octubre de 1973.

Rickert, H., *Ciencia cultural y ciencia natural*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1943.

Solari, A., R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976.

Stavenhagen, R., “Decolonializing Applied Social Sciences”, en *Human Organization*, vol. 30, N° 4, 1971.

Truong Chinh y Vo Nguyen Giap, *Estrategia y táctica de la resistencia vietnamita*, Bogotá, s.e., 1972.

_____, *The Peasant Question (1937-1938)*, Ithaca, NY, Date
Published, 1974.

Wright Mills, C., *De hombres sociales y movimientos políticos*,
México, Siglo XXI, 1969.

“(…) La presente publicación se inscribe en una apuesta institucional orientada a revisar, sistematizar y problematizar el pensamiento de Orlando Fals Borda en el marco del centenario de su natalicio. Abordar sus aportes a las ciencias sociales en Colombia, al pensamiento crítico y a la Investigación Acción Participativa (IAP) implica retomar un paradigma emancipador que cuestiona las pretensiones de neutralidad del conocimiento científico y propone una relación situada entre producción de saber y transformación social. Desde este lugar de enunciación, la obra se vincula con una tradición académica comprometida con el análisis crítico de las desigualdades estructurales y las relaciones de poder propias del capitalismo. El libro reúne un conjunto de contribuciones que analizan distintos momentos, dimensiones y proyecciones de la obra de Fals Borda, con el propósito de aportar a su comprensión en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas”

**Harold García- Pacanchique
Julián David Gutiérrez Quijano**

**Orlando
FALS BORDA**

